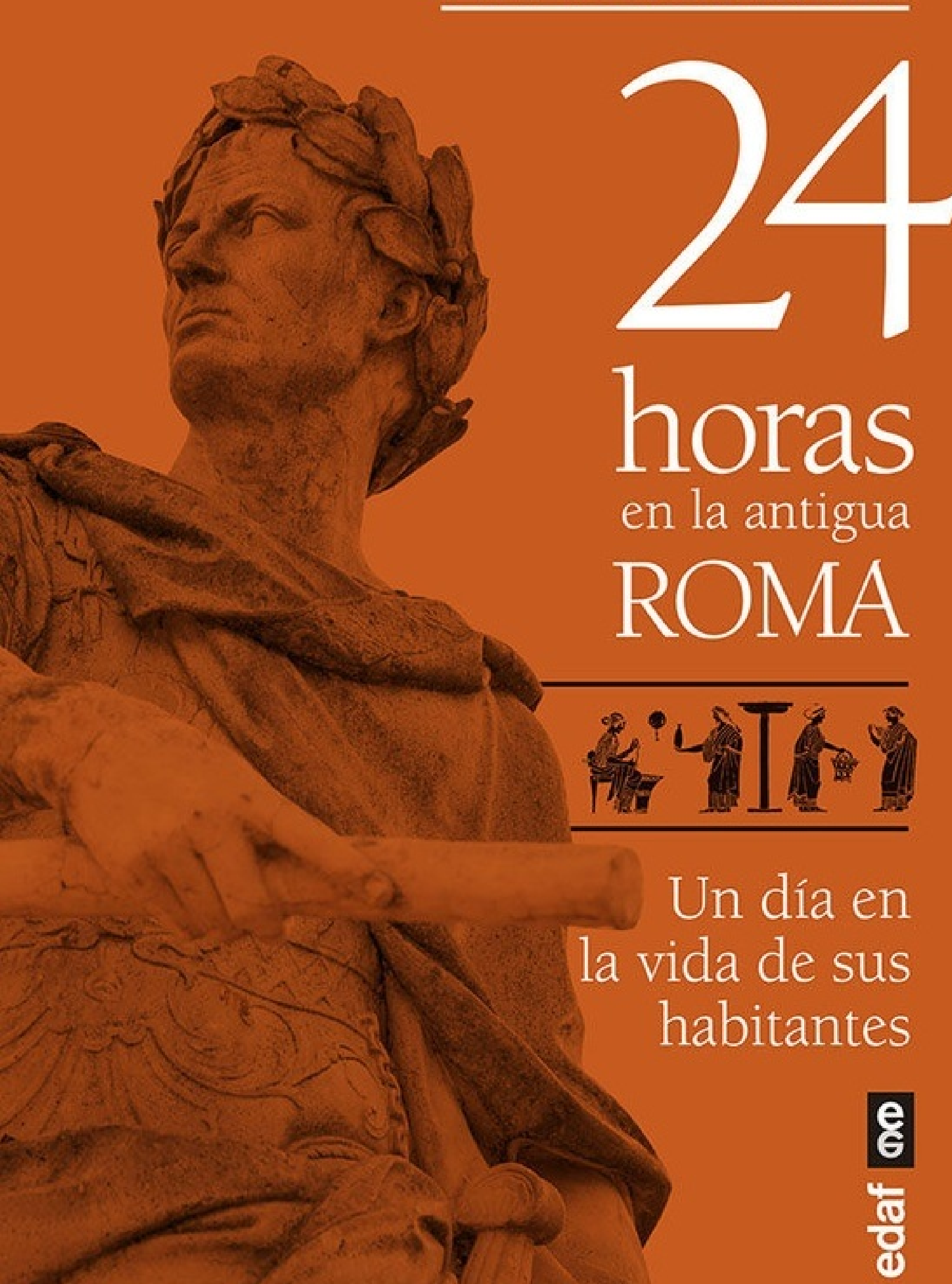
PHILIP MATYSZAK

24 horas en la antigua ROMA



Un día en la vida de sus habitantes

edaf

ACCESO ABIERTO

24 HORAS EN LA ANTIGUA ROMA

UN DÍA EN LA VIDA DE SUS HABITANTES

PHILIP
MATYSZAK



MADRID - MÉXICO - BUENOS AIRES - SANTIAGO
2019

ISBN de su edición en papel: 978-84-414-3922-1

Título original: 24 Hours in Ancient Rome. A day in the life of the people who lived there

Diseño de cubierta: Gerardo Domínguez

Primera edición en libro electrónico (epub): enero 2019

ISBN: 978-84-414-3924-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Ulzama Digital

A la dama en lo más alto

–Barbara Hooley

Introducción

Principios de septiembre del año 137 d. C. El imperio de Roma está a punto de alcanzar sus más altas cotas de poder. Las águilas imperiales han llegado a Mesopotamia y a Dacia (y han regresado de nuevo, en el caso de Mesopotamia). Desde el Támesis hasta el Tigris, Roma es inmensamente poderosa, temida y respetada.

A la mayor parte de las personas que vamos a conocer a través de las páginas de este libro realmente no les importa nada de eso. Para ellas, la vida no tiene nada que ver con celebrar la gloria del imperio, sino más bien con pagar el arrendamiento, lidiar con parientes difíciles y afrontar los retos diarios que surgen en la casa y en el trabajo. Puede que Roma sea la mayor ciudad del mundo, pero quienes viven en ella tienen que saber manejarse entre el intenso ir y venir de vehículos y personas, relacionarse con los vecinos y encontrar en los mercados comida de calidad y a un precio razonable.

Este libro nos lleva a pasar todo un día en la vida de la Roma de Adriano, con diferentes visiones de la ciudad, ofrecidas por 24 de sus habitantes. Emprenderemos nuestro periplo en la hora sexta de la noche, ya que, de un modo que no deja de parecernos confuso, para los romanos el día de 24 horas comenzaba a medianoche, si bien empezaban a contar las horas nocturnas con la puesta de sol del día que acababa de terminar. Este es solo un ejemplo que demuestra la diferente visión del mundo que, en muchos sentidos, tenían los romanos de la antigüedad en comparación con nuestra visión actual.

Desde el punto de vista del lector moderno, podría decirse que muchas de las personas que aquí se describen tienen una vida corta y miserable, en una sociedad profundamente injusta y desigual. La muerte por infecciones y por todo tipo de enfermedades es omnipresente. El cuidado de la salud y la

vigilancia para la seguridad ciudadana son muy rudimentarios, al mismo tiempo que la mayor parte de los servicios sociales son inexistentes. Y, sin embargo, no es así como los habitantes de Roma perciben las cosas. Para ellos, la injusticia y la enfermedad son peligros universales, que deben afrontarse y aceptarse. Con todas sus imperfecciones y todos sus inconvenientes, Roma sigue siendo uno de los sitios donde mejor se vive, más que en cualquier otro lugar del mundo. Roma tiene los mismos inconvenientes que otros lugares, pero sus ventajas son incomparables.

No es que los habitantes de esta ciudad dediquen mucho tiempo a pasear por sus calles y plazas, a contemplar embobados sus monumentos y sus grandiosas construcciones civiles. Tienen que ocuparse de vivir sus vidas y es precisamente a esas vidas a las que daremos un breve repaso en este día de finales de verano. Conviene puntualizar, no obstante, que nuestro objetivo no es tanto lo que podamos descubrir sobre las vidas de las personas particulares que habitan la ciudad, sino lo que esas personas puedan decirnos de la propia Roma. Porque tanto griegos como romanos creen que, aunque se eliminaran murallas, edificios y calles, seguiría existiendo una ciudad.

Porque las personas son la ciudad: los edificios y monumentos que turistas de generaciones posteriores admirarán atónitos son secundarios; solo son importantes en la medida en que pueden considerarse el eco físico de quienes los erigieron y vivieron entre ellos. Esta es la razón por la que en el libro aparecen pocos monumentos. Las construcciones que en él se citan no son un conjunto de ruinas estériles, sino parte integrante de un entorno vivo, multiestratificado y siempre desafiante.

Así pues, los 24 hombres y mujeres que conoceremos hoy no son solo los habitantes de Roma; ellos, como otros cientos de miles de personas, son la propia Roma. Este libro no

pretende reconstruir las horas de un día en la vida de dos docenas de romanos, sino más bien recrear un fragmento de la vida de la propia ciudad, reflejada en 24 facetas, entre las miles de facetas que existen de Roma.

Aunque las personas retratadas en esta recreación son, en su mayor parte, personajes ficticios, sus vidas no lo son. Desde el punto de vista del historiador moderno de épocas antiguas, el análisis de la antigüedad no se asocia tanto a «grandes hombres» como a la infraestructura social en la que se apoyaban esos hombres y que propició sus actos. En consecuencia, arqueólogos, sociólogos, epigrafistas y especialistas en otras numerosas disciplinas han contribuido a la creación de un cuadro general de cómo vivía y trabajaba el común de las gentes en la antigua Roma. Este libro ha bebido de todas esas fuentes y, también, de la que puede considerarse tal vez la más valiosa de todas las fuentes, es decir, el conjunto de anécdotas, bromas, expresiones y cartas de las personas que allí vivieron.

Quienes estén familiarizados con la cultura clásica observarán que en el libro aparecen aquí y allá textos de un gran número de romanos contemporáneos o casi contemporáneos —por fortuna los derechos de autor de todas estas referencias caducaron hace siglos—, desde cartas del erudito Plinio hasta lascivos grafitis recuperados de muros de burdeles. En la medida de lo posible la gente de Roma habla de sus experiencias en primera persona, aunque, en el caso de aquellos que no tenían voz en su sociedad, el libro intenta hablar por ellos. A menudo se citan ejemplos de fuentes originales en forma de pasajes o fragmentos que acompañan al texto general y, en muchos casos, las experiencias de varias personas aparecen entretejidas para recrear esa hora concreta en la vida de una sola persona.

La totalidad de estas 24 horas es más que la suma de sus componentes. En última instancia, esta obra tiene una sola

protagonista, que no es otra que la ciudad de Roma, un hormiguero desbordante, lleno de vicios y difícilmente gobernable. Sus defectos, a veces horrendos, son muchos y, sin embargo, es una ciudad que rebosa energía y optimismo.

Hay en ella una suerte de espíritu emprendedor y una inquebrantable fe en que, con independencia de lo bien o mal que vayan las cosas, siempre pueden hacerse mejor.

En Roma, el esclavo se esfuerza por ser libre, el hombre libre por prosperar y el rico mercader por ser aceptado en el seno de la más alta sociedad. Aunque, con frecuencia, se quejan amargamente de su destino, los romanos rara vez se resignan. Son dinámicos, no se dejan vencer por la depresión. Están convencidos de su propia superioridad y viven imbuidos del sentimiento de que, ahora que están en el centro del universo, deben dar lo mejor de sí mismos y luchar con uñas y dientes por una vida mejor, para ellos y para sus hijos.

La Roma antigua era más que un conjunto de edificaciones. Era incluso más que una sociedad de comunidades entrelazadas de gentes e individuos muy diferentes.

Por encima de todo, la antigua Roma era una actitud.



HORA NOCTIS VI

(00.00-01.00)

El vigilante atiende una denuncia

El hecho de que Petronio Breve tenga una hija da pie a procaces habladurías en el pequeño edificio de viviendas donde reside.

La esposa de Petronio Breve trabaja en un puesto de pescado en el Foro Piscarium de Roma. Como parte de su trabajo, tiene que supervisar el transporte de peces vivos, que llegan a Roma por la noche en barriles de agua. Son transportados vivos para evitar el problema de que el pescado se eche a perder durante su traslado desde el punto de captura. Una vez fuera de los barriles, y durante las horas de mercado, los peces luchan por nadar en pilas poco profundas excavadas en el mostrador de piedra del puesto. Es así como los romanos consiguen un pescado realmente fresco. De hecho, no es insólito servir un pescado en la mesa apenas una hora después de la muerte del ejemplar en la pescadería.

Así pues, hay que sacar los peces de los barriles y trasladarlos a las pilas del mostrador antes de que los primeros clientes lleguen al foro, esto es, al amanecer, lo cual supone que la esposa de Petronio tiene que salir de casa con una hora de antelación. Y antes de hacerlo, suele preparar algo de comida, que deja sobre la mesa de la cocina, para que su marido desayune al regresar de su turno de trabajo, aunque, dada la hora a la que Petronio llega a casa, bien podría pensar que se trata de la cena.

Petronio Breve suele llegar a casa una hora después de que su esposa haya salido para ir al trabajo. Come, se lava un poco y se acuesta. A día de hoy es miembro del cuerpo de Vigiles, la Guardia Nocturna de Roma, y todos los días llega a casa

tras haber pasado las nueve últimas horas de pie. Debido a que tienen horarios de trabajo solapados, Petronio a veces no ve a su mujer en una semana. De ahí las bromas sobre su hija, pues los vecinos se preguntan cómo pudo producirse la concepción.

En el momento que nos ocupa a Petronio le quedan aún por delante varias largas horas de su turno de trabajo. Él y su escuadrón tienen un doble cometido: si por un lado los vigiles cumplen con la función de mantener la ley y el orden en las calles después del anochecer, esta es en realidad una tarea accesoria en relación con su labor principal, que es la prevención de incendios. Después de todo, el daño que un borracho violento o incluso un atracador asesino puede infligir es minúsculo comparado con los estragos causados por un fuego, aunque no sea muy grande. Roma está dividida en siete distritos, pensados precisamente para la prevención de incendios, y Petronio y sus compañeros son perfectamente conscientes de que fue en el distrito asignado a su equipo —Regio II— donde se desató el peor incendio de la historia de Roma.

Sucedió el año 64 d. C., y el fuego que comenzara en ese ovillo de estrechas callejuelas cerca del Circo Máximo creció luego para dar paso a un devastador incendio, que sería controlado solo seis días después, para cuando más de un cuarto de Roma había quedado completamente destruida.

Los puestos de vendedores callejeros instalados de cualquier manera, los cobertizos utilizados como almacenes y las plantas superiores de muchos edificios son todos de madera y están tan apiñados que apenas si existe una estructura que no esté en contacto con otra. Todo cuanto se necesita es que salte un ascua de un fuego mal hecho o que una rata tire a su paso una lámpara de aceite desatendida para que, en cuestión de minutos, un muro de llamas avance barriendo la calle donde se encuentran haciendo su ronda

Petronio Breve y su cuadrilla.

El Gran incendio de Roma

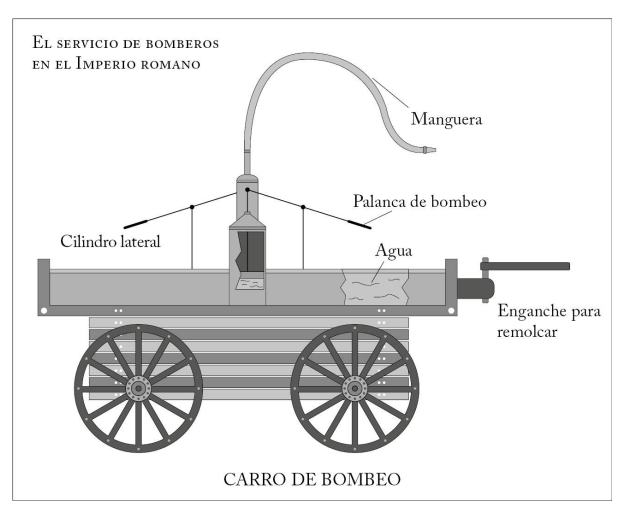
El 19 de julio del año 64 d. C., una tórrida y ventosa noche de verano, un fuego estalló en una de las tiendas instaladas a los lados de las calles en torno al Circo Máximo. Como explicaría más tarde el historiador Tácito, «No había palacios protegidos por muros exteriores ni templos rodeados por recintos de piedra, ni obstáculo de ningún tipo que detuviera su avance».

Tácito —que vivió el incendio en primera persona cuando era un chiquillo— ofrece esta descripción desde su experiencia personal: «Las calles estaban plagadas de gente que huía de las llamas. Había mujeres chillando aterradas, discapacitados y ancianos. Había hombres tratando de ponerse a salvo u ocupándose de otros, llevando a algún impedido a la espalda o esperando a que alguien les ayudara a ellos. Mientras miraban hacia atrás, el fuego les atacaba por los lados o por delante. A veces lograban escapar a un distrito vecino, solo para encontrarse allí con una situación aún peor que aquella que acababan de dejar atrás».

Muchos pensaron que un incendio tan devastador tuvo que ser, de alguna manera, alimentado y por ello fue madurando la sospecha de que el emperador Nerón había decidido provocar el incendio como manera drástica de limpieza urbana, tras lo cual reconstruiría Roma según sus propios planes.

No es de extrañar que el vigilante nocturno tenga la potestad de irrumpir en cualquier lugar en el que sospeche que pueda existir un fuego fuera de control. Además de tener

poder estatutario para sancionar a comerciantes y propietarios que no tomen las debidas medidas, el vigilante puede incluso aplicar alguna reprimenda física. Dado el enorme peligro que supone un incendio para el vecindario, el epíteto «provocador de incendio» se encuentra entre los peores insultos que un romano puede espetar a otro y poca simpatía despierta quien, por su imprudencia, ha de recibir asistencia de los vigiles.



Modelo de carro romano para la extinción de incendios.
La leva oscilante accionaba una bomba de agua.

Cuando se detecta un incendio, la unidad cuenta con protocolos perfectamente establecidos para atacar el fuego. A corto plazo consideran la evacuación de las edificaciones próximas y organizan una cadena de baldes desde las casas de las inmediaciones. Todas las viviendas tienen que tener a mano cierta cantidad de agua para este fin; en este sentido, Petronio Breve y sus hombres pueden decir con absoluta precisión cuánto tiempo tardaría una cadena de baldes desde cualquier parte de su área de vigilancia hasta la fuente más próxima. Un desafortunado joven miembro de la cuadrilla es el designado como «hombre de las mantas», pues es el encargado del transporte de mantas empapadas en vinagre con las que sofocar cualquier pequeño fuego antes de que vaya

a más. Si se hacen necesarios refuerzos, entra en escena el carro de incendios de la unidad. No se trata de un invento nuevo: las primeras versiones de esta máquina utilizada por los vigilantes fueron empleadas para extinguir incendios en Egipto hace ya varios siglos. Fue un inventor griego de nombre Herón, que trabajaba para la gran Biblioteca de Alejandría, quien dio con los principios para la construcción de una bomba impelente con fuerza suficiente para impulsar agua a través de una manguera de bombero.

Cada unidad de vigilantes tiene sus especialistas. Hay, por supuesto, médicos que atienden a quienes son asaltados por atracadores y vigilantes de reserva que acuden en un segundo momento, en aquellas ocasiones en las que se produce un enfrentamiento violento con una gran banda de matones. En ocasiones también los vigilantes resultan heridos, por el fuego o por saltar desde edificios en llamas (aunque existe también un escuadrón de «hombres colchón» que intentan amortiguar esas caídas).

Si el carro de bomberos fracasa en su cometido, el vigilante llamará a la artillería pesada, que es eso, artillería pesada. Tras siglos de guerras y asedios, los romanos se han convertido en auténticos expertos en derribar muros de ciudades, y las balistas, los onagros y otras armas de asedio resultan incluso más devastadoras cuando se utilizan contra los edificios romanos estándar de viviendas, que en su mayoría se encuentran, ya de por sí, bastante desvencijados. De modo que allí donde se desata un fuego importante, el prefecto al mando de los vigilantes toma una rápida decisión sobre dónde debe establecerse el cortafuegos. Entonces la artillería entra en acción y crea un cortafuegos con un golpe fulminante de demolición. Una construcción de cuatro plantas puede quedar rápidamente reducida a un montón de escombros si se convierte en objetivo de un experto especialista.

Una vez que el edificio ha sido demolido, el trabajo de

Petronio y sus compañeros consiste en saltar a la inestable pila de escombros, armados con garfios con largos mangos para extraer cualquier elemento inflamable. Tienen que hacerlo muy deprisa, pues el fuego a su espalda se acerca a gran velocidad. Que es un trabajo peligrosamente apasionante es evidente, lo cual explica en gran parte la vehemencia con la que Petronio y su escuadrón amonestan a quienes, por descuido, provocan incendios. Ni que decir tiene que a los propietarios de las casas demolidas no les queda más que resignarse ante la decisión tomada por el prefecto en cuanto a la localización del cortafuegos.

Fuego a la venta

Antes de que el emperador Augusto organizara el cuerpo de vigiles a principios del siglo I, las únicas brigadas contra el fuego existentes en Roma eran de particulares. Una de ellas era propiedad del magnate Licinio Craso. Si se producía un incendio en una casa, este ávido hombre de negocios se presentaba en la propiedad en llamas con bomberos preparados para extinguir el fuego —una vez que el edificio le había sido vendido, eso sí. Cuanto más tiempo dudaba o regateaba el propietario, más se quemaba inútilmente la propiedad.

> *Compraba casas en llamas, y casas colindantes a las que estaban en llamas, y aquellas cuyos propietarios vendían por sumas insignificantes, llevados por el miedo y la incertidumbre. De este modo él [Craso] se hizo propietario de gran parte de Roma.*
>
> PLUTARCO, *Vida de Craso, 2*

Pero, hoy, la noche está en calma, sin un hilo de humo en el aire. Petronio y su cuadrilla abandonan Vía Patricus. Esta calle es una de las más concurridas de Roma por la noche, pues sus casas albergan los principales burdeles de la capital

del imperio. A primera hora de la tarde los vigilantes tuvieron que repetir dos veces su ruta habitual de vigilancia para dispersar a un grupo alborotador de jóvenes varones aristócratas que habían sido expulsados de uno de los prostíbulos y habían organizado su propia fiesta fuera, en la vía pública. En tales ocasiones Petronio se lamenta de que sus hombres vayan armados solo con porras, en lugar de blandir las espadas con las que las cohortes urbanas (unidades de soldados destinadas a mantener el orden en la ciudad de Roma) limpian de forma rápida y letal las calles cuando se producen importantes disturbios civiles.

Es medianoche e incluso las mujeres de la noche han decidido dar por terminada su jornada. A un lado de la calle solo unas cuantas lámparas arden tras las ventanas donde las trabajadoras de los burdeles se han retirado a dormir a sus cubículos. El hecho es que los prostíbulos han dejado de hacer negocio por la misma razón que ha llevado a los vigilantes a acudir por tercera vez a esa calle esta noche.

Un magistrado romano, noble de considerable renombre y aún mayor arrogancia, acude a su establecimiento favorito después de una copiosa cena con amigos en el monte Aventino. El magistrado se siente más que contrariado al descubrir que, en primer lugar, el burdel está cerrado y, en segundo lugar, la chica a la que suele ver no tiene intención de atenderle tan tarde esa noche. En un ataque de furia alcohólica, el magistrado aporrea la puerta con puños y pies. Esto hace que una de las chicas salga al balcón, agarre una maceta con una pequeña petunia y la arroje a la cabeza del autor de todo ese ruido.

Por desgracia, le ha alcanzado y los gritos de dolor e indignación del magistrado han llamado la atención del vigilante nocturno.

«Soy el edil curul Hostilio Mancino», informa el hombre herido a Petronio Breve y a sus hombres. «Y he sido asaltado

en la calle». El edil pide a los vigilantes que irrumpan en el edificio y arresten a su atacante. Petronio se da cuenta de que la florida corona festiva que el magistrado luce aún en la cabeza debe haber amortiguado considerablemente el golpe de la maceta, pero en cualquier caso el magistrado le compele a aporrear la puerta del burdel, hasta que la asustada «madame» le deja entrar. La culpable resulta ser una chica llamada Mamila, que permanece sentada, llorando, en la cama de su habitación mientras Petronio toma nota de lo sucedido. No hay duda de que tendrá que acudir a juicio para explicar su versión, si bien el vigilante está seguro de que, dadas las circunstancia, no habrá para ella ningún castigo.

No es que los vigilantes no sientan cierta compasión por el edil. La caída o el lanzamiento de objetos desde los balcones es un riesgo constante que corren quienes caminan por las calles. El peligro es preocupante sobre todo a altas horas de la noche, cuando los autores del lanzamiento tienden a dar por hecho que la calle, abajo, está desierta. No es inusual que un miembro de la cuadrilla regrese a los barracones en un estado particularmente oloroso después de que algún vecino no haya tenido la delicadeza de esperar a la mañana siguiente para vaciar el orinal en las letrinas y, sencillamente, haya decidido tirar su contenido por la ventana, sin percatarse de que los vigilantes nocturnos pasaban en ese momento por debajo de su balcón.

Piensa en los otros peligros que acechan en la noche.
Los tejados dibujan un largo camino en las alturas,
y una teja que cae puede golpearte la cabeza.
¡Piensa en el daño causado al pavimento
cuando vasijas rotas o agrietadas son arrojadas
por la ventana y se estrellan contra el suelo!
¿Qué clase de inconsciente, de enloquecido sembrador de desastres eres

que sales de casa para cenar sin hacer testamento?

Toda ventana alta en tu camino

es una potencial trampa mortal.

Eleva una sentida plegaria y ten la esperanza de que lo peor que te ocurra

sea que alguna ama de casa local vuelque

un cubo de desperdicios sobre tu cabeza.

JUVENAL, *Sátiras, 3*

Los vigilantes dejan atrás el Circo Máximo y giran luego hacia el sur para recorrer las callejuelas de la ladera este del monte Aventino. De día, hay razones para ser cauteloso en esta zona, porque cerca de los muelles la vida es dura, hasta el punto de resultar desagradable y peligrosa. Sin embargo, ahora los vigilantes pueden relajarse un poco. Dado que la mayor parte de la gente del este del Aventino no tiene que preocuparse mucho por los robos, hay menos rufianes por las calles y los estibadores que tienen que estar cargando barcos unas horas después de la medianoche suelen estar durmiendo. Las calles son estrechas, oscuras y silenciosas.

El silencio de estas calles facilita la labor de vigilancia, porque, a la derecha del escuadrón, solo una vía tiene el trajín y el bullicio de la hora punta de la mañana. Se trata de la calzada de piedra que va de la Puerta Ostiense al Foro. Aquí, una interminable columna de carros obstruye el camino, mientras los bueyes mugen y los carreteros vociferan y el chirrido de ejes sin engrasar se suma a tal cacofonía.

De repente, el caos parece subir de tono y se torna, si cabe, más ensordecedor, justo en el punto en el que la calzada se estrecha entre las columnas que sostienen las poderosas arcadas del acueducto Aqua Appia, que discurre por encima de las cabezas de los transeúntes. Con mirada resignada, los vigiles se dirigen colina abajo y acuden a investigar el último problema que va a complicarles la noche.

HORA NOCTIS VII

(01.00-02.00)

Un carretero en apuros

¿Quién, aparte de la gente rica, puede dormir en Roma? Ahí reside la raíz del problema. Los atascos de carros en las tortuosas callejuelas, los enfrentamientos con malas palabras entre carreteros cuando el tráfico es imposible —ellos hacen que sea imposible dormir.

JUVENAL, *Sátiras, 3.235*

Los dioses ctónicos son los dioses del inframundo: Mercurio, Plutón y Hécate. Esta es la novena noche del año y, como todos los años, Cayo Vibio invoca a estos dioses y les ruega que inflijan terribles torturas a las almas de los autores de la Lex municipalis.

La Lex municipalis es la cruz de la existencia de Vibio. La ley está pensada para prevenir la congestión en las calles urbanas, a través de la prohibición de vehículos de ruedas en el centro de la ciudad durante las horas diurnas. Hasta donde Vibio acierta a ver, el único efecto de esta ley es el de prolongar la congestión del tráfico hasta bien entrada la noche, cuando él y, al parecer, todos los demás carreteros del Lacio intentan entrar en la ciudad a la luz de la luna, para luego salir de nuevo al amanecer. Es un asunto muy estresante.

Durante ocho de cada nueve días, Vibio es un campesino que trabaja su pequeño terreno de siete acres, situado en el campo al sudeste de Roma, no muy lejos de la décima piedra miliar de la Vía Apia. Lleva una vida tranquila, a pesar de todo lo que trabaja con la azada y de la batalla constante que libra para alejar a las babosas de sus lechugas. Vibio se acuesta

al ponerse el sol y se levanta antes del amanecer, descansado y contento, con el primer canto de pájaro. Esa es su rutina habitual. Pero luego, cada noveno día, se transforma en un monstruo malhumorado de ojos inyectados que se sube a su carreta de bueyes y se prepara para viajar a Roma.

La causa de su aflicción son las nundinae, es decir, el mercado de puestos callejeros que se organiza en Roma cada nueve días. Las amas de casa romanas pueden adquirir en cualquier momento productos alimenticios en los macella (mercados cerrados que abren todos los días), pero todo el mundo sabe que los productos de las nundinae son más baratos y más frescos. Ello se debe a que son cosechados en las granjas el día anterior y transportados hasta Roma de noche por sufridos carreteros como Vibio.

En realidad, quien vende los productos es la cuñada de Vibio, que vive en Roma. Ella tiene un puesto en la Vía del Mercado, en el lado este del monte Aventino, y cuenta con grupo de clientes habituales que aprecian la calidad de los productos que vende, pues Vibio tiene fama de llevar al mercado su mejor género. La esposa de Vibio se encarga del control de calidad, asegurándose de que solo los mejores productos son cargados en la carreta. Se asegura, por ejemplo, de que rábanos y otras verduras por debajo del estándar óptimo se quedan en casa para dar de comer a los cerdos — que a su vez, en ocasión del festival de invierno de las Saturnales, viajan también a Roma en forma de tocino y jamón ahumado.

El dinero contante y sonante que supone el mercadillo callejero es siempre bienvenido. Casi todo lo que Vibio necesita para la casa y el terreno donde vive lo obtiene de sus vecinos mediante trueque, pero ciertos útiles del campo, la ropa del hogar y los artículos «de lujo» requieren dinero en efectivo. Parte de este dinero lo obtiene de sus ventas a comerciantes que solo compran y venden determinados

productos. En diferentes momentos del año, estos comerciantes pasan por los distintos minifundios con sus carros, compran cosechas enteras y salvan a Vibio de tener que hacer más viajes a la capital. Así, por ejemplo, los lupinarii compran altramuces y garbanzos y los peponarii pagan bien por la cosecha de melón. Y luego están los fructarii, cuyas visitas al campo se repiten con cierta periodicidad, porque las cerezas, los melocotones y las manzanas maduran en momentos distintos del año. No obstante, aunque se agradece la comodidad que permite este sistema, la venta a mayoristas sin moverse de casa resulta menos rentable que tratar directamente con los clientes en Roma, de manera que las necesidades económicas obligan a Vibio a cargar de nuevo su carro cada noveno día.

El Minifundio

Juvenal a su amigo Pérsico:

Y ahora escucha el festín que planeo, y nada proviene del mercado de carne. Mi granja de Tibur me proporcionará un cordero, el más tierno del rebaño. Uno que todavía no haya comido hierba nunca… y que tenga más leche que sangre en su interior. También espárragos silvestres, recogidos por la esposa del alguacil cuando termine de tejer.

Huevos dignos de un señor, envueltos para una mejor conservación en un poco de heno, servidos con las gallinas que los pusieron. También uvas que, aun teniendo seis meses, parecen recién cortadas de la vid. Tendrás peras… y, en las mismas cestas, fragantes manzanas, tan buenas como las de Piceno.

El cargamento de hoy es bastante típico. Hay lechugas en cestas de mimbre, un montón de zanahorias tempranas (moradas, por supuesto, pues falta aún un milenio para que la zanahoria naranja llegue a Europa), guisantes en su vaina, puerros y espárragos. Hay seis pares de liebres, cazadas en la

hilera de trampas colocadas a un lado de la huerta, y una cesta de huevos reservados desde el último nundinum. Vibio también lleva artículos de los minifundistas que viven más lejos de Roma. Son productos menos perecederos, como distintos quesos, potes de miel y manojos de cilantro, perejil, romero y eneldo. A estos pequeños agricultores les resulta más fácil llevar sus productos a Vibio, para que los venda él, que llevarlos ellos mismos en carro hasta Roma. Sus menores beneficios se ven compensados por la comodidad que supone ahorrarse ese difícil viaje a Roma —un sentimiento que Vibio conoce demasiado bien. Sucede también que Vibio es propietario de un par de bueyes, el principal activo del minifundio, aparte de la casa. Además de ser empelados para este viaje periódico a Roma y para arar los campos, los bueyes ofrecen también beneficios al ser alquilados a otros minifundistas cuando la necesidad acucia.

Es muy probable que los bueyes compartan con Vibus el desagrado por el viaje a Roma. Después de todo, tienen que tirar del carro. Este carro es la máxima expresión del diseño funcional, el tipo conocido como plaustrum, el vehículo básico para el transporte de productos del mundo romano. Como podría atestiguar amargamente Vibio, no se contempló lujo alguno a la hora de construir el vehículo: es básicamente un cajón poco profundo hecho de tablas de roble, con un asiento (sin tapizar) en la parte delantera. Las ruedas son toscos discos de madera en cuyos bordes se han martilleado unas tiras de hierro, en un intento no siempre exitoso por evitar que las ruedas se partan cada vez que se topan con un bache. Los vehículos más costosos tienen cierto grado de suspensión, pero este y la mayoría de las carretas de campesinos no tienen nada de eso. Para la absorción de los golpes, a Vibio no le queda más remedio que apretar las posaderas.

El eje a duras penas hace honor a su nombre, al tratarse de

un palo sostenido por dos simples soportes de madera. Sin embargo, tanto el buje del eje como el cubo interior están revestidos con hierro, para evitar el desgaste. También tiene el carro un juego de arandelas de hierro alrededor de la rueda para suavizar la fricción, pero la ausencia de rodamientos supone que el viaje de Vibio a Roma se ve constantemente interrumpido por la necesidad de saltar del carro y aplicar otra mano llena de grasa. La grasa puede obtenerse del lardo de cero o del aceite de oliva reducido por ebullición. De cualquier modo, la grasa para los ejes cuesta dinero, y Vibio salta con la grasa solo cuando ve que el buey tiene que hacer un esfuerzo excesivo. Hasta ese momento las quejas de otros usuarios de la calzada sobre el chirriar del metal sobre el metal son recibidas con indiferencia y desprecio.

Los bueyes han tenido un comportamiento bastante estoico durante todo el viaje hasta el final de la tarde, pero, tal y como esperaba Vibio resignado, han empezado a inquietarse tras oscurecer, a medida que el carro se acercaba a la ciudad. Como la mayoría de los vehículos con ruedas en Roma, el carro de Vibio está pensado para circular por el lateral de tierra de la calzada, dejando la parte dura y pavimentada para los viandantes. Pero, al acercarse el carro a las puertas de la ciudad, aumenta el número de sepulcros, que están cada vez más cerca de la calzada (está prohibido enterrar a la gente dentro de la ciudad, de modo que las vías pegadas a la urbe están llenas de tumbas). Los bueyes no están herrados y se quejan ruidosamente cuando se les obliga a avanzar por los duros bloques de piedra del pavimento. Sus mugidos de indignación cada vez que un casco desprotegido hace presión sobre un guijarro se suman a la cacofonía general del viaje.

Gracias a su larga experiencia en estos viajes, Vibio es capaz de calcular los tiempos para llegar después de la puesta de sol, cuando toda la fila de carros haya entrado ya en la ciudad. En realidad, se estaba felicitando a sí mismo por un viaje que

había sido lento pero si incidentes importantes, cuando, a medianoche, su suerte cambió. Ahora, con el estómago encogido, Vibio contempla la maraña atascada de carros que bloquean los accesos a los arcos del Aqua Appia. Por el alboroto general de gritos, maldiciones e indicaciones inútiles que vienen de delante, parece ser que un carro ha perdido una rueda y que el tráfico va a estar bloqueado hasta que se resuelva el problema.

Maldiciendo, Vibio prepara el látigo atado a una larga vara de fresno que, durante la mayor parte del viaje, ha utilizado principalmente para espantar moscas de las orejas de los bueyes. Los tablones laterales del carro tienen un añadido de mimbre para aumentar su altura, precisamente pensando en los acontecimientos que se avecinan. Girándose hacia atrás en el asiento, Vibio entrecierra los ojos a la débil luz de las estrellas, preparado para cuando la primera pequeña mano mugrienta le agarre por encima de la celosía de mimbre. El látigo se estrella con fuerza contra los nudillos de los golfillos y el aspirante a ladrón grita de dolor, tras lo cual se oyen una sarta de obscenidades impropias para un niño.

Esta es una de las razones por las que Vibio viaja a Roma en carro. Los primitivos ejes y el tosco arnés no permiten que los bueyes puedan tirar de mucha carga sin estrangularse a sí mismos (el arnés de caballo es otro invento para el que quedan siglos). De hecho, Vibio bien podría haber cargado la misma mercancía en cinco mulas y realizado así, más cómodamente, el viaje a Roma. Sin embargo, aparte del rudimentario servicio prestado por los vigilantes nocturnos, Roma es en gran medida una ciudad sin ley y un hombre solo con cinco mulas cargadas con productos de venta fácil tiene más o menos las mismas posibilidades de cruzar airoso el Aventino por la noche que una virgen con un bolso de oro.

Digan lo que digan sobre el plaustrum, este carro tiene por lo menos la ventaja de ser como un pequeño castillo sobre

ruedas. Además, Vibio, ya de por sí de mal temperamento, no tiene reparo alguno en defender con el látigo sus «murallas» y, al cabo de un rato, los golfillos escapan en busca de una presa más fácil.

No obstante, queda aún la amenaza más seria que suponen las bandas de delincuentes de más edad, que se aprovechan de la confusión para asaltar un carro en un callejón y saquearlo allí tranquilamente. En tales casos, y por el común interés, todos los carreteros acuden en defensa de cualquiera de ellos en caso de ataque. Vibio entona otra plegaria a los dioses para que esta no sea una de esas noches, ya que, aunque moralmente esté obligado a unirse a la lucha contra esta piratería callejera, sabe que los asaltantes aprovecharán para robarle también a él si tiene que detenerse a ayudar a algún otro carretero.

Se percibe cierto alivio general cuando una cuadrilla de vigiles desciende por el Aventino para interesarse por el alboroto al pie del acueducto. A los pocos minutos de su llegada, el río de carros empieza a avanzar de nuevo lentamente. Al pasar con su carro bajo el imponente arco de piedra, Vibio se da cuenta de que, como ocurre a menudo, los vigilantes han sido eficaces, aunque insensibles. El carro con la rueda rota ha sido volcado sobre un lateral en un callejón, donde ahora el desolado conductor espera sentado, rodeado de su mercancía, con la esperanza de que su desesperado llamamiento para que acuda un carpintero sea atendido con la mayor celeridad.



Momento de carga y transporte de una carreta ligera de dos ruedas.

La visión le recuerda a Vibio que en la siguiente parada debería revisar los pasadores de metal que mantienen las ruedas en su lugar. La fuerza de torsión entre las ruedas y el eje puede hacer que se rompan, se doblen o tengan holgura y ello, unido a la rotura catastrófica de una rueda o del eje, es la razón más frecuente de avería. Debido a este percance y al anterior intento de asalto, Vibio ya llega tarde. Otro retraso puede ser desastroso.

Aun así, el lugar en el que se organiza el nundinum no se encuentra ya muy lejos, calle abajo, allí donde una pequeña fila de carros gira para dirigirse al mismo mercado callejero en el que piensa parar Vibio. No es una coincidencia que tantos carros se dirijan al mismo mercado, pues cada comerciante escoge un mercado que esté tan cerca como sea posible del lado por el que entra en la ciudad. Así pues, los proveedores procedentes del este de Roma buscarán clientes en el monte Esquilino y los que proceden del norte darán servicio al monte Viminal. Nadie quiere viajar más de lo estrictamente necesario por las callejuelas de Roma, a pesar de lo cual algunos hacen el esfuerzo adicional de llegar hasta el Foro Holitorio, el mercado principal de verduras y hortalizas de Roma, al pie del monte Palatino.

CONSEJO PARA LOS AGRICULTORES DEL MERCADO

Planta las alubias en un suelo fuerte y protegido de las tormentas; la algarroba y el fenogreco en lugares tan limpios de malas hierbas como sea posible… Las lentejas pueden plantarse en suelos infértiles para otros cultivos. Busca una tierra de color rojo y mantenla libre de malas hierbas. La cebada crece en suelo nuevo, o en campos que han estado en barbecho. Planta nabos, semillas de colinabo y rábanos en terrenos bien abonados o fértiles por naturaleza.

CATÓN, *De Agricultura, 35*

La ubicación del mercado al que acude Vibium en ocasión del nundinum, en el Aventino, le permitirá realizar algún negocio extra mientras esté en Roma, aprovechando que ha tenido que llevar el carro. Algunos carreteros, con el ojo puesto más en los beneficios que en la salubridad, llegan a un acuerdo para cargar su carro con desperdicios y sacarlos de la ciudad en su viaje de vuelta. Esta actividad tiene la ventaja de permitir a los carreteros permanecer más tiempo en Roma, ya que los carros de basura están exentos de las estrictas disposiciones de la Lex Municipalis. Sin embargo, el segundo cargamento de Vibio será mucho más higiénico.

Al pie del monte Aventino discurre el río Tíber. El espacio entre el río y la ladera de la colina está ocupado por el extenso emporium, conjunto de almacenes y negocios de mayoristas que absorben el flujo de mercancías procedentes del Imperio romano a bordo de las barcazas que llegan de Ostia, el puerto de mar de Roma.

La primavera ha puesto fin a la temporada del mare clausum («mar cerrado», período durante el cual se prohíbe que barcos extranjeros naveguen por estas aguas) y entre los barcos mercantes procedentes de Hispania, Cartago y Bizancio ha atracado el primer y descomunal carguero de

cereales, procedente de Alejandría. Estos cereales han de ser distribuidos por toda la ciudad y representan una nueva oportunidad de negocio para un hombre con un carro que quiere ganarse unos denarii extra.



HORA NOCTIS VIII

(02.00-03.00)

El panadero comienza su jornada

Después de cambiar de carga y de ascender unos dos tercios del camino cuesta arriba del Aventino, el carretero se desvía hacia una calle lateral. Esta dista mucho de la habitual y desagradable callejuela romana, porque es la vía de servicio que conduce a la trasera del establecimiento de Mistracio el panadero. A diferencia de la media de las calles secundarias en Roma, esta se encuentra pavimentada con losas planas de piedra travertina y, además, es lo bastante amplia para dar cabida sin dificultad a un carro. El callejón está además iluminado por un par de antorchas, colocadas a cada lado de las amplias puertas del horno de pan. Frente a las puertas, en el patio, se encuentra ya de pie un impaciente esclavo, tiritando ligeramente bajo una túnica demasiado breve para el aire helado de la noche.

«Llegas tarde», le espeta al carretero al detenerse este. El carretero responde con una descripción de sus tribulaciones nocturnas cargada de palabras malsonantes. No obstante, y a modo de disculpa, el carretero ayuda al esclavo a descargar los sacos de grano del carro. Existe una estricta jerarquía para los sacos de grano: no se puede dejar un saco en cualquier sitio. Los sacos de su carro tienen una ubicación privilegiada en el patio del panadero, ya que contienen cereal de Alejandría, importado directamente de Egipto.

Todo el mundo sabe que con el cereal de Egipto se hace el pan más puro, más blanco y, lo que es más importante desde el punto de vista del panadero, más caro. Por consiguiente, estos sacos son cuidadosamente colocados en estantes a cierta altura del suelo, para mantenerlos a salvo de la humedad y de

los roedores. En el extremo opuesto de la escala de categorías están los sacos de inferior categoría, apilados sin esmero contra el muro trasero bajo un rudimentario cobertizo. El grano siciliano barato de estos sacos está muy mezclado con salvado y cebada y se utiliza para hacer panis sordidus, el tipo de pan más barato y basto que ofrece el horno de panadería.

Como la mayoría de los panaderos del monte Aventino, Mistracio se beneficia del subsidio romano por el grano. Hace medio siglo, el poeta Juvenal observaba que los plebeyos romanos eran sobornados hasta la subyugación mediante panem et circenses, es decir «pan y circos». Sin embargo, esta apreciación no es del todo exacta. Los romanos son en realidad «sobornados» con una ración de trigo, que reciben en la planta superior del recientemente construido mercado del emperador Trajano, donde tiene lugar el reparto. Sin embargo, nadie hornea el pan en casa en estos días, más que nada porque cualquiera que provoque un fuego en las casas de viviendas altamente inflamables de Roma puede acabar fácilmente linchado por sus indignados vecinos. En lugar de ello, los pobres llevan su ración de trigo a panaderos como Mistracio, que lo convierten en pan por una pequeña cuota.

Dado que la ración de cereal se traduce más o menos en dos panes al día por familia y el panadero tiene más de cien clientes de este tipo, no es de sorprender que su panadería esté operativa las 24 horas. Y tampoco es de sorprender que, gracias a sus aptitudes en este oficio, Mistracio, que llegó a Roma como esclavo siendo un niño procedente de Capadocia (de donde vienen los mejores panaderos), sea ahora un ciudadano libre y un hombre acaudalado. La panadería es un buen negocio. El gremio de los panaderos es muy respetado entre la clase de comerciantes de Roma pero, además, los panaderos tienen incluso representante en el senado. La principal preocupación de ese senador, y de los panaderos de Roma como colectivo, es conseguir elevar al emperador su

petición de una subida del precio del pan. El pan es un alimento básico de los pobres y, si se liberara su precio, sería prohibitivo y se producirían desórdenes. En consecuencia, las autoridades tienden a dar más valor a la paz y a la tranquilidad que al bienestar económico de los panaderos, de modo que el precio del pan se encuentra en Roma estrictamente regulado.

Hoy Mistracio, como lleva haciendo prácticamente todos los días durante los últimos veinte años, se ha levantado a medianoche y ahora, recién bañado y afeitado, sale al patio para lanzar su propia lista de insultos al carretero por llegar tarde. Al mismo tiempo agarra una vara de avellano y golpea con mente ausente los flancos del burro que, con los ojos vendados, camina pacientemente alrededor del molino de grano, que domina el centro del patio.



Panadería pompeyana, prácticamente en estado operativo.

El burro no altera su ritmo ni una pizca. Se ha pasado la mayor parte de su miserable vida atado a la rueda del molino. Ha aprendido mediante «prueba y error» cuál es el paso óptimo para moler la mayor cantidad de maíz con el menor esfuerzo y las exhortaciones del panadero o del personal no van a cambiar eso.

El molino es en sí un voluminoso cono que se estrecha hasta un punto y luego vuelve a ensancharse hasta casi su amplitud original. El cono es hueco y aloja en su interior otro ligeramente más estrecho. Los granos de cereal son depositados en la parte superior acampanada y pulverizados por acción del cono exterior, que gira movido por el burro. Una mezcla de harina y cascarilla machacada se acumula en un profundo surco en la base, y los esclavos van retirando esas cáscaras periódicamente.

EL RELATO DEL ASNO

A la mañana siguiente estaba atado con arnés a lo que parecía la mayor de las ruedas del molino. Tenía la cabeza cubierta con un saco y de repente recibí un empujón por el trazado curvo de un surco circular. En una órbita circunscrita, siguiendo siempre las huellas de mis propios pasos, viajaba siempre por ese mismo camino…

Aunque, como ser humano, había visto a menudo ruedas de molino girando de forma similar, pretendí ignorar el sistema y como novato en el asunto permanecí clavado en el sitio con fingido estupor. Esperaba, ya ves tú, que me consideraran inútil e inadecuado para ese tipo de trabajo y que sería degradado a alguna otra tarea más sencilla, o incluso devuelto a los pastos.

Pero puse en práctica esa miserable astucia de forma inútil, porque varios muchachos armados con palos muy pronto me habían rodeado y, mientras yo permanecía ahí, sin sospechar nada porque tenía los ojos vendados, ellos de repente gritaron todos juntos a una señal y cayeron sobre mí con una ráfaga de golpes, asustándome con sus gritos de tal manera que abandoné mi plan al instante, tiré furiosamente del ronzal con todas mis fuerzas y realicé rápidamente el circuito establecido, despertando risas a carcajadas con mi súbito cambio de actitud.

En teoría, cualquiera puede hacer pan. Después de todo, es básicamente harina y agua. En la práctica, hacer una buena hogaza es endiabladamente difícil, e incluso en el Aventino existe una enorme diversidad en cuanto a la calidad de las panaderías. Esto se debe a que, antes de que cada pan entre en el horno, Mistracio pone en él su sello personal —nadie va a pasar una hogaza de calidad inferior como si fuera suya, sin serlo. Una razón por la cual un pan casero no puede competir con el producto de un panadero profesional es porque la masa no sube. Nadie sabe todavía por qué el pan sube, ya que la levadura no será aislada e identificada como la causa de este fenómeno hasta dentro de 1.800 años.

Lo que sí sabe Mistracio es que tiene que reservar una buena porción de masa de cada tanda después de amasarla. Esta porción de masa es el leudo (de levatus, «levantado), o masa madre. El pan, sin este leudo, es decir, sin fermento, da como producto tras su horneado una losa plana, pesada y nada apetecible. Pero desmigajado en agua templada con miel, el leudo da lugar en una hora a una capa espumosa que será la base para la remesa de pan del día siguiente. Ni que decir tiene que todos los panaderos están constantemente rectificando su masa madre y experimentando y que, de vez en cuando, la renuevan con mosto de uva en los primeros estadios de fermentación. Según sea la masa madre, así será la hogaza y el cielo ayude al sirviente que intente vender a un rival alguna parte de tan valiosa mercancía.

En estos días preparamos masa madre a partir de la misma harina que usamos para hacer el pan. Se hace amasando la harina, pero sin añadir sal. Después, se hierve hasta obtener una especie de gachas espesas. Se deja aparte para que fermente hasta que se torna agria.

En la mayoría de los casos, no es necesario hervir, porque

> el panadero usa un poco de la masa que ha reservado del día anterior. Es evidente que, sea lo que fuere que hace que la masa suba, es ácido de forma natural, y también es evidente que la gente que come pan fermentado de este modo es más fuerte de cuerpo.
>
> PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural, 18.26*

Aunque la masa madre es el corazón y el alma de este negocio, Mistracio hornea también una remesa semanal de pan sin levadura. La corta en cuadrados planos que vende como galletas para perro.

Dentro del edificio de la panadería reina un caos controlado. Hace calor, como es de esperar, lo que explica la túnica mínima del esclavo que estaba esperando a la intemperie la llegada del carro. La luz procede en su mayor parte de hornos alimentados con leña justo por encima del nivel del suelo, de modo que la estancia está iluminada como una escena del inframundo en un festival de teatro. A un lado de la puerta hay una gran mesa reforzada, con encimera de basalto. Casi toda el área de la encimera de la mesa está ocupada por una profunda pila en la que se vierten harina, masa madre y agua. Luego, con una cantidad que depende del producto final deseado, se agregan medidas precisas de sal y aceite de oliva. Cuanto más aceite, más esponjoso es el pan, y la sal, tal vez con un toque de romero añadido, hace que el pan combine a la perfección con la salsas picantes con las que los romanos gustan acompañar sus platos.

> Lo que otorga a los mejores panes su excelente calidad es, en primer lugar, la calidad del trigo y, en segundo lugar, la finura de la tela a través de la cual se tamiza la harina. A algunos les gusta agregar a la masa leche o huevos, o incluso mantequilla. Tales son los gustos de las naciones con libertad para practicar las artes de la paz y cultivar la delicada habilidad del horneado.

PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural, 18.27*

Una hogaza de escasa calidad tendrá harina de trigo (farin siligineus) mezclada con cereales de calidad inferior, como farro y espelta. A diferencia de algunos de sus rivales, Mistracio es perfectamente consciente de lo importante que es amasar bien el pan y, después, amasarlo un poco más. Hace falta tener una musculatura considerable para manejar las palas con las que se prepara la masa en las cubetas, trabajo que suelen realizar dos hombres por cubeta. Dado que se ayudan generosamente entre ellos en su tarea, estos amasadores podrían ser considerados meros fortachones, hasta que se ve cómo uno de ellos levanta casualmente de la cubeta cien kilos de masa y los deposita sobre una losa de mármol, para dividirla en trozos del tamaño de una cabeza y dejar luego que fermenten.

Ha de transcurrir cerca de una hora en el caluroso y cargado ambiente de la panadería, para que las porciones de masa suban y alcancen dos veces su tamaño original. Ahora es necesario aplanar la masa y darle su forma final.

> De todos los tipos de pan que se hacen, nos encontramos con que se les da nombre según distintos criterios.
>
> Algunos de estos nombres provienen del alimento con el que suelen comerse… por ejemplo, pan de ostras.
>
> Otros reciben el nombre de sus refinados ingredientes —como el pan de bollo.
>
> Después tenemos el speusticus, que puede hacerse rápidamente y que por ello se llama pan presto.
>
> Otras variedades deben su nombre a la manera en la que se hacen —por ejemplo, pan cocido en horno, pan de lata [horneado en una caja cerrada de metal] y pan de molde.

PLINIO EL VIEJO, *Historia Natural, 18.27*

Antes de acostarse, por la tarde, Mistracio ha de dedicar al

menos una hora a planificar qué tipos de pan va a hacer al día siguiente, de qué harina y en qué orden. Cuando los fuegos están encendidos y los hornos han alcanzado la temperatura de cocción, no hay tiempo para indecisiones: todo ha de funcionar con precisión militar. La masa que ya ha subido ha de ser horneada en el momento exacto en que esté lista. Si antes de introducirla en el horno se deja reposar más tiempo, aunque sea poco más, lo que saldrá será, con suerte, una colección de grandes agujeros sostenidos por una corteza seca y friable. En el peor de los casos, el pan excesivamente expandido simplemente se hundirá y, de todos modos, el potente sabor agrio hará que la fallida hogaza sea prácticamente incomestible.

Ahora el panadero está en todas partes: apremia a los hombres que amasan con las paletas, acucia al muchacho esclavo que lánguidamente da forma a los panes y grita por la ventana pidiendo que traigan más harina del patio.

Mistracio se encarga personalmente de los panes especiales que han sido encargados para el día. A esta hogaza con forma de «U» aromatizada con semillas de sésamo se le va a dar forma de arpa, con palitos de pan como cuerdas, y será servida en una cena festiva. Un banquete de boda requiere un gran lote de panes con formas realistas de genitales masculinos, ya que, para los romanos, el phallus es símbolo de próspera fecundidad.

Otros panes son circulares, de unos treinta centímetros de diámetro y unos diez centímetros de alto. En la parte superior, se ha dado unos tajos a la masa, de manera que los surcos en la hogaza final se asemejen a los radios de una rueda. Este tipo de pan irá a parar a las tiendas minoristas de los mercados, que lo venden por pedazos, partiendo cada porción según los clientes van comprando. Mistracio vende muchas hogazas como esta y no utiliza moldes, pues no tiene tiempo para meter y sacar cada pan de su molde. De modo

que, con la velocidad que le concede su larga experiencia, simplemente enrolla una cuerda gruesa en torno a la «cintura» de cada pan para que no se expanda al hornearlo.

> El pan de Piceno crece con su blanco néctar como una suave esponja se hincha cuando toma agua.
>
> MARCIAL, *Epigramas, 13.48*

La hogaza, sea cual sea su forma, se coloca en una pala de madera, que se usará para introducir el pan en el horno. Este ocupa el centro de la estancia, con una enorme arcada fabricada con ladrillos de barro planos. El espacio bajo la arcada está dividido mediante ladrillos en dos hornos, espalda contra espalda, asegurado cada uno con sólidas puertas de hierro. Cuando considera que el lote horneado está listo, Mistracio abre las puertas y un estallido de calor invade el local. Las doradas hogazas son velozmente paleadas a cestos de mimbre y nuevos panes son introducidos ordenadamente en el horno, comenzando por el estante inferior —que está menos caliente y es la altura a la que se hornean las hogazas pequeñas y los panecillos— hasta arriba, donde se hornean los panes grandes.

Cada media hora el horno vomita otra docena de panes. La hija del panadero los lleva a la tienda, con puerta a la calle principal, y los ordena cuidadosamente en los estantes según el tipo. A pesar de la hora temprana, una pequeña multitud se agolpa ya esperando a que la panadería abra sus puertas. Hay un grupo de vigilantes nocturnos que planifican a diario su ronda para pasar por la panadería justo cuando las toscas pero sabrosas hogazas de mijo llegan a los estantes. Los vigilantes se mezclan con hombres sudorosos, que van a comprar una hogaza antes de dirigirse a casa después del último turno de descarga de las barcazas en los muelles del Aventino. Entre los clientes habituales de la panadería a primera hora de la mañana se encuentra una joven esclava. Como todos los días,

acude a recoger la gran hogaza de pan blanco que será parte del desayuno de su señor.

La hogaza de Herculano

A primera hora de la mañana del 24 de agosto del año 79 d. C. se introdujo una hogaza en los hornos de ladrillo de una panadería en la ciudad de Herculano. La hogaza estaba destinada a Celer, el esclavo de Quinto Granio Vero. Nunca llegaría a su destino, pues Celer, el maestro panadero, y la mayor parte del resto de la población de Herculano murieron como consecuencia del flujo piroclástico del monte Vesubio que destruyó la ciudad.

Sin embargo, el diseño de un horno de ladrillo es tan eficaz para mantener el calor dentro como para contenerlo fuera, de modo que la hogaza se salvó, aunque horneada hasta el punto de carbonización. El pan es del tipo de hogaza redonda ya descrito, con unas rajas en la parte superior, de modo que pueda trocearse fácilmente en ocho porciones.

La hogaza ha sido analizada por científicos y se ha podido recrear la receta. Este pan en concreto es de masa fermentada y, aunque el esclavo Celer no lo sabía, la masa fermentada depende de dos tipos de hongos que actúan como levadura natural: *Lactobacillus* y *Acetobacillus*.

Estas levaduras dan lugar a la fermentación simplemente dejando una mezcla de harina y agua en la encimera de la cocina durante unos días (agregando los ingredientes según necesidad). Después, cuando ya se tiene el fermento, se añaden los siguientes ingredientes:

- 1/2 litro de agua
- 400 g de harina de espelta (si no la ecuentras, utiliza harina de pizza)
- 400 g de harina de trigo integral
- Una cucharada de harina de centeno, si tienes
- Una cucharada de aceite de oliva



Una vez mezclados todos estos ingredientes, se forma una gran bola de masa ligeramente pegajosa al tacto. Se deja reposar 45 minutos en un lugar cálido y húmedo y después se amasa de nuevo, esta vez añadiendo una cucharadita de sal. Se coloca la masa en un molde para tartas, se le pone el sello personal, se realizan unos surcos de aproximadamente 1 cm de profundidad en la parte superior de la masa para marcar las porciones y se deja que la masa suba.

Al cabo de una hora, la masa estará lista para ser horneada, 25 minutos a 220 ºC. No dejes que los flujos piroclásticos de volcanes cercanos interrumpan el proceso de horneado y obtendrás una magnífica y crujiente hogaza.



HORA NOCTIS IX

(3.00-4.00)

La joven esclava prepara el desayuno

Dejando atrás el calor de la panadería, la joven esclava mira hacia arriba escudriñando el cielo nocturno. Hay mucho que hacer antes de que el resto de la casa comience a moverse. La primera tarea, para la cual acaba de comprar el pan, consiste en preparar el desayuno, que debe servirse muy caliente. Sin embargo, la labor de atender los fogones no debe interponerse en el camino de otros quehaceres de la mañana. Una cuidadosa planificación de estas tareas marca la diferencia entre recibir una paliza o tener media hora más de descanso. Afortunadamente, hace buena noche, de modo que el control de los tiempos no supondrá un problema. El reloj de la joven esclava se extiende resplandeciente por todo el firmamento.

En Roma, la iluminación en las calles simplemente no existe, y poca gente enciende lámparas de aceite. Por encima de la ciudad dormida, las estrellas son visibles en toda su gloria y esta joven esclava está absolutamente familiarizada con las constelaciones. Busca la «Cola de Perro», la estrella en el extremo de la constelación de la Osa Menor. De toda la bóveda celeste, es la única estrella que nunca cambia de posición. Gracias a su larga experiencia mirando el cielo, la joven localiza la estrella y observa el ángulo que forma con el grupo de estrellas que ella conoce como los «Siete Bueyes». El ángulo entre la Cola de Perro y los Bueyes se va haciendo cada vez más obtuso después de la medianoche, a medida que las estrellas van rodando por el cielo. De una mirada rápida hacia arriba, la chica sabe que la hora novena de la noche ya

ha comenzado. Es hora de apresurarse calle abajo hasta su casa.[1]

Esta es la única casa que la muchacha esclava ha conocido nunca, pues pertenece a la categoría de las vernae, la clase de esclavas que nacen en la casa de su señor. De hecho, su físico y sus maneras sugieren que su padre es el propio paterfamilias de la casa. Probablemente la chica fuera concebida como consecuencia de una relación ocasional con una de las sirvientas hace década y media. Al ser su madre esclava, y no habiendo sido reconocida nunca de forma oficial por su padre, la niña ha sido legalmente y en la práctica una esclava desde el momento de su nacimiento, y seguiría siéndolo para siempre.

El hecho de vivir desde hace tantos años en la casa y su probable parentesco han hecho que la muchacha goce de ciertos privilegios, aunque también se haya ganado con ello la envidia y el resentimiento de la señora de la casa. Esta no ha tenido hijos, a pesar de sus infructuosos intentos por dar un descendiente a su esposo y a pesar de la fertilidad que supuestamente habrían tenido que conferirle diversos pharmaka griegos y amuletos etruscos. Considera a la chica esclava un reproche viviente de su fracaso en su misión de dar un descendiente a su esposo. Hoy la señora visitará a su familia, que vive en el otro extremo de Roma, y ello despierta en la muchacha sentimientos encontrados. Por un lado, mientras su señora esté fuera, no sufrirá la asignación arbitraria de todo tipo de tareas y castigos pero, por otro lado, deberá soportar todo el proceso de peinar a la señora para el viaje. Este es uno de los motivos por los que la joven esclava quiere volver a casa enseguida y reavivar deprisa el fuego en los fogones.

El caso de Virginia

En los primeros tiempos de la República romana, un magistrado de nombre Apio Claudio se enamoró

apasionadamente de una joven llamada Virginia. Para tomar posesión da la muchacha, presentó falsos testigos, uno de los cuales afirmó que la chica en realidad había sido solo adoptada por el que en ese momento declaraba ser su padre.

Según afirmaba este hombre, Virginia era en realidad hija de una de las esclavas de su casa. Por consiguiente, según la ley romana, era su esclava. Apio Claudio solicitó la custodia de la chica, se autoeligió como magistrado en la vista del caso y se concedió de forma inmediata a sí mismo la propiedad de la joven.

Una vez declarada «verna» —esclava nacida en la casa— Virginia podía ser vendida al lujurioso Apio Claudio. Sin embargo, el plan fue desbaratado por el padre de la chica, que apuñaló a su hija causándole la muerte al ver agotada toda posibilidad de recurso legal. Apio Claudio se vio superado por sus actos, ya que, según su propio decreto, el padre no era culpable de asesinato, sino de matar a una esclava, lo cual se consideraba daño a la propiedad.

El encolerizado padre llegó a liderar un movimiento popular que derrocó el gobierno. Apio Claudio fue arrestado por sus crímenes y se quitó la vida en prisión.

Detalles en LIVIO, *Ab Urbe Condita,* 3.44ff

De vuelta en la cocina, lo primero que hace es quitarse la túnica larga de calle que lleva ceñida sobre su vestido más corto de casa. Cuelga la túnica detrás de la puerta y después reaviva el fuego y coloca el pan en un recipiente de arcilla especial, que lo mantendrá caliente hasta cuando llegue su señor para su precipitado desayuno. Cuando haya comido el señor, la muchacha atizará el fuego para calentar los hierros con los que rizará el cabello a su señora.

El cabello es muy importante para la mujer romana. La joven esclava lleva el pelo peinado en un estilo «natural», cepillado hacia atrás y sujeto con un cordel de cuero. Este peinado revela inmediatamente su condición en la base de la escala social. Una mujer como su señora, o de hecho como cualquiera con pretensiones en cuanto a posición social, lleva el cabello con un peinado elegante, arreglado según las últimas tendencias. Para alcanzar tal efecto hacen falta tiempo y dinero, de manera que cuanto más elegante y elaborado es el peinado, más dinero y tiempo libre tiene la mujer que lo luce. Esta señora no es la única que exige a su esclava reproducir un peinado que, en realidad, requiere el doble del tiempo y del presupuesto disponible. En consecuencia, la esclava es tristemente consciente de que cabe la posibilidad de que sea abofeteada, herida con horquillas del pelo o incluso quemada con sus propias tenacillas de hierro si su esfuerzo no satisface las expectativas de su señora.

Para que los hierros rizadores (calamistrum) se calienten en grado suficiente, la joven esclava enterrará el cilindro exterior hueco en las brasas del fuego reavivado. Más tarde, enrollará el cabello de su señora alrededor de la varilla sólida central del instrumento y después colocará el cilindro externo muy caliente sobre aquel. Como muchas otras cosas en la vida de la esclava, medir los tiempos es imprescindible. Si el cilindro externo está demasiado caliente, los mechones de la señora resultarán dañados. Si no está lo suficientemente caliente, el cabello no se rizará. En cualquier caso, la culpa recaerá en la peluquera, y la joven lo sufrirá. La técnica preferida de la muchacha consiste en calentar mucho el cilindro y después dejar que se enfríe despacio hasta la temperatura óptima: es más fácil esperar hasta que el cilindro se enfríe que preocuparse porque no se ha calentado lo suficiente.

PEINADOS – Un asunto serio

El régimen que impera en la casa es tan cruel como el impuesto en la corte de un tirano siciliano. Si tiene una cita, entonces desea engalanarse incluso por encima de su modelo habitual… Es la mala fortuna de Psecas, la joven esclava que —mesado su cabello y desnudos el pecho y los hombros— prepara el peinado de su señora.

«¿Por qué está este rizo fuera de su sitio?», le pregunta, con la correa de piel de toro a mano para castigar rápidamente el infame delito de un bucle torcido. Claro ¿y culpas a Psecas? Por muy improbable que parezca, es culpa de la joven esclava lo que a ti te desagrada.

Al mismo tiempo, a la izquierda de la Madame, una esclava ahueca el cabello, y lo peina y lo recoge en un moño. Pedirá consejo a la esclava de su madre [de la señora] … reconocida después de su largo servicio entre horquillas. Primero, conocerá su opinión, y después consultará a quienes están por debajo por edad y habilidad. Ha de considerar que es una cuestión de perder su reputación, o incluso la vida, lo que hace que su equipo se esfuerce desesperadamente por conseguir la perfección.

Por último, se disponen en su cabeza capas de pelo, apiladas sobre la frente, fila sobre fila. De frente verás a Andrómaca [la legendaria esposa del guerrero Héctor]: de espaldas, a una no tan alta.

JUVENAL, *Sátiras, 6*

Mientras el fuego toma fuerza, la muchacha prepara el desayuno. Un desayuno romano es un asunto bastante rápido y, de hecho, muchas familias directamente se lo saltan. Por su larga experiencia, la joven sabe lo que prefiere su señor. El pan que saca ahora del horno es circular, pero ha sido marcado ya en la panadería de manera que pueda partirse fácilmente en ocho pedazos triangulares. Probablemente, el señor pasará por la cocina después de sus abluciones de la

mañana y arrancará tres de estos pedazos, que comerá con un puñado de aceitunas, que la joven esclava está colocando ahora cuidadosamente en un cuenco sobre una de las mesas laterales de la cocina. Justo antes de que llegue el señor, la chica habrá sacado el pan de su recipiente en la parte superior del horno y lo habrá regado con un poco de aceite de oliva para que resulte aún más blando y esponjoso. Después de detenerse un momento a pensar, la muchacha saca también varios quesos de cabra secados al sol y los coloca en el banco. Puede que el señor los pruebe o no, pero, si no lo hace, siempre podrá volver a guardarlos en la cesta y no ocurrirá nada malo por haberlos sacado y ofrecido.

Ahora la esclava se gira hacia un cuenco grande de avena descascarillada, que ha estado en remojo toda la noche. Escurre el agua y añade a la avena tres puñados de queso blanco crudo. Añade un huevo y, tras echar una mirada subrepticia a la cocina, lo complementa con media cucharada de miel, prohibida para ella. Después de revolverlo todo con energía hasta obtener una pasta blanda, vierte la mezcla en otro cuenco y lo coloca también en la parte superior del horno. Más tarde, este será el desayuno para ella y para los demás esclavos de la casa, algunos de los cuales estarán demasiado ocupados durante el día para comer nada más.



Una vez preparado todo, la muchacha sale de la cocina y echa un vistazo al cielo estrellado, claramente visible por encima del atrium abierto de la casa. La luz de las lámparas ya aletean en algunas ventanas, pues empieza a haber movimiento en la casa. Aunque queda en torno a un cuarto de hora para que el señor entre en la cocina, por su larga experiencia la joven sabe que es mejor no parecer ociosa. Va sin prisas a su cuarto y vuelve con una gran madeja de lana de oveja.

Sentada en una banqueta de la cocina, la chica utiliza un peine ancho de metal para cardar la lana hasta convertirla en fibras plateadas uniformemente ahuecadas y listas para su hilado. La lana ya ha sido clasificada, pues la calidad varía dependiendo del animal, o incluso de la parte del animal de la que procede. Así, la lana de carnero es más áspera, y servirá luego para tejer una capa. Dado que el aceite natural de lanolina de la lana ayuda a impermeabilizar la capa una vez realizada, esta lana no se lava. Para no manchar de grasa la túnica que lleva puesta, la chica se coloca un cojín grande de cuero sobre las rodillas y se sienta a peinar la lana hasta la llegada de su señor.

Desayuno romano rápido

- 120 g de piñones
- Un tarro de pasta de anchoas
- Dos huevos pequeños (si usas huevos de codorniz, emplea cuatro)
- Miel
- Pimienta blanca molida

Comienza dejando en remojo los piñones en agua durante toda la noche. Escúrrelos y añádelos a la batidora con una cucharadita de pimienta y una cucharadita colmada de miel. (Para hacerlo a la vieja usanza, utiliza un mortero en lugar de la batidora). Calienta la mezcla resultante a fuego lento en una cazuela, mientras agregas dos cucharadas de pasta de anchoas. Al mismo tiempo cuece los huevos en otro cazo. (Recuerda que los huevos pequeños se cuecen más deprisa, de modo que serán suficientes 3 ½ minutos).

Pela los huevos y ponlos enteros en un plato hondo. Opcionalmente el fondo del plato puede contener una fina rebanadita de pan de cebada tostado para que quede crujiente. Vierte por encima la pasta preparada y sirve el desayuno enseguida.



La señora acicalándose ante un espejo que sostiene su esclava.

El cardado de la lana

Comienza con la lana recién esquilada de la oveja. Lávala. La oveja tiende a ensuciarse y la mugre penetra en profundidad en las fibras. Sin embargo, puede que quieras conservar los aceites naturales de la lana, en cuyo caso no deberás lavarla a más de 70 ºC. (La lanolina de la lana de oveja no solo ayuda a mantener la impermeabilidad de la prenda final, sino que además el aceite es excelente para la piel). Una vez que la hayas lavado, deja secar la lana completamente en un lugar cálido.

A continuación, agarra las palas de cardar, o «cardas». Son como raquetas cuadradas de ping-pong con un lado cubierto de púas romas. Cuanto mayor sea la densidad de las púas más fina quedará la lana, pero más esfuerzo habrá que hace para cardarla. Elige el tamaño de las palas en función de la fuerza que tengas en la parte superior de tu cuerpo: es un trabajo duro.

Cubre una carda con una capa gruesa de lana. Siéntate y coloca esa carda sobre tus rodillas. Ahora pasa suavemente la otra carda sobre las fibras de la carda cargada. Da las

pasadas en un mismo sentido, pues la idea es alinear todas las fibras. Repite hasta que hayas trasladado la mayor parte de la lana a la carda con las que has dado las pasadas. Después cambia las cardas y repite el proceso. Al final, todas las fibras de lana estarán alineadas en una carda.

Enrolla suavemente la lana hasta obtener un cilindro suelto, llamado «mecha», que quedará así listo para ser hilado en un ovillo.



HORA NOCTIS X

(4.00-5.00)

La madre cuida de su bebé enfermo

Oh, gentil Ilitía, que tienes el poder de producir de manera oportuna el nacimiento, protege a las madres [en el parto]; ya sea que elijas ser invocada como Lucina o como Genitalis.

¡Oh Diosa, multiplica nuestra descendencia!

HORACIO, *Oración romana en Epodos, 17*

Pronto amanecerá, y el pequeño Lucio Curio todavía no se ha dormido. Frustrada y agotada, Sosípatra, su madre, se inclina sobre la cuna. Una vez más, como ha hecho ya muchas veces en la última hora, pasa una esponja mojada sobre la cara enrojecida del niño. En respuesta, el bebé levanta la carita y suma un gemido más al llanto con el que ha cortado la noche.

«Los niños nacen, y entonces todo se llena de ansiedad»[2], como suele decirse. Hay tantas cosas que pueden ir mal, antes del nacimiento, durante el nacimiento y en los meses posteriores, que un parto normal y una primera infancia sana son una excepción, en lugar de la regla general. Por consiguiente, como cualquier pareja romana joven. Sosípatra y su marido, Termal, se casaron pensando de antemano que enterrarían a varios niños en la primera década de matrimonio. La antigua Roma no es un lugar amable para los bebés.

Como la mayoría de las jóvenes romanas de clase trabajadora, Sosípatra contrajo matrimonio al final de la adolescencia. En los diez años siguientes ha estado

continuamente embarazada o criando. A pesar de todos los esfuerzos de la pareja, tienen solo un bebé sano. Es su hija, Termalia, que ahora tiene siete años. Esto quiere decir que la niña ha superado ya en dos años la edad a la que unos padres romanos pueden tener una seguridad razonable de que su hijo, en este caso su hija, sobrevivirá. Es decir, que sobrevivirá a las enfermedades que en Roma matan a entre dos y cuatro de cada diez niños antes de alcanzar la edad de cinco años.

CUIDADOS DE LA MUJER EMBARAZADA

Estos cuidados constan de tres etapas. La primera etapa persigue la supervivencia y la preservación del semen inyectado. La segunda consiste en el abordaje y el alivio de síntomas como la pica, cuando estos se manifiestan. [Reciben la denominación de pica los antojos, durante el embarazo, de alimentos no nutritivos, como yeso o arena; la palabra procede del vocablo latín pica, que significa «urraca», un ave que los romanos decían que comía cualquier cosa]. En el último período, al acercarse el parto, los cuidados tienen como objetivo la perfección del embrión y su resistencia hasta el momento del parto.

Por encima de todo, se ha de tener cuidado en prescribir alimentos ligeros para el estómago, cosas de fácil digestión y que, al mismo tiempo, no se descompongan rápidamente. Cosas como huevos cocidos, espelta [un tipo de trigo] preparada con agua fría o vinagre rebajado con agua, o gachas espesas de cebada… Las aves de caza son buenas, si son de carne magra y seca (como palomo, tordo y mirlo…) … Entre las verduras se incluyen endivia, chirivía, llantén y espárragos verdes… Las manzanas y membrillos deben comerse asados al horno. Crudos son de difícil digestión y hervidos pierden gran parte de su valor. Triturados y horneados, conservan sus propiedades y se digieren mejor.

A partir del séptimo mes de embarazo, la futura madre

debe dejar de practicar la parte más enérgica de su actividad física, debiendo evitar especialmente las sacudidas que puede recibir si viaja en un carro. Debe permitirse el resto de actividades físicas con precaución… Si cierto signos indican que el parto es inminente, deben realizarse los preparativos para la llegada de un nacido vivo, ya que la evidencia muestra que los niños nacidos a los siete meses son capaces de sobrevivir.

… Posiblemente los senos hayan aumentado de tamaño, en cuyo caso no deben frotarse ni apretarse los pezones, ya que podría desarrollarse un absceso. Por esta razón es habitual que las mujeres se aflojen las bandas del pecho para dar cabida al aumento de tamaño de los senos.

Fragmentos de la obra de Sorano de Éfeso, médico del siglo II d.C.

Ginecología, 14.46, 51 y 55

Por supuesto, a partir de ese momento los peligros habituales de la vida urbana pueden llevarse a cualquiera en cualquier momento. Y mientras Termalia crece sana, el pequeño Curio está enfermo, Sosípatra ha sufrido cuatro abortos y en dos ocasiones nació un niño aparentemente sin problemas, que, sin embargo, murió antes de cumplir un mes.

En definitiva, Sosípatra es una madre romana típica. En el pasado, incluso Cornelia, la materfamilia de una de las más aristocráticas familias romanas, tuvo que pasar por la terrible experiencia de perder a nueve de sus doce hijos antes de llegar a la infancia, no siendo suficientes los cuidados de primera categoría que recibía por ser hija de Escipión el Africano.

En Roma, una mujer debe contar con la posibilidad de quedar embarazada más de una docena de veces en su vida, aunque ni tan siquiera esta cifra es suficiente para mantener una población estable. Ello se debe, en parte, a que muchas mujeres —como, por ejemplo, la única hija de Julio César— morían durante su primer parto. De manera que la población

de Roma sigue cayendo. Solo la inmigración evita que se convierta en una ciudad fantasma, con una mayoría de fantasmas integrada por jóvenes madres y bebés.

> Es desgarrador el destino sufrido por las dos hermanas Helvidia. Qué triste que ambas murieran en el parto y al dar a luz a sus hijas. Me encuentro profundamente afligido y lucho por controlar este sentimiento. Es tan doloroso que estas dos elegantes y jóvenes damas murieran justo cuando su vida estaba empezando como que lo hicieran en el propio acto de convertirse en madres. Lloro apenado por los bebés que se quedaron sin madre, por sus excelentes esposos y por mí mismo.
>
> PLINIO EL JOVEN, *Cartas, 4.21 a Velio Cereal*

Al menos, como le dice constantemente su esposo para tranquilizarla, ella está sana. Los fetos que Sosípatra perdió en el pasado sobrevivieron todos hasta bien avanzada la gestación, pero el alumbramiento de los nacidos muertos no provocó lesiones a la madre. Esos cuerpecitos están ahora enterrados dentro del recinto de la casa familiar, de manera que Juno Licinia, la diosa de los partos, sepa que este es un hogar en el que se ama a los bebés. Sosípatra podrá al menos tener más hijos. Demasiadas amigas suyas han quedado estériles después de un parto difícil, a menudo de un modo desgarrador, con el alumbramiento de un bebé que luego no llegó a sobrevivir.

El pequeño Curio nació en esta misma habitación. Allí donde ahora está situada su cuna de mimbre, bajo la ventana, se colocó la silla de parto, que los nerviosos familiares llevaron escaleras arriba. Ahora, sola, Sosípatra mira nerviosa cómo su niño lucha por respirar y recuerda la incesante actividad que rodeó el momento del nacimiento de su hijo.

No hubo en ningún momento menos de cuatro personas en la estancia. Su hermana estaba entre ellas, por supuesto,

haciéndose cargo de todo con su habitual estilo autoritario. Ella y la matrona habían aunado fuerzas para impedir que la suegra de Sosípatra se saliera con la suya y consiguiera que la futura madre tomara una repugnante poción de excrementos de cerdo en polvo (tal y como recomendaba Plinio en Historia Natural 28.77). No obstante, sí le habían permitido colocar una pata momificada de hiena bajo la cama de la parturienta y ponerle un amuleto para alejar a los espíritus malignos. Por otro lado, Sosípatra, a pesar de sus dudas sobre la eficacia de todos estos objetos, se había aferrado puntualmente al bastón con plumas de buitre atadas, al que su suegra atribuía el nacimiento con éxito de sus propios hijos.

Naturalmente, Sosípatra llevaba el cabello suelto, como todas las mujeres que entraban en la habitación, pero por una cuestión de sentido común, no por superstición. Todo el mundo sabe que nada debe estar atado en la habitación en la que una mujer va a dar a luz. El nudo de una faja o incluso unas piernas cruzadas o unos dedos entrelazados emanan un aura que, si es percibida por la madre, inhibirá peligrosamente la salida del niño. Por todos es sabido que el recién nacido y el cordón umbilical pueden enredarse peligrosamente. Por consiguiente, dado que «lo similar llama a lo similar», tener nudos o enredones en la sala de parto equivale sencillamente a buscarse un problema.



Escena posnatal tomada de un bajorrelieve romano.

Debido a las tragedias anteriores, los jóvenes padres decidieron en esta ocasión pagar a una matrona profesional. A menudo las matronas profesionales atienden solo los partos de familias acomodadas, ya que cobran tanto como un buen doctor. Lo que esta pareja consiguió por el dinero del que disponían fue una mujer sensible que prefería los textos de doctores griegos a la evidencia anecdótica y a los amuletos de progenitores demasiado nerviosos.

Fue la partera quien dispuso que, cuando Sosípatra comenzara con los dolores de parto, fuera acompañada hasta la «silla de parto». Ahí, con la espalda apoyada en una almohada y las piernas sobre taburetes, el pequeño Curio vino al mundo a través de la abertura en forma de media luna del asiento, ante la matrona agachada en cuclillas para recibirlo. Al mismo tiempo, a la altura del pecho, la madre se agarraba a la barra de hierro de la silla, con tanta fuerza que casi llegó a doblar el metal.

La placenta se había resistido a salir, hasta que la partera facilitó su salida. Como muchas matronas, lubricó sus manos con aceite de lanolina y se lavó y cortó perfectamente las uñas, para que el útero no se infectara ni inflamara. Después de tirar las secundinas y de retirar la ropa manchada de sangre durante el parto para su posterior lavado, la partera tuvo que marcharse a toda prisa. Cuando lo hizo, la hermana y la suegra estaban ya discutiendo acaloradamente sobre la posibilidad de dar a Sosípatra una mezcla de lombrices con vino de miel para estimular la producción de leche como primer alimento del bebé. (Sosípatra recordaba ahora que la poción no le había sabido tal mal como esperaba y, en verdad, al pequeño Curio nunca le había faltado leche).

¡Qué diferente se ve todo ese alboroto y ese revuelo seis meses después en su vigilia en soledad! Sosípatra está sola en la habitación, pues padre e hija se han retirado al cuarto de

atrás en un intento por dormir. Sin duda, un niño gravemente enfermo no es considerado excusa suficiente para que su esposo no acuda al trabajo al día siguiente. Para cualquiera, menos para los padres, la muerte de un bebé es un asunto de todos los días. Incluso el insigne Cicerón había afirmado un siglo antes: «Debe ser fácil olvidar a un niño que muere joven y, si el niño muere en la cuna, ni siquiera merece que se le preste atención».[3]

Esta joven esclava, hija de Frontón y Flacila, fue mi delicia, a quien abrazaría y besaría. No dejes que la pequeña Eroción tenga miedo de las sombras de la oscuridad ni de las fauces del infernal monstruo Cerbero. No quedaban muchos días para que acabara el sexto frío invierno de su vida… Pueda el suave césped cubrir sus frágiles huesos y descanse ligera sobre ella la tierra. Ella nunca gravó su peso sobre ti.

MARCIAL, *Epigramas, 5.34*

Más recientemente, el filósofo Séneca amonestaba a un amigo que había sufrido mucho por la muerte de su bebé: «No esperes que te consuele; estoy aquí con una reprimenda. En lugar de afrontar la pérdida de tu hijo como un hombre, has hecho lo contrario. ¡Era solo un bebé! No sabías aún qué esperar de ese niño, de modo que todo cuanto has perdido ha sido solo un poco de tiempo».[4]

Sin embargo, como bien sabe Sosípatra, una cosa es contemplar en abstracto la muerte de un niño y otra muy distinta cuando el bebé ha sido el centro de todo su amor y de todos tus cuidados durante los últimos seis meses. Todos los días Sosípatra había tenido en sus brazos al niño, le había amamantado y vigilado con no poca ansiedad y, poco a poco, a medida que los meses iban pasando, se había atrevido a tener esperanzas. Ahora esa esperanzas corren peligro, pues el bebé yace en la cuna, con sus pequeños pulmones luchando por tomar aire, que expulsa con dolorosos gemidos. Suspirando, Sosípatra se dirige a la mesa del rincón y vierte con cuidado un poco más de aceite en la lámpara encendida, para alimentar la única temblorosa llama que ilumina la estancia. Tres veces durante la noche ha rellenado la lámpara. Esto significa que no tendrá que volver a rellenarla, ya que antes de que el aceite haya vuelto a agotarse, la luz del día habrá inundado la habitación.

Con la luz del nuevo día llega la hermana de Sosípatra y con ella el desayuno de leche, aceitunas y pan fresco. Después, conminará a Sosípatra a marchar a la habitación de atrás a tumbarse en la cama que acaba de dejar libre su esposo y la hermana intentará que el bebé coma una papilla de maíz con leche y miel.



A los espíritus de los muertos… el más dulce, encantador y bonito de los niños. Todavía no había aprendido a hablar. Sus padres Termal… y Sosípatra crearon este [memorial] para su amado niño Lucio Curio, que vivió seis meses y tres días.

Inscripción romana *(Corpus Inscriptiones Latinarum, 6.172313 Roma)*



HORA NOCTIS XI

(05.00 - 06.00)

El mensajero imperial parte hacia Britania

Tito Aulo Macrio es un hombre con prisas. Está además algo nervioso, pues su plan original contemplaba salir de la ciudad poco después de media noche. Sin embargo, los mensajeros urgentes para Britania no salen muy a menudo de Roma con el correo imperial y parece como si todos los secretarios del Tabulario, en el monte Capitolino, tuvieran un mensaje que añadir a los despachos imperiales que Tito lleva en una saca impermeable detrás de la silla de montar.

Ahora, debido a los retrasos burocráticos y a los encargos postales de última hora, la luz del alba inunda ya el cielo y las calles empiezan a llenarse de transeúntes. Tito pone su montura a paso ligero, pero una mujer se apresura ya hacia las casas vecinas con un desayuno de pan y aceitunas. Una hora más entre el gentío de las calles de la ciudad, piensa Tito, y estará saliendo por el puente de Agripa para tomar la Vía Aurelia hacia los tranquilos montes que bordean la costa toscana.

Dado que pasa poco tiempo en la ciudad, Tito sufre mucho más por los inconvenientes de la urbe que los residentes nativos de Roma. El olor, por ejemplo. Digámoslo sin rodeos, Roma apesta. Ahí mismo, tiene delante de él un montón de pestilente estiércol de buey recién depositado por un carro a su paso. Este material tiene, al menos, la ventaja de ser fresco, a diferencia del contenido de las docenas de orinales que muchos romanos arrojan a las calles por la noche, demasiado perezosos para caminar hasta las letrinas públicas y subir de

nuevo a su casa. Este particular hedor se mezcla con el penetrante olor general de cientos de miles de seres humanos y animales que conviven muy próximos unos a otros y se funde con el olor a desperdicios en descomposición que inunda los callejones. Cada vez que viene a Roma Tito siente cómo sus narices se encogen horrorizadas.

Aun así, entre todo esto, también se perciben los aromas a fuego de leña y pan recién hecho procedentes de los hornos de panadería, así como el aroma más áspero del carbón que empieza a arder en las forjas de los herreros para el día que comienza. Por otro lado, mucho menos agradable resulta el hedor que proviene de los patios de curtidores y que el viento del este procedente del barrio del Trastevere (Transtiberim, es decir, del otro lado del río Tíber) lleva hasta su cara. El olor acre de la orina concentrada que se utiliza para ablandar las pieles es suficiente para que a un chico de campo se le salten las lágrimas y Tito, nacido en los montes Sabinos, todavía se considera a sí mismo un chico de campo, a pesar de los años que lleva de servicio imperial.

Tito es un tabellarius, que es el nombre por el que se conocen los mensajeros imperiales, ya que la mayoría de los mensajes les son entregados escritos en tablillas de cera llamadas tabellae. Más concretamente, él es del tipo conocido como strator, una categoría de mensajeros cuyo nombre deriva de la expresión «silla de montar». Los stratores viajan a caballo y son el grupo menos numeroso y más costoso de mensajeros.

Son contratados únicamente por acaudalados aristócratas, comerciantes y, por supuesto, por el emperador. En la mayoría de las ocasiones en las que se recurre a un correo profesional, este viaja en un carro ligero y se toma su tiempo —en la sociedad romana los conocidos suelen vivir cerca, de modo que no existe la necesidad de enviar mensajes urgentes a grandes distancias. Salvo, claro estás, que seas el emperador.

Los mensajeros, al igual que la red de caminos por los que viajan, forman parte del entramado que mantiene unido el extenso Imperio romano.

Si todos los caminos llevan a Roma, entonces por esos caminos llegan a Roma mensajes de los gobernadores provinciales con estimaciones de presupuestos, gestiones de impuestos y asuntos relacionados con las tropas. Se cuentan también, entre estos mensajes, comunicaciones de exploradores de los movimientos de bárbaros a lo largo de la frontera y mensajes enviados por reyes clientes del otro lado de las fronteras de Roma. Todas estas comunicaciones son engullidas por las fauces de la administración romana en el monte Palatino. Luego, en respuesta, mensajeros como Tito recorren el imperio llevando instrucciones a los administradores sobre si emprender o no acciones militares, si procesar o no a miembros de esa molesta secta conocida como «cristianos» o si es posible o no la financiación para el proyecto favorito de un gobernador, ya sea un complejo de baños o un acueducto. Adriano es un dirigente muy activo.



El mapa peutingeriano

En el año 1494 d. C., un estudioso hizo un extraordinario hallazgo en la ciudad de Worms, en Santo Imperio Germánico. Se trataba de un pergamino de casi siete metros de longitud. En él aparecía una lista de todas las paradas (*mansiones*) del *cursus publicus* romano (nombre por el que se conocía el servicio imperial de correo y transporte).

El rollo de pergamino no es un mapa propiamente dicho, pues su intención no es la de mostrar el territorio, sino las rutas. De modo que el mapa en sí está muy

distorsionado, como si se tratara del mapa de metro de una ciudad moderna, que muestra las estaciones subterráneas sin reflejar de manera absolutamente fiel la geografía de la ciudad que se extiende por encima.

Sin embargo, la *tabula* representa un asombroso hito, pues ilustra la localización de más de 500 ciudades a lo largo de distintas rutas y más de 3.500 estaciones de paso y otras localizaciones. Como resultado de ello, es posible reconstruir casi día a día la ruta más probable que Tito Aulo Macrio debió seguir en su viaje a Britania. También es posible seguir rutas más románticas, a través de Oriente Medio hasta la India y Taprobane (nombre por el que conocían los romanos la isla de Sri Lanka).

El antecedente del pergamino debió ser un trazado del *cursus publicus* tal y como debió dibujarlo Agripa, partidario del entonces emperador Augusto. A lo largo de siglos la *tabula* fue embellecida y ampliada hasta convertirse en la copia que hoy conocemos. Actualmente se encuentra en la Austrian National Library de Viena y muestra el *cursus publicus* tal y como era en torno al siglo 430 d. C., o 300 años después de que el mensajero Tito Aulo Macrio formara parte del cuerpo de mensajeros.



Como se desprende de la descripción de su oficio, Tito pasa mucho tiempo a lomos de un caballo. No puede cargar con mucha correspondencia (algo que parece escapar a la comprensión de los secretarios del Tabulario), pero puede llevarla con suma celeridad. Un mensajero particular con un caballo y un carro podría llevar cientos de cartas, pero si el mensajero no cuenta con un caballo de repuesto, solo podrá cubrir unos cincuenta kilómetros al día. En las etapas iniciales de su viaje, una vez que haya salido de las atestadas calles de Roma, Tito pretende recorrer el doble de distancia por los excelentes caminos de Italia central. A velocidad máxima en campo abierto, es posible recorrer unos 130 kilómetros al día, si el mensajero lo pone todo de su parte. El tráfico de las calles de Roma abre paso a un mensajero si lleva laureles en su bastón (lo cual significa que lleva noticias de una victoria romana) o plumas (que indican que debe prácticamente volar con las noticias; las plumas pocas veces son indicativas de buenas nuevas procedentes de Roma).

Los viajeros que recorren la Vía Aurelia, como los viajeros de la mayoría de los caminos de Italia, cuentan con buenos servicios. En el cosmopolita imperio de Adriano, muchos romanos viajan por negocios o por placer y la acomodación de estos viajeros constituye, en sí misma, un pequeño negocio. Como otros viajeros, el mensajero privado, es decir, el que no trabaja como empleado imperial, buscará una taberna donde comer y dormir, una casa cuya finalidad aparece a menudo indicada exteriormente mediante una tabla con un animal pintado, como un gallo o un elefante. En la mayoría de las rutas principales estas tabernae pueden encontrarse aproximadamente cada 12 kilómetros y en los caminos menos frecuentados, cada 38 kilómetros. En las tierras salvajes que se extienden antes de llegar a Mediolanum (Milán), cerca de los Alpes, tendrás suerte si encuentras una cada 65 kilómetros.

Poco le importa todo esto a Tito, pues él hará uso de las instalaciones del gobierno, que existen además de las tabernae, que son establecimientos de particulares. La razón por la cual puede viajar a tal velocidad sin matar a su caballo es porque cambia de montura cada noche, es decir, cada 12 kilómetros, en las estaciones de cambio llamadas mutationes. La principales arterias del imperio cuentan con tales estaciones. Después del ejército, representan uno de los mayores gastos del gobierno imperial, ya que existen miles de kilómetros de vías imperiales, cada una de ella con estaciones de cambio con ocho caballos para su uso por parte de mensajeros urgentes, reservas de mulas y bueyes para los vehículos más lentos, herradores y mozos de cuadra encargados de cuidar a los animales y sirvientes públicos para el seguimiento de toda esta red de servicios.

PLINIO (GOBERNADOR DE LA PROVINCIA DE BITINIA Y PONTO)

AL EMPERADOR TRAJANO:

Hasta ahora, Señor, nunca se me ha permitido el uso del cursus publicus para algo que no fueran fines administrativos. Pero en estos momentos me encuentro con la necesidad de romper esta regla hasta ahora establecida.

Cuando dijeron a mi esposa que su abuelo había muerto, ella quiso visitar a su tía lo antes posible. En tales circunstancias, pensé que podría hacer uso del privilegio [de viajar con el cursus publicus], pues sentía que estarías de acuerdo en que no sería amable impedir que ella ejerciera su deberes filiales.

… Por consiguiente, confiando en tus buenos deseos, me he tomado la libertad de hacer lo que habría hecho demasiado tarde si hubiera esperado tu consentimiento.

TRAJANO A PLINIO:

Me hiciste justicia, querido Segundo, al confiar en el

aprecio que te tengo. Ciertamente, si hubieras esperado mi consentimiento antes de usar esas licencias que te he confiado, entonces tu esposa no habría emprendido a tiempo su viaje.

PLINIO, *Correspondencia con Trajano, 10.120-1*

Aunque vitales para el funcionamiento del imperio, las mutationes no son del agrado de las comunidades en las que se localizan. Son estas comunidades las que tienen que cargar con el coste del funcionamiento de las estaciones de cambio ubicadas en su territorio y estos costes son muy elevados. Tan elevados que el gobierno imperial ha intentado ocasionalmente calmar el descontento popular en relación con el cursus publicus asumiendo los costes de su administración. Sin embargo, esto simplemente resulta imposible de asumir durante un periodo prolongado por parte de una administración perpetuamente escasa de fondos, de modo que invariablemente la carga recae de nuevo en las comunidades, en un juego burocrático de «pasarse la pelota».

El cursus publicus no es simplemente un servicio imperial de correo rápido, aunque este pueda ser el caso de mensajeros como Tito. Él forma parte del servicio de «correo rápido» — de hecho, como strator, es el más rápido de entre los rápidos. Sin embargo, el cursus publicus tiene también un «correo lento», que transporta mucho más que mensajes. El correo lento suele ser responsable del traslado de miembros de la familia o de la casa familiar de altos cargos del gobierno hasta Roma o desde Roma, del traslado de soldados heridos en batalla hasta su hogar y del traslado de cualquier otro funcionario que sepa mover los hilos para conseguirlo.

Debido a la feroz competencia entre secretarios para dar salida a su correspondencia con un strator, el uso del correo lento es un privilegio que se busca con ansiedad. Después de todo, dado que viajar es una experiencia cara y tediosa, ¿quién

no prefiere viajar en primera clase con todos los gastos pagados? Como consecuencia, a cualquiera que haga uso de una estación de cambio se le pide su licencia, el documento oficial que concede autorización para usar el correo. El documento es revisado detenidamente, ya que abundan las falsificaciones. Por supuesto, Tito tiene su propia licencia, por otra parte ya bastante raída. No obstante, los trabajadores que llevan mucho tiempo en las estaciones de cambio, como ocurre en la ruta Roma-Londinium (Roma-Londres), lo reconocen a simple vista.

Mientras apremia a su caballo entre el gentío cada vez más denso de las calles de Circo Flaminio, Tito planea ya mentalmente las etapas de la jornada de viaje. El inicio está siendo lento, de modo que piensa que llegará a tiempo para una cena ligera a última hora en Centumcellae (Civitavecchia), una agradable y pequeña localidad en la costa, no lejos de Tarquinia, en Etruria. La idea de pasar allí la noche no le resulta nada dolorosa, motivo por el cual hará todo lo que esté en su mano para alcanzar la velocidad óptima. La mansio de Centumcellae es una de las estaciones de paso más agradables en su camino y sería una lástima que los percances en Roma retrasaran su llegada hasta altas horas de la noche.

Las mansiones son una versión en grande de las mutationes (estaciones de cambio). La regla general es que debe haber una mansio cada ocho mutationes. En una mansio no solo se cambian los caballos; también se ofrecen cama para pasar la noche, una comida decente y un baño caliente para aliviar los tirones y calambres de un día entero sobre una silla de montar. Hubo un tiempo en que Tito terminaba su jornada a caballo en Centumcellae, donde pasaba el correo al siguiente mensajero de la cadena. Este era el modo en el que se procedía según el antiguo sistema persa, que el emperador Augusto emuló cuando estableció el primer correo imperial.

> Con el propósito de averiguar lo antes posible qué estaba sucediendo en las provincias, él [el emperador Augusto] estableció correos que recorrían las rutas. En un principio, asumieron esta labor hombres jóvenes, a intervalos regulares a lo largo de las principales arterias. Más tarde, estos fueron sustituidos por correos regulares con carruajes rápidos. Augusto pensaba que los mensajeros individuales eran más útiles, porque los portadores de despachos habían estado en el lugar donde habían sido escritos estos, de manera que se les podía preguntar acerca de más detalles cuando era necesario.
>
> SUETONIO, *Vida de Augusto, 49*

Sin embargo, eso era antes: ahora las cosas son de otro modo. De hecho, la misión en la que interviene ahora Tito es una buena prueba de por qué los emperadores prefieren que un mismo mensajero lleve su correspondencia durante todo el viaje. Entre la correspondencia transportada por Tito hay mensajes al legado de la Legio XX Valeria Victrix, el comandante de uno de las legiones que actualmente está construyendo la muralla de Adriano que delimita al norte la provincia de Britania.

No es que el emperador dude de la lealtad de su legado. Sin embargo, Adriano tiene muchos enemigos en el senado y le gustaría estar completamente seguro de que el comandante de toda una legión romana no se encuentra entre ellos. Por consiguiente, además de los mensajes oficiales que Tito llevará al gobernador de Britania, el mensajero ha sido cuidadosamente informado sobre ciertas cuestiones delicadas que deberá exponer personalmente al gobernador en nombre del emperador.

A su regreso a Roma, Tito volverá a entregar el correo oficial. Después se dirigirá a una pequeña oficina en el monte Palatino, donde comunicará verbalmente al jefe de los

speculatores del gobierno el resultado de su conversación privada con el gobernador provincial. Este es el motivo por el que los emperadores prefieren tener un solo mensajero de confianza que cubra todo el trayecto. Con este sistema, solamente un hombre es responsable de la seguridad y de la integridad del correo de extremo a extremo del viaje y, además, el mensajero puede llevar también comunicados verbales demasiado sensibles para quedar plasmados por escrito.

Como mensajero imperial de confianza, Tito ha realizado el viaje a Britania varias veces, y no siempre partiendo de Roma. Adriano es un dirigente muy viajero y Tito recuerda aún con escalofríos esos largos recorridos de Egipto a Britania cuando el emperador se encontraba visitando la primera de estas provincias. El viaje largo en verano transcurre literalmente como una brisa, ya que los vientos dominantes soplan de este a oeste a través del Mediterráneo y todo cuanto necesita un mensajero es mostrar su licencia para tener acceso a las enormes barcazas cargadas de cereales que realizan la ruta Alejandría-Ostia.

Sin embargo, en invierno, es otra historia. En esta estación, un mensajero procedente de Egipto tiene que recorrer la costa de Levante y desviarse tierra adentro para pasar por las Puertas Persas hasta el interior de Anatolia y evitar la impenetrable costa rocosa de Cilicia. Después, durante un trayecto, el mensajero imperial recorre la misma Calzada Real que sus predecesores utilizaron hace más de 500 años para llevar noticias de la derrota persa en Maratón, o más tarde el triste anuncio de la muerte de Alejandro a una afligida Macedonia.

En cada mansio Tito pregunta sobre el estado del camino que le queda por delante. La Galia ha sido pavimentada en su totalidad durante el último siglo de dominio romano, pero Tito tiene todavía que evitar el asalto de los bandidos, los

trabajos de las calzadas y las inundaciones, entre otros peligros. Dado que en estos momentos sale por las puertas de Roma, no es irracional esperar que, si Mercurio, dios de poetas y mensajeros, acelera el viaje, en tres semanas esté desayunando en la residencia del gobernador en Britania.

Pero ahora, Tito tiene que detenerse de nuevo. Esta vez se trata de una clase de escolares con su profesor, que se encuentran parados delante de él, en formación en la calzada pavimentada. Pidiéndose a sí mismo paciencia, Tito aguarda mientras el nervioso maestro saca a sus alumnos del camino. Es de esperar que los secretarios de Londinium estén más organizados y que Tito pueda partir a mejor hora cuando emprenda el largo viaje de regreso a la atestada ciudad que ahora se dispone a abandonar.



HORA NOCTIS XII

(06.00 - 07.00)

El escolar acude a clase por la mañana

¡Malvado maestro! Incluso antes de que amanezca, rompes el silencio con tu estridente voz.

MARCIAL, *Epigramas, 9.68*

Como todos los días de escuela, la mañana de Publio Phelyssam comienza cuando mira con ansiedad al maestro en su recuento de alumnos. Hasta ahora, son quince para la clase, y han tenido que salirse de la calzada para dejar pasar al mensajero imperial. El litteratus —maestro de la escuela pública— recibe su sueldo a diario de los pupilos. Si no consigue reunir veinte niños en su clase, no le resulta rentable. Mal asunto.

En primer lugar, si no reúne este número mínimo de discípulos, las clases tienen que celebrarse al aire libre, como ahora, en lugar de en la basílica situada enfrente. La basílica es, con diferencia, la mejor opción, pues en su interior los niños están al abrigo del sol y del viento y, además, hay bancos en un lateral, donde Publio y los demás alumnos pueden sentarse. Los días en que el litteratus no reúne suficiente dinero de sus discípulos para pagar a la persona encargada del cuidado de la basílica, o cuando la basílica va a ser utilizada para un acto oficial, Publio y sus compañeros se sientan tristemente al aire libre, en el suelo, con las piernas cruzadas y sus tablillas de cera en equilibrio inestable sobre las rodillas. A Publio no le gusta esto: pasa el resto de la mañana refunfuñando. Y a los demás usuarios del pavimento tampoco les hace mucha gracia la idea de andar esquivando niños.

La segunda razón por la que no entrar en la basílica es mal asunto es porque el litteratus cae en un inevitable estado de mal humor y ello repercute en sus alumnos. Si el maestro supiera que su clase le ha apodado «Orbilio», se alegraría de verdad. Ese era el nombre del maestro de Horacio —aunque el poeta lo llamaba «el azotador» (plagosus), por la libertad con la que utilizaba la fusta. Ciertamente, el profesor de Publio tampoco se contiene con la fusta —un artilugio de cuero que tiene siempre a su lado— y, como la mayoría de los romanos, no ve nada de malo en educar a golpes a los pupilos a su cargo. Por ello tal vez le agradaría saber que algún conocimiento sobre Horacio ha calado en sus alumnos, aun siendo despectivo el sentido en el que han aplicado ese conocimiento.

¿Cuál es el valor del trabajo del maestro? Sea lo que sea
(y es menos de la miseria que gana un profesor de retórica),
de eso el impasible pedagogo quiere su parte…

Al menos asegúrate de obtener algo,
por respirar en el hedor de lámparas y niños,

Mientras tu copia de Horacio pierde color,
y el hollín se aferra a tu Virgilio renegrido.

Aunque es raro que seas pagado sin tener que reclamar por ley,
los padres son salvajemente estrictos con el maestro,
exigiéndole que sea riguroso en su uso de la gramática,
versado en los historiadores y conocedor de los grandes autores,
del mismo modo que conoces tus uñas.

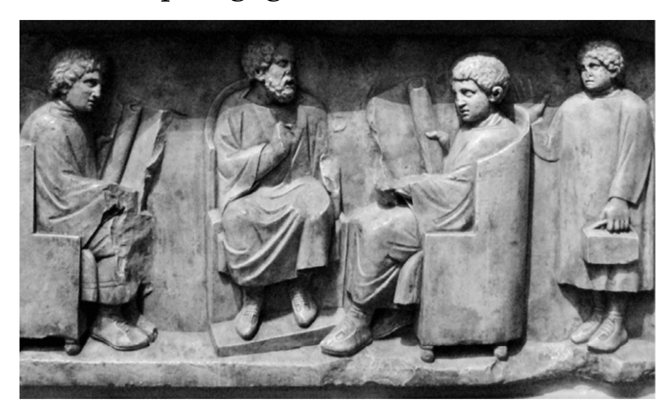
…

Exigirán que modele esas tiernas formas
bajo su pulgar,
como si estuviera esculpiendo rostros en la cera,
tiene que actuar como un padre con ese pelotón…

No es fácil vigilar a todos esos chicos,
sus manos y ojos agitando con entusiasmo,
y adelantarse al propósito.
«Bien, ese es tu trabajo», dicen los padres…

JUVENAL, *Sátiras, 7, L216FF*

Cuando Publio vuelve a sentarse en el suelo, se alegra al ver que llega otro grupo de estudiantes. El profesor también los ve, aunque pone mala cara a la vista del pedagogus. La mayor parte de los estudiantes del grupo que se acerca tienen entre seis y diez años. Son demasiado jóvenes para ir solos por las calles de Roma, con todos sus peligros, de modo que la mayoría de los padres hacen que sus hijos acudan a la escuela acompañados por un pedagogus, generalmente un esclavo empleado para tal fin. En ocasiones, todos los padres de un bloque de viviendas se ponen de acuerdo para pagar los servicios de un mismo pedagogo, como en este caso.



ESTUDIANTES ROMANOS CON ATUENDO FORMAL.

El pedagogus lleva además el dinero para pagar las clases del día y la cara agria del maestro se debe a que sabe que el pedagogus no soltará ese dinero si no recibe una parte. Entonces, mientras Orbilio y el pedagogus llegan a un acuerdo, se une a ellos otro grupo, de modo que la clase cuenta ya con veintisiete alumnos. Con alivio, todos se levantan y se dirigen a la basílica.

Mientras estaba de visita, un joven vino a presentarme sus respetos. Cuando le pregunté si estaba estudiando, él me dijo «Sí, en Mediolanum [Milán]».

«Por qué no aquí?», le pregunté.

El padre del joven lo había acompañado, y respondió: «Aquí no hay profesores».

«¿Por qué no?», le pregunté. Ocurrió que había varios padres presentes, de modo que les dije: «Es de importancia capital para los padres que sus hijos reciban educación en la ciudad en la que se encuentra su hogar».

«Si todos contribuyerais, podríais contratar a un profesor [en esta ciudad] con bajo coste por persona… Yo prometería incluso pagarlo yo solo, si no fuera porque temo que mi generosidad pudiera corromperse al servir a intereses particulares, como he visto que ha sucedido en otros lugares».

«Solo hay una manera de evitar ese problema y es dejando que los padres empleen a los profesores. Si tienen que destinar parte de su salario, se preocuparán por emplear a los hombres adecuados. No puedes comprar a tus hijos mejor regalo que este».

PLINIO EL JOVEN, *Cartas, 6.13*

«¡Hola, Baal!». Un niño delgado y pelirrojo se une a Publio y le saluda sonriente. El chico es Casce, de padre galo, de modo que comparte con Publio la condición de forasteros. Tal y como atestigua el apellido de Publio, Phelyssam, su familia es de origen semita, concretamente de la ciudad de Leptis Magna, en el norte de África. De ahí el apodo de Publio: Baal. Solía ser el más ofensivo «Aníbal», pero realmente la diversidad de nacionalidades en la clase no da pie a acosar a nadie por sus antecedentes y, si lo hacen, el objeto de las burlas es su profesor, de cuyos orígenes se ríen disimuladamente.

Como muchos maestros, Orbilio es un esclavo liberado e, incluso en los días cálidos, lleva un pañuelo alrededor del cuello para ocultar el tatuaje de esclavo que su antiguo señor ordenó que le grabaran. Precisamente porque muchos maestros son antiguos esclavos, su profesión no es debidamente respetada por los romanos. De hecho, Orbilio se encuentra, en este sentido, en el nivel más bajo, pues el respeto por los maestros romanos aumenta en consonancia con el nivel en el que enseñan. El maestro romano básico —es decir, Orbilio— es solo un litteratus. En general, se considera que ha alcanzado el éxito si consigue que un estudiante pueda leer, escribir, realizar operaciones aritméticas básicas y tener cierto conocimiento de los clásicos. Un maestro que trabaja duro en este nivel —y Orbilio trabaja duro, si nos atenemos a las palizas que da a sus pupilos— puede ganar en torno a 180 denarii al año. Esto equivale más o menos a la mitad del salario de un trabajador especializado en cualquier otra profesión. Incluso los profesores de retórica, que ocupan el nivel inmediatamente por encima de Orbilio, ganan un poco más. No es de extrañar que el poeta Juvenal señalara una vez: «Muchos maestros tienen ocasión de lamentar la falta de productividad de la cátedra de profesor».[5]

La «cátedra de profesor» es en este caso una pieza de madera bastante maltrecha y de respaldo alto que Orbilio saca de una rincón de la basílica y embellece cuidadosamente con un cojín de lana, también desgastado. Publio y Casce dejan su pelea amistosa y se sientan apresuradamente para prestar atención cuando Orbilio golpea el brazo de la silla con su fusta como señal de que la clase va a comenzar.

«Defessi Aeneadae, quae proxima litora…» entona el maestro despacio mientras los niños garabatean frenéticamente en sus tablillas de cera. El dictado de la Eneida de Virgilio es uno de los métodos de enseñanza favoritos de Orbilio, pues de esta manera enseña a los niños

los clásicos y, al mismo tiempo, a escribir. Los romanos son muy hábiles en el aprendizaje por repetición y, en general, todo cuanto necesita un pupilo excelente para alcanzar el éxito es tener buena memoria.

> Se dice que Lucio Voltacilio Plotio fue esclavo y que sirvió incluso como portero, encadenado para servir en su lugar, según la antigua costumbre, hasta que fue liberado por su talento e interés por las letras y se convirtió en maestro.
>
> SUETONIO, *Sobre los retóricos, 3*

En lo que respecta personalmente a Publio, el piadoso Eneas y sus heroicos troyanos podrían ir todos y ahogarse en el pozo negro más cercano. Ve poco práctico para su futuro el conocimiento de los clásicos. Si va a heredar el negocio de curtiduría del cuero de su padre, sin duda tiene que saber leer y escribir, pues la familia sigue teniendo contactos en África y, por ejemplo, intercambia con regularidad cuero barato por calzado acabado. La habilidad para escribir una buena carta es esencial en este sentido, pues una mala gramática o las faltas de ortografía indican que quien escribe es un palurdo de campo del que bien podría aprovecharse un astuto negociante.

Sin embargo, el asunto de declamar retórica o de construir elaboradas metáforas verbales basadas en un juego de palabras que implica a la madre de Hécuba son cuestiones que han de dejarse para quienes pasarán a la etapa siguiente de la educación romana, donde el conocimiento de los clásicos es fundamentalmente un símbolo de estatus. A diferencia de estos miembros de la sociedad con aspiraciones a una clase superior, Publio tiene intención de dejar la escuela cuando, dentro de cinco años, alcance la edad adulta. A la tierna edad de catorce años, Publio se quitará formalmente la toga con ribete morado de niño (en realidad, su familia no puede permitirse comprar una toga, de manera que la alquilará para

la ceremonia en la que se da la bienvenida a la edad adulta) y se pondrá la toga blanca (también alquilada) de adulto.

«Existen ciertamente individuos torpes a los que resulta imposible enseñar, pero, como otras monstruosidades y deformidades de las personas por naturaleza, son pocos… Si una buena promesa de aprendizaje se desvanece con el tiempo, no se debe a la falta de afinidad natural, sino a la falta de esmero en mantenerla».

«Ningún maestro es más pernicioso que aquellos que, teniendo conocimientos un poco más allá de los básicos, se envuelven a sí mismos en lo que erróneamente consideran un manto de conocimiento. Se niegan a dar paso a mejores enseñanzas y crecen fieros e imperativos en su autoridad (este tipo de persona suele hincharse de autoridad). No enseñan nada más que su propia estupidez».

«Algunos dicen que a los niños menores de siete años no se les debe imponer estudios, porque hasta ese momento no pueden comprender lo que se les enseña, ni mantener el trabajo, ni aprender… Sin embargo, los que son de esta opinión probablemente quieran ahorrarse profesores, más que alumnos».

QUINTILIANO, *Instituciones oratorias, fragmentos cap. 1*

Pensando en el día en el que se convertirá en un hombre, Publio juguetea entre los dedos de forma ausente con la bulla, que ha llevado alrededor del cuello prácticamente desde que nació. Es un saquito de cuero lleno de amuletos y dijes de buena suerte que todos los niños tienen y que les guía a través de la infancia hasta alcanzar la condición legal de hombres. Publio lo conservará hasta los catorce años y entonces lo devolverá a sus padres, exactamente igual que hizo su hermana la víspera de su matrimonio a principios de año. El final de la infancia, y el final de la escuela. Publio está impaciente.

Por supuesto, este no será el final del proceso educativo. Como buen paterfamilias romano, Phelyssam padre se toma muy en serio su papel de cabeza de familia. El enviar a su único hijo a tomar clases con un litteratus es solo parte de la educación del chico y, en algunos aspectos, la parte menor. «Ten la seguridad de que nada le cuesta menos a un padre que la educación de su hijo», señalaba el poeta Juvenal, de un modo algo sarcástico, en la Sátira 7. De hecho, Orbilio recibe una nimiedad por las clases que imparte, pero Publio sabe que la educación que su padre le está dando es lo más importante.

¿Cómo saber si la piel de toro tiene su grosor natural o ha sido astutamente estirada para obtener una piel más grande y, en consecuencia, más cara? ¿Con qué ganaderos hay que contactar para las subastas de carne? ¿Cómo se le quita la piel a un perro salvaje muerto para convertirla en lo que el cliente inexperto llegará a creer que son un par de mitones de piel de cabritillo de la mejor calidad? Esto y mucho, mucho más es en lo que consiste la educación que desea recibir Publio y solo puede obtenerla trabajando con su padre, ¡no mostrando las manos para que se las fustiguen por no saber cómo se escribe «defessi»!

Publio se prepara, suspirando, para una larga mañana. Como cualquier escolar de Roma, está totalmente familiarizado con el complicado calendario romano. Técnicamente, su educación podría prolongarse durante doce horas al día, todos los días. Afortunadamente, suele haber entre diez y doce días festivos oficiales todos los meses, en los que a Orbilio no le está legalmente permitido enseñar, y ocasionalmente se decretan vacaciones incluso más largas. Por ejemplo, suelen concederse quince días de fiesta cada vez que el errante emperador Adriano decide regresar a Roma.

Hoy Publio tiene un día completo de estudio, solo con un descanso para almorzar. Mañana solo estudiará medio día, porque le necesitan en el negocio familiar, y luego, el día

siguiente es festivo. Mientras tanto: «Saxa vocant Itali Mediis quae in fluctibus aras…».

Estimado Señor Maestro:

Ten misericordia de tus inocentes alumnos. Bueno, hazlo si quieres que muchos chicos desgreñados acudan a tus clases y que el grupo que se agolpa junto a tu mesa te aprecie. Después no habrá un coro más grande de estudiantes reunido alrededor de un profesor de aritmética o de un instructor de escritura.

Deja a un lado tu fusta de escita con sus temidas tiras de cuero (más parecida a aquella con la que Apolo despellejó a Marsias) y esa impresionante vara que es tu bastón de mando.

Que duerman ambos hasta que inicie octubre. Ahora llegan los días calurosos y luminosos del resplandeciente Leo y el calor de julio madura las cosechas. Es el verano. Si tus chicos lo pasan con salud, habrán hecho bastante.

MARCIAL, *Epigramas, 10.62*

HORA I

(07.00-08.00)

El senador acude a visitar a su patrón

Pero entre reyes y señores de todo el mundo
el verdadero hombre procede impávido,
no le intimidan
el fulgor del oro ni el brillo esplendoroso
de una toga púrpura.

LUCRECIO, *De la naturaleza de las cosas, 2.5*

Los cantos de los escolares procedentes de la basílica traen este verso a la mente del senador, mientras se apresura para ir a ver a su patrón. El hecho de que Manlio Aurelio Ofela sea él mismo también senador de Roma y, por consiguiente, cuente técnicamente como uno de los señores del mundo por derecho propio, hace que sienta una ocasional punzada de irónico divertimento.

En este preciso momento, Ofela no se siente en modo alguno señor de nada.

Ocurre que Ofela es propiedad, en cuerpo y alma, de un senador de más edad que él, Lucio Ceionio Cómodo. Fue Ceionio quien apadrinó a Ofela en el senado cuando era un don nadie relativamente acaudalado y ambicioso procedente de Hispania. Fue Ceionio quien financió el ruinoso coste de la preparación de los juegos en el anfiteatro cuando Ofela era edil y aspiraba a ascender en la escala senatorial. Fue Ceionio quien presentó a Ofela a su futura esposa, algo empobrecida pero de la alta aristocracia, y Ceionio fue quien financió desde

la discreción gran parte de la dote de la novia.

Estaría bien pensar que Ceionio hizo todo esto simplemente porque era una persona adinerada y filántropa que entabló amistad con Ofela por la bondad de su corazón y que desde entonces ha velado por sus intereses. Pero si tal fuera el caso, Ofela no debería ahora apresurarse entre la multitud de la mañana para presentar sus respetos al hombre al que él se refiere como su señor.

¡Da un paso al frente y cuéntanos! ¿Cuándo fue tu sueño más tranquilo, ahora o antes de convertirte en «amigo» del César?

En seguida llega la respuesta: «Cesa, por los dioses te lo ruego, de burlarte de mi fortuna; no conoces cuál es mi miserable estado; el sueño no se acerca a mí».

Así pues, cuando veas a un hombre arrastrarse ante otro o adularlo en contra de su verdadera opinión, puedes decir con confianza que él tampoco es libre, y no solo si lo hace por una miserable cena, sino incluso si lo hace por una provincia o por un consulado. Pero a aquellos que lo hacen por pequeños objetos puede llamárseles esclavos a pequeña escala y a los otros, como se merecen, esclavos a gran escala.

Entonces, siempre que un hombre pueda ser entorpecido o forzado por otro a voluntad, se puede afirmar con seguridad que no es libre. No mires a sus abuelos ni a sus bisabuelos ni si fue comprado o vendido, pero si le oyes decir «señor» desde el corazón y con sentimiento, entonces llámalo esclavo, aunque le antecedan doce fasces [es decir que sea cónsul], y si le oyes decir «Desgraciado soy, que soy así tratado», llámalo esclavo; en una palabra, si le ves lamentarse, quejarse abatido, llámalo esclavo, aunque lleve ribete púrpura [de senador].

EPICTETO, *Discursos, cap. 1*

Por delante de Ofela, varios escoltas van abriéndole el camino, con el simple recurso de empujar a cualquiera que se demore en la calzada o en la entrada a un callejón. En verdad nadie se opone a ello seriamente, porque los romanos son gente de mente muy jerarquizada, y es evidente que Ofela es una persona de rango elevado. La franja color púrpura de su toga da prueba de ello, como también su séquito. No hay duda, piensa Ofela: muchos de los que contemplan su progreso le envidian —como él les envidia a ellos.

Tal vez hubiera sido más fácil para Ofela tomar una litera, una cómoda silla cerrada y forrada de cojines que seis fornidos esclavos llevan sobre sus hombros. Sin embargo, Ofela conoce el gentío en las calles al amanecer y sabe que una litera avanza más despacio incluso que si se va a pie. En una ocasión, hace muchos años, la esposa del almirante Claudio quedó atrapada en su litera en una calle tan atestada como esta. En su frustración, manifestó en voz alta su disgusto porque su esposo —un comandante incompetente que acababa de perder una flota y a miles de hombres— no hubiera matado aún a suficientes romanos para reducir esa multitud. Como era de esperar, su opinión no fue bien recibida.



SENADORES ROMANOS EN UN DESFILE, COMO APARECEN EN UN SARCÓFAGO DEL SIGLO III.

En cualquier caso, Ofela tiene ambiciones en lo que respecta al mando militar y tiene intención de buscar un correo que se dirija a las legiones orientales mientras él

permanece con su patrón. Así pues, no es cuestión de llegar apoltronado en una litera como un decadente diletante (aunque su patrón ha sido acusado en más de una ocasión por sus celosos rivales de ser precisamente eso). No, Ofela llegará a la mansión de su patrón a buena marcha, del mismo modo que tiene intención de marchar a la cabeza de la V Legión Macedónica, o dondequiera que el destino y el capricho del emperador quieran llevarlo.

> Ya que no toda magistratura libera a sus clientes —así como a su posteridad— de su relación con el patrón, sino solo aquella a la que la ley asigna la silla curul [es decir, aquellos por encima del rango de edil plebeyo].
>
> De regreso a Roma, construyó una casa para él mismo cerca del Foro bien porque, según él mismo decía, no quería que aquellos que le rendían respeto tuvieran el problema de tener que recorrer una gran distancia, bien porque pensaba que la distancia era la razón por la cual no tenía mayores multitudes a las puertas de su casa.
>
> PLUTARCO, *Vida de Mario, 5 & 32*

La razón por la cual la mañana ha comenzado con prisas es porque Ofela lleva despierto desde antes del amanecer tratando con unos clientes, uno de los cuales tenía a su vez un problema con otro cliente que necesitaba resolver. El problema era que una pareja se había divorciado y un tal Julio Hypsates, ahora exmarido, tenía que devolver la dote, tal como dice la ley. Sin embargo, parte de la dote había sido ya invertida en un negocio y si Julio recuperaba ahora su dinero sufriría una importante pérdida. (Lo cual, se lamentaba el marido, era exactamente lo que su vengativa exesposa pretendía). Julio había explicado su problema a su patrón, el cual había trasladado el problema y la propuesta de solución a Ofela.

La solución era que Ofela comprara el negocio a Julio y

este utilizara el dinero así obtenido para devolver la dote. Dado que, como senador, se supone que Ofela no puede participar en sucios asuntos comerciales, la inversión se encuentra ahora a nombre del cliente de Ofela —el patrón del exmarido. De este modo, los beneficios obtenidos por Julio deberán repartirse en tres partes —una para él, otra para su patrón y una tercera parte para Ofela—, pero al menos no lo perderá todo.

El sistema de patronazgo

Es precisamente este tipo de transacción el motivo por el que existe en Roma la relación cliente-patrón. Esta es también la razón por la cual ningún romano, ya sea mendigo o senador, puede ni tan siquiera soñar con vivir sin un patrón. La legislación romana es lenta y costosa y la mayor parte de los problemas legales pueden normalmente resolverse sin recurrir a abogados, siempre y cuando el sistema cliente-patrón funcione bien. Si un problema va pasando de un eslabón a otro de la cadena de patronazgo hasta esferas más altas, puede llegar a alguien con autoridad suficiente para resolver la cuestión o bien a dos individuos que representen a clientes contrarios y que puedan forzar una solución.

Esta es también la razón por la cual, tan pronto como alcanza una posición de autoridad, un potencial patrón comienza inmediatamente a buscar clientes. El hecho de tener muchos clientes aumenta el prestigio de la persona, pero además —como bien sabe Ofela— los clientes son a menudo los instrumentos a través de los cuales el patrón consigue hacer cosas.

En el caso del desdichado Julio, el asunto se complicaba porque su ex esposa había dudado tanto que, ahora, había que

preparar casi todo el papeleo deprisa y corriendo. Y eso es lo que había sucedido esa mañana, pero ahora Ofela tiene que apresurarse, no vaya a ser que su patrón le insulte por llegar tarde.

Ceionio es un senador de prestigio y es miembro del consejo asesor de Adriano, de modo que, evidentemente, no trata personalmente cuestiones menores, como divorcios e inversiones. Sin embargo, sigue necesitando contar con senadores como Ofela, del mismo modo que estos le necesitan a él. De hecho, una de las razones por las que Ceionio es un senador de tan alto rango (y se rumorea que potencial sucesor del emperador) es precisamente porque tiene tantos clientes. En el senado, los clientes respaldarán cualquier legislación que Ceionio proponga y se opondrán a cualquier otra ley planteada por sus oponentes. Se espera de ellos que aclamen sus discursos, contribuyan a sus gastos y trabajen duramente para reunir a senadores no afines a Ceionio cuando se acerque una votación.

Al ser cliente, aun cuando esté muy por encima de toda esa gente de la calle en términos de poder y prestigio, Ofela no es su propio señor. Su destino está fuera de su mano, se encuentra totalmente ligado al de su patrón. Si sus enemigos consiguen debilitarlo, entonces Ceionio tendrá también casi con toda seguridad un final complicado. Adriano ha ejecutado a casi una docena de senadores que le habían contrariado y Ceionio podría fácilmente pasar a engrosar la lista. Como cliente de Ceionio, Ofela pagaría sin duda por ello, aunque no necesariamente con su vida. En lugar de ello, por ejemplo, podría finalmente conseguir ese puesto de mando militar que tanto ansía, aunque probablemente sería el cargo menos deseado del mundo, como comandante de una pequeña guarnición en algún lugar en el extremo más húmedo de la nueva muralla de Adriano en Britania.

No obstante, si se considerara demasiado peligroso confiar

a Ofela el mando de tropas militares potencialmente rebeldes, quienes derrocaran a Ceionio podrían sugerir que, como el aire en Roma es tan poco saludable, tal vez Ofela preferiría mudarse a otro lugar. A Toma, por ejemplo. Las orillas del mar Negro no son tal vez un lugar idílico para un senador caído en desgracia, pero, llegado el momento, podría verse obligado a aceptar ese destino, salvo que Roma sea el lugar donde quiere morir. El senado no tiene piedad con aquellos que han caído en desgracia y es fácil preparar cargos por traición contra quien no se da por aludido y abandona la ciudad.

Dado que las consecuencias del fracaso son tan graves, Ofela, como otros clientes de Ceionio, trabaja para su patrón con absoluta dedicación. Los colores de su patrón son sus colores. Aunque su patrón esté claramente del lado perdedor, Ofela no puede abandonar el barco. Tal y como se le exige, Ofela ha reconocido públicamente y en diversas ocasiones los favores que su patrón le ha concedido. Hasta que no haya compensado en su totalidad esos favores, no hay modo de que Ofela se desvincule de su patrón sin incurrir en el más condenatorio de los cargos: la ingratitud.

> Sin embargo, si hay que culpar a quienes, por no mostrar gratitud, ni tan siquiera reconocen su deuda, no menos debemos culparnos a nosotros mismos. Encontramos a muchos hombres desagradecidos, aunque hacemos a más hombres así, porque unas veces, con dureza y reproche, exigimos alguna recompensa por nuestra generosidad, otras nos mostramos caprichosos y nos arrepentimos de lo que hemos dado y otras nos molestamos y somos propensos a encontrar culpa en nimiedades. Actuando así destruimos todo sentido de gratitud, no solo después de haber dado algo, sino mientras nos encontramos en el acto de dar.
>
> SENECA, *De los beneficios, 1.1*

Para alguien de la condición de Ofela, ser conocido como un ingrato equivale a suicidio social. Nadie le hablaría, ni trataría con él ni le protegería. Naturalmente, su esposa se divorciaría inmediatamente, llevándose la dote que él no podría pagar —un eco del asunto que le había ocupado esa mañana— de modo que Ofela se quedaría solo, en la bancarrota y sin amigos. De todos modos, llegado ese momento, siempre podría embarcar hacia Toma, salvo que no pudiera permitírselo.

Delante queda la propiedad hacia la cual se dirige Ofela apresuradamente. Al llegar a las grandes puertas de roble tachonadas, un sirviente sale corriendo a abrirlas. El séquito de Ofela se dispersa, preparándose discretamente para estar de nuevo listos cuando su señor vuelva a salir de su audiencia con el patrón. No es de buena educación entrar con los criados en la propiedad de tu patrón.

En el vestíbulo, un esclavo ayuda a Ofela a quitarse las botas y la capa. Mientras tanto, Ofela pregunta discretamente al esclavo sobre si llega en hora, temprano o tarde, y quién espera delante de él. Por lo menos hay ya un alto magistrado esperando; Ofela lo sabe porque ha visto a los lictores, los escoltas del magistrado, esperando en la puerta con sus fasces, el símbolo oficial de rango del señor al que sirven.

Naturalmente, Ceionio no se referirá a un magistrado por el insultante nombre de cliens (cliente). Ni tan siquiera Ofela será tratado de forma tan grosera. Ceionio se dirigirá a ambos como amicus (amigo) y fingirá estar encantado con la visita. De hecho, es posible que la relación entre Ceionio y quienquiera que sea el magistrado con el que está reunido comenzara como una auténtica amistad. Después el magistrado necesitó un favor, que solo alguien con los contactos de Ceionio podía arreglar, y Ceonio fue quien lo arregló. Luego, puede que surgiera una pequeña dificultad política que había que resolver y Ceionio la habría

«amablemente» superado.

Si el magistrado es capaz de devolver esos beneficios con favores de valor equivalente, entonces su relación quedará como una amistad. Esta es, de hecho, la esencia de toda «amistad» política en Roma. Manus manum lavat, como dicen ellos —una mano lava la otra. Pero cuando no se puede devolver un favor, ¡oh, ahí está el problema! Cuando esto ocurre, la condición de la persona que ha recibido el favor pasa lentamente de amicus a cliens —y todo el mundo es consciente de esto. No por nada se escucha entre los romanos la broma irónica: «Te odio porque hayas hecho tanto por mí».

Ofela sabe cómo transcurrirá su entrevista. Habrá un refrigerio de la más alta calidad. Ceionio se interesará educadamente por la salud de su esposa y por su hijo. Después Ofela, simulando un chismorreo senatorial, le informará sobre sus actividades y sobre las de sus colegas en el senado. Mencionará lo bien que le va en las tareas asignadas de sobornar a un comandante del ejército y de comprar discretamente a otro. Continuará con su labor, hasta ese momento infructuosa, de buscar material con el que poder extorsionar a uno de los rivales de Ceionio y aceptará la amable reprimenda por su falta de éxito.

Después, en el mismo tono educado y sin un ápice de coerción, Ceionio expondrá las tareas de las que habrá de encargarse Ofela esa semana que comienza. «Si pudieras hacer esto por mí, querido amigo…». «No sería una agradable sorpresa si Marco pudiera de algún modo ser persuadido para…». «Nunca me ha gustado ese tal Quinto. ¿No sería triste que alguien comprara su negocio y lo dejara en la calle?». Y así sucesivamente, mientras Ofela sonríe, asintiendo con la cabeza y tomando afanosamente nota mental de todo.

En primer lugar, ten segura una cosa: cuanto te invitan a comer, estás recibiendo el pago por todos tus servicios

pasados. Una comida es el pago que tu amistad con un grande te procura: el insigne hombre lo apunta en tu contra y, aunque pocas veces ocurra, te lo echa en cara.

De modo que, si al cabo de un par de meses, tiene el placer de invitar a su olvidado amigo, por no ver desocupada la tercera plaza en el diván más bajo, y te dice «Ven a cenar a mi mesa», ¡Estás en el Séptimo Cielo! ¿Qué más puedes desear?

Ahora, al menos Trebio ha recibido la recompensa por la que debería despertar y correr con las botas desatadas, temeroso de que toda la multitud de visitas pueda haber llegado ya, a la hora a la que las estrellas se desvanecen.

JUVENAL, *Sátiras, 5.2*

Ofela piensa en la gente que ha visto por la calle esa mañana, todos sorprendidos y agradecidos por encontrarse de pronto en presencia de un senador romano —uno de los hombres más insignes de Roma, cuando Roma es el máximo poder sobre la Tierra. ¿Qué pensaría toda esta gente si supiera que en realidad no es más que un títere andante, una marioneta vacía?



HORA II

(08.00-09.00)

La virgen vestal recoge agua

El pilentum es un espléndido carruaje de cuatro ruedas, pero abierto por los lados, de manera que cualquiera tendido entre sus lujosos y mullidos cojines puede contemplar cómodamente gran parte de la calle. Como resultado de ello, Marcia tiene ocasión de ver con claridad al senador Ofela al salir de la casa de su patrón.

«Odioso hombrecillo», comenta para sí misma. «Adelante, pasa por debajo de mi carruaje, ¿por qué no?». En realidad, a pesar de su aparente malicia, Marcia es un alma afable y habría de mostrar aflicción al ver que Ofela toma semejante atajo. Por fortuna el ocasional e ilustre gamberro se ha dado cuenta a tiempo de que su maniobra podía ser su sentencia de muerte y ha desistido del intento de cruzar la calle pasando por debajo de este particular carruaje de eje alto. El carruaje no es sagrado, pero su ocupante sí, y cualquier cosa que pueda ser concebida como una falta de respeto hacia ella tiene, en general, fatales consecuencias.

Porque Marcia es una virgen vestal. Su vida transcurre, en gran parte, entre oscuros rituales, pero también entre draconianos castigos, en el caso de producirse errores de omisión (en el ritual) o de comisión (en la conducta), por parte de ella misma o de otros. De hecho, Marcia tiene ahora mismo una misión religiosa. Se trata de una misión con la que en realidad disfruta y, para llevarla a cabo, ha intercambiado tareas con una de sus hermanas vestales.

En la parte posterior del carruaje hay dos grandes jarrones de plata. Marcia pretende llenar estos jarrones con el agua que se utilizará para limpiar y purificar el altar de Vesta en el ritual

de la mañana. Existen sin duda muchas fuentes de agua cerca, pero el agua de Vesta debe proceder de un manantial sagrado especial, que se reserva para uso exclusivo de la diosa y sus servidoras. Es el manantial de Egeria, cerca de la Puerta Carpetana. La puerta se abre en el lado sur de Roma —de hecho, es la puerta por la que entra en Roma la famosa Vía Apia.

Marcia ha dado deliberadamente un rodeo en su camino para llegar hasta allí, porque disfruta en estos viajes con el bullicio de la metrópoli. Otra razón de lo inusual de la ruta es la de dar una segunda oportunidad a los prisioneros condenados con los que es posible que se cruce en el camino. De vez en cuando, los guardias que llevan a un hombre apresado al lugar de ejecución, como por ejemplo a Roca Tarpeya, cerca del monte Capitolino, se cruzan con la comitiva que acompaña a la virgen vestal en el desempeño de alguna de sus tareas. Naturalmente, los guardias le cederán el paso —cónsules, tribunos e incluso el emperador deben hacerlo— y luego, si lo desea, la vestal podrá hacer uso de su poder y liberar al hombre condenado, en ese mismo momento y en ese mismo lugar.

Dado que los encargados de llevar a cabo la ejecución tienen cierto sentido del deber, se aseguran de no llevar a su pretendida víctima por la ruta habitual de alguna vestal en su tarea de recoger agua sagrada del santuario. Sin embargo, a Marcia le gusta dar a la diosa una oportunidad de ejercicio de clemencia y, al igual que los guardias, tampoco toma siempre el mismo camino.

Al pasar por la ciudad, le ha parecido ver a Ofela, un senador con un sacerdocio menor que le fue concedido por su patrón, Ceionio. En Roma, los sacerdocios son nombramientos políticos, algo que a las vestales no les preocupa en absoluto. Ello se debe a que las vestales son en su mayoría hijas «excedentes» de familias de la alta aristocracia y,

como resultado de ello, tienen el mismo interés por la política que los demás miembros de su familia. Las vestales asisten a varios de los banquetes que ofrecen los colegios sacerdotales y esas reuniones representan una excelente oportunidad para enterarse del chismorreo político.

LA ELECCIÓN DE UNA VESTAL

Pero en cuanto al método y al ritual para elegir a una vestal, no existen, cierto es, registros escritos antiguos, salvo que la primera en ser nombrada fue elegida por Numa. Existe, sin embargo, una ley de Papiano que establece que veinte doncellas [de edades comprendidas entre los seis y los diez años] sean elegidas de entre la población, a discreción del pontífice máximo, que se realice una elección por suerte a partir de ese número en la asamblea y que la chica en la que recaiga la suerte sea «tomada» por el pontífice máximo y se convierta en sacerdotisa de Vesta.

Sin embargo, la asignación de acuerdo con la legislación de Papiano suele ser innecesaria en el presente. Porque si cualquier hombre de nacimiento respetable acude al pontífice máximo y ofrece a su hija para el sacerdocio, siempre y cuando pueda considerarse su candidatura sin violar ningún precepto religioso, el senado concede la exención de la ley de Papiano.

AULO GELIO, *Noches áticas, 1.12*

En uno de estos banquetes, el repulsivo Ofela había intentado sobornar, engatusar y amenazar a Marcia, alegando que cierto joven tribuno había lanzado a la vestal insinuaciones inapropiadas. Marcia había rechazado indignada la acusación, que habría llevado a un hombre inocente a ser azotado hasta la muerte en el Foro. Entonces el senador había dado a entender que podía presentar él mismo la acusación, alegando que el devaneo había sido consentido.

Esta es una amenaza terrible, con la que, sin embargo,

conviven todas las vestales. Su virginidad es sagrada para la diosa y, si una Vestal es impura, Roma lo pagará con fuego, hambre, terremotos o la destrucción de sus ejércitos. Porque incluso una ex virgen vestal es sagrada, y está prohibido ejecutarla. Tampoco puede ser enterrada dentro de la ciudad (porque ha manchado su nombre), ni fuera de ella, porque sigue siendo una vestal. Por consiguiente, ha de ser enterrada dentro de las murallas de la ciudad. Y como a nadie se le permite matar a una vestal, es enterrada viva. En realidad, es obligada a bajar por una escalera hasta una pequeña habitación excavada en las murallas. Allí, con agua, una lámpara y una sola comida, es sepultada y morirá de hambre.

De modo que no, a Marcia no le gusta Ofela. A menudo se pregunta lo siguiente: si Ofela hubiera seguido adelante con su amenaza, ¿la Diosa se hubiera alzado en su defensa como ya lo hiciera con la virgen Tuccia varios siglos atrás? Falsamente acusada, Tuccia había demostrado su inocencia tomando agua del santuario de Vesta. Pero recogió el agua del río Tíber, en lugar de hacerlo del manantial sagrado, y en vez de jarrones utilizó el tamiz con el que las vestales colaban la harina sagrada que utilizaban en los sacrificios (esta harina se denomina mola y por eso se dice que las víctimas ofrecidas a un dios son inmoladas).



Escultura de virgen vestal del siglo i, en el Foro.

Muerte de una vestal impura

Pero la que ha roto su voto de castidad es enterrada viva cerca de la puerta Colina. Aquí, una pequeña cresta de tierra se extiende cubriendo cierta distancia a lo largo del lado interno de la muralla de la ciudad; la palabra latina que designa este elemento es «agger» [terraplén]. Por debajo de este, existe una pequeña cámara construida, con escalones que conducen desde arriba hasta abajo. En su interior hay un diván con colchas, una lámpara encendida y porciones muy pequeñas de alimentos necesarios para vivir, como pan, un cuenco de agua, leche y aceite, pues así se absolverían a sí mismos del delito de acabar por hambre con una vida que había sido consagrada a los más altos servicios de la religión.

Luego se coloca a la propia culpable en una litera, sobre la cual se arrojan colchas, y se la sujeta con cuerdas de modo que ni tan siquiera un llanto procedente del interior sea oído y así es conducida a través del foro. Toda la gente abre paso silenciosamente a la litera y la sigue sin emitir un

sonido, en una terrible depresión del alma. Ningún otro espectáculo es más espantoso y ningún otro día trae consigo a la ciudad más pesadumbre que este.

PLUTARCO, *Vida de Numa, 10*

Gracias a la diosa Vesta (y tal vez también a la tensión superficial del agua y a los diminutos agujeros del tamiz) Tuccia no derramó ni una gota, y así se defendió. No obstante, la falta de castidad es algo de lo que las vestales son habitualmente acusadas siempre que algo va mal en Roma. En los mil años de historia de Roma, aunque abundaron las calumnias y los rumores, solo diez vestales fueron formalmente acusadas de falta de castidad. Sin embargo, el recuento asciende a once si recordamos que la institución de la vírgenes vestales es más antigua que la ciudad de Roma, y que la madre de Rómulo y Remo —los fundadores de la ciudad— era ella misma una virgen vestal que declaró haber sido violada por Marte, el dios de la guerra.

En otra ocasión, cuando se sospechó que la inapropiada conducta de las vestales era la causa de que las cosas no fuesen bien en Roma, se creyó que una de las vestales había dejado que la sagrada llama de Vesta se consumiera. Este, de hecho, es el delito del que más eran culpables las vestales.

El número de vírgenes vestales es siempre de seis y el fuego en el altar no es muy grande. Debe ser alimentado con regularidad, a cortos intervalos de tiempo, y solo las vestales están autorizadas para realizar esta tarea. Por consiguiente, es algo que les quita mucho tiempo. La labor resulta bastante sencilla durante el día, cuando la vestal puede pasar su turno de seis horas leyendo, conversando con amistades de visita y, de vez en cuando, añadiendo al fuego un poco de leña.

Sin embargo, la cosa cambia cuando la vestal tiene su turno bien entrada la noche, tal vez después de un día intenso en el Coliseo, incluso puede que después de haber visto a los

gladiadores en las Saturnales (Saturnalia), los juegos de invierno (las vestales tienen asientos en primera fila, reservados para ellas). Marcia no es en absoluto la única vestal que, después de asistir a uno de estos espectáculos, se ha sentado, cabeceando, en la sofocante estancia del santuario, y se ha despertado de repente, agitada, para encontrarse con que el fuego sagrado consumía ya sus últimas brasas encendidas.

El pontífice máximo lleva el control. No obstante, en estos días en los que es al mismo tiempo sacerdote máximo de Roma y emperador, no puede controlar personalmente la vigilancia del fuego, de modo que envía a sus asistentes. Si se descubre que el fuego se ha apagado, el emperador tiene el deber de flagelar a la vestal responsable. Antes de ello, tiene que prender de nuevo personalmente el fuego frotando dos pedazos de madera tomados de un felix arbor, el árbol sagrado. Es un trabajo frustrante y minucioso y que lleva su tiempo, lo cual indudablemente arma de fuerza al brazo imperial llegado el momento del azotamiento en el ritual de redención.

De modo que Marcia ha cambiado felizmente el deber de atender el fuego por el de ir a recoger agua. Los jarrones de agua no se apagan y, si pierden agua, entonces otro viaje a la fuente sagrada resuelve el problema. Por supuesto, esta labor implica también pequeñas ceremonias y oraciones a la ninfa Egeria (a quien está consagrada la fuente), que deben realizar sin falta en cada momento. Sin embargo, Marcia es una vestal de segundo nivel y estos rituales menores quedan ahora en un segundo plano para ella.

La carrera de una vestal dura treinta años y pasa por tres etapas o niveles. En la primera etapa, que dura diez años, la vestal es una estudiante, y si esto puede parecer mucho tiempo a los ajenos, no lo es ciertamente para la estudiante, que tiene que aprender durante ese período textos arcanos,

oscuros rituales y una sorprendente cantidad de legislación romana. (A diferencia de la mayoría de las mujeres, las vestales pueden prestar testimonio en los tribunales y, a menudo, se les pide que guarden contratos, voluntades y otros documentos vitales. Además, una declaración realizada ante una vestal es tan válida como la realizada ante un tribunal).

Los siguientes diez años en la carrera de una vestal sirven para aplicar lo aprendido. Y los diez años finales son aquellos en los que la vestal enseña a la siguiente generación esos conocimientos aprendidos con tanto esfuerzo. Y después, ya está. La vestal es eximida de sus obligaciones y, si así lo deseara, podría dedicar los siguientes treinta años de su vida a salir de juerga para deshacerse de frustraciones reprimidas.

En realidad, ninguna vestal lo hace. Y muy pocas de ellas se casan. La vestal retirada tiene, como media, cuarenta y pocos años, goza de buen estatus económico, es independiente y pertenece a una familia de la aristocracia. Por qué una persona así —entre las más libres de Roma— habría de querer subordinarse a un marido es algo que Marcia no puede comprender. La mayoría de las exvestales son de la misma opinión, de manera que, generalmente, permanecen solteras y siguen viviendo en el santuario de Vesta. Si tienen algún amante, llevan la relación muy discretamente, y en otro lugar.

Además, según cuentan algunos, las estadísticas no parecen favorecer a los futuros esposos. Por alguna razón, los maridos de esas vestales que se casan rara vez viven más de uno o dos años. Los más devotos creen que Vesta, amable diosa de la Tierra, tiene celos por tener que compartir con los mortales a aquellas que una vez le pertenecieron solo a ella. Marcia, que es muy consciente de ciertas emociones ilícitas que se agitan dentro de su propio cuerpo, sospecha en secreto que, en el caso de algunos de esos maridos fallecidos prematuramente, el agotamiento pudiera también ser un factor a tener en cuenta.

El carruaje avanza hacia la Puerta Capentiana (puede

parecer lujoso pero, como todos los vehículos romanos, sean del tipo que sean, tiene tan poca amortiguación que los gruesos cojines son más una necesidad que un lujo). Marcia reflexiona distraídamente sobre la extraña combinación de circunstancias que hacen que una virgen vestal recoja agua del manantial de una diosa ninfa venerada fundamentalmente en el contexto de la concepción y del embarazo. (Egeria está además muy presente en la legislación urbana, en las profecías y en los rituales de la tierra madre, de manera que, como diosa, tiene una cartera extraordinariamente variada).

La conexión de Egeria con las vestales data, según se cuenta, de los tiempos del segundo rey de Roma, Numa Pompilio, que era un hombre cerebral y relativamente tranquilo, que disfrutaba relajándose en los bosques de robles. En una de esas arboledas, regada por las aguas de la fuente a la que acude ahora Macia, conoció a la ninfa Egeria y muy pronto la amistad dio paso a una relación más profunda. Dado que la figura del rey se hallaba simbólicamente ligada al crecimiento y a la fertilidad del estado, resultó que ese crecimiento y esa fertilidad serían compartidas también con el estado a través de su diosa del hogar y de la tierra, Vesta. Una vez más, según la leyenda, Numa fundó el santuario de Vesta, trasladó hasta allí a las vestales y les otorgó la custodia de la fuente donde había conocido a Egeria.

Guardianas de la llama

Al tomar el poder, Numa no alteró las casas particulares de las curiae [consejos públicos o religiosos], pero erigió una común a todas ellas en el espacio entre el monte Capitolino y el Palatino (porque estas colinas habían sido unidas ya por una sola muralla en una sola ciudad, y el Foro, en el que está construido el templo, se encuentra entre ellas) y, de acuerdo con la ancestral costumbre de los latinos, estableció que la custodia de las cosas sagradas fuera

confiada a las vírgenes…

Y consideran que el fuego está consagrado a Vesta porque esa diosa, al ser la tierra y ocupar el lugar central del universo, enciende los fuegos celestiales por sí sola. Pero hay quienes dicen que, además del fuego, hay algunas cosas sagradas en el templo de la diosa que no pueden ser reveladas al público y de las que solo los pontífices y las vírgenes tienen conocimiento.

DIONISIO DE HALICARNASO, *Antigüedades romanas, 2.66*

Es duro el trabajo de llevar los jarros llenos de agua de nuevo al carruaje, pero Marcia considera que este es un pequeño precio a pagar por unos minutos sola en la tranquilidad de la arboleda, hasta donde los molestos ruidos de la ciudad llegan filtrados por el susurro de la brisa entre los robles y el suave chapoteo del agua del arroyo contra las rocas. Ahora, con los jarrones llenos y tapados, Marcia se recoge el manto con el que cubre la stola de lino y se prepara para el trayecto de vuelta a casa.

La stola es un modelo sencillo de túnica, muy popular en los primeros tiempos de la Roma antigua. La presión social insiste en que las vestales se comporten dignamente y vistan de forma sencilla pero elegante. Al subirse al carruaje, la vestal Marcia no es consciente de que, dentro de dos mil años, una enorme estatua de una mujer con diadema, con su misma ropa y en su misma pose, presidirá el puerto de la ciudad de Nueva York sosteniendo bien alta la Antorcha de la Libertad.



HORA III

(09.00 - 10.00)

El jurista asesora en un caso

La tercera hora ve a los hombres de leyes ya activos.

(MARCIAL, *Sátiras, 4.8.2)*

Aunque sea apenas la hora del día equivalente a las 9 a.m., en Roma estamos en el ecuador de la jornada laboral. El carruaje de la vestal Marcia frena la marcha, pues las calles están a cada paso más atestadas de humanidad. No es que los romanos sean madrugadores, es que básicamente viven en la calle. Para algunos romanos, incluso de posición acomodada, su «hogar» es a menudo poco más que un pequeño cubículo en el que dormir y guardar la ropa.

Para comer y relacionarse socialmente con amistades están las numerosas casas de comidas y tabernas que pueden encontrarse en la planta baja de los edificios de viviendas, o un poco más abajo siguiendo la calle. La gente se baña en los baños públicos y los lavaderos son instalaciones comunes situadas, una vez más y por regla general, en los bajos de los edificios de viviendas. Las actividades de entretenimiento son las representaciones de teatro callejero y, para los más exigentes, los juicios criminales.

Como cabría esperar de gente cuya vida se desenvuelve en gran parte en público, los romanos son muy teatreros y les encanta el drama. La notoriedad de un buen caso en los tribunales hace que los participantes se esfuercen por llevar a cabo una actuación muy realista. Los juicios se celebran en público y, dado que incluso un caso menor de hurto —como el robo de una capa—, puede dar lugar a un castigo draconiano, los histrionismos de los acusados, de su abogado e incluso del juez, componen un auténtico e interesante

espectáculo para el público congregado.

Un ladrón condenado puede acabar en la arena vistiendo la toga molesta —una túnica de material inflamable, a la que se prende fuego para entretenimiento del público. De ahí el macabro chiste romano «Un ladrón robó una túnica. Para ocultar el dibujo, la frotó con brea».

Así pues, no es de sorprender que cualquier persona acusada de un crimen
busque la mejor representación legal que pueda encontrar. Sin embargo, no es tan sencillo. Para empezar, aquellos que representan al acusado en un caso del tribunal romano no son abogados profesionales. Bueno, al menos no oficialmente. Son amigos o compañeros del acusado y son solo «aficionados», en el sentido de que no se les paga por su trabajo (por supuesto, quien haya sido acusado habrá pedido a su patrón que le busque la mejor defensa posible y un patrón puede él mismo participar en un juicio, en cuyo caso el acusado será su cliente, en el más amplio sentido de la palabra).

En segundo lugar, el caso más habitual en la corte romana es el que comienza al amanecer y termina antes del anochecer. Así pues, ni la acusación ni la defensa disponen de mucho tiempo para prepararse y, bastante a menudo, muchos de los hechos del caso son acordados previamente y ambas partes se centran en convencer al jurado únicamente de los detalles del litigio.

El caso que se debate en este momento en la basílica ha despertado gran interés, pues tiene que ver con un conocido escándalo. Una mujer esclava envenenó a la amante de su señor —un crimen que ella admite, si bien afirma que lo hizo por orden de su señor. Según la esclava, actuó por miedo a los terribles castigos que sufriría si desobedecía. El señor niega haber dado semejante orden. Él afirma que la esclava fue en otro tiempo su concubina y que, cuando la abandonó por una

mujer nacida libre, ella, presa de los celos, envenenó a la nueva amante. Este argumento de defensa no convence en absoluto, de manera que ahora el señor está siendo juzgado por posible incitación al asesinato.

El señor en cuestión es un conocido comerciante y el caso ha atraído a una multitud considerable de espectadores. El gentío ha llenado la basílica, donde no queda ya mucho espacio, incluso una vez expulsados de malos modos los escolares que estaban recibiendo su clase. Aparte del pretor (el magistrado) y sus asistentes, el acusado y sus amigos, los testigos y el jurado, también están presentes la envenenadora confesa y los guardias que la acompañan.

Así pues, el público se desgrana por el frente abierto de la basílica hacia la calle, donde obstaculiza tanto el paso del carruaje de la vestal Marcia de regreso con el agua como del jurista Gayo, que ha sido convocado por el pretor. Como jurista, Gayo es miembro de la burocracia imperial y por consiguiente se halla sujeto a las órdenes del pretor. Esto significa que, a menudo, es convocado fuera de su oficina con poca antelación, con la orden de acudir para asesorar al tribunal en casos como este.

Al menos hoy es un día soleado. No obstante, Gayo envidia a algunos de sus predecesores en el cargo, hombres como Mucio Escévola, que eran aristócratas adinerados con un interés por las leyes meramente académico. Ellos no se veían obligados a salir de su estudio con urgencia para intervenir en un juicio en curso que afectaba a gente real. Aunque es un apasionado de la legislación, Gayo prefiere interactuar lo menos posible con los seres humanos a los que se aplican las leyes. Ciertamente, no le gusta nada abrirse paso a codazos entre la multitud, con gente empujándole por todas partes y viendo que, en cualquier momento, le pueden tirar los documentos enrollados que lleva bajo el brazo.

Gayo esperaba tener una mañana tranquila y aprovecharla

para abordar los escritos legales de los emperadores Augusto y Tiberio (libelli) y para tratar de extraer una serie de principios legales de las respuestas del emperador a las solicitudes de opinión por cuestiones que afectaban a todo el mundo, desde particulares hasta ciudades y territorios. Ahora, en lugar de dedicar una tranquila mañana a la correspondencia de un emperador muerto, tendrá que emitir una opinión sobre un espantoso y escandaloso caso mientras el populacho, con la boca abierta, mira y grita consejos no deseados y nada profesionales.



LA BASÍLICA EN POMPEYA. EL JUEZ SE SENTABA EN UN PÚLPITO ELEVADO, AL QUE SE ACCEDÍA POR UNA PEQUEÑA ESCALERA DE MADERA.

El pretor ha tratado de mantener estoicamente una mirada impertérrita mientras esperaba la llegada de Gayo, pero en realidad está sentado en su silla curul con irritación creciente. Cuando ve al jurista abriéndose paso entre la muchedumbre, hace señas a sus lictores para que abran camino a Gayo hasta el tribunal. Gayo entiende, en parte, la irritación del pretor. Puede que la silla curul sea el símbolo de la majestad de los altos magistrados de Roma, pero no es un asiento cómodo en el que permanecer sentado mucho tiempo. No está diseñado para eso. Por el contrario, la estrecha silla, sin respaldo y de asiento duro, está diseñada para animar a su ocupante a liquidar el asunto de estado lo antes posible.

El pretor, francamente, está empezando a cansarse de escuchar los histéricos lamentos de las hijas del acusado, que han sido conducidas al tribunal precisamente con tal propósito. Con los cabellos sueltos y despeinados y sus caras adolescentes surcadas por las lágrimas, las chicas se cuelgan de la túnica del padre y ruegan al jurado que no lo condene y las deje huérfanas y solas frente a un mundo cruel e insensible.

Como manda la ocasión, el padre viste túnica negra (el color del luto y, de hecho, ese modelo de túnica se alquila a menudo para los funerales, más que para los acusados en un caso judicial). No se ha afeitado, para mostrar al mundo que está demasiado consternado como para que se le permita acercarse a una navaja de afeitar, y las lágrimas le corren por la cara mientras suplica a sus amigos, compañeros y transeúntes al azar que cuiden de sus preciosas niñas si el juicio se resuelve finalmente contra él. Esta situación se prolonga desde hace una hora y si, por un lado, los espectadores parecen encantados, por otro, los oficiales del tribunal empiezan a estar un poco hastiados.

Ni tan siquiera se trata de un juicio: es la vista previa al juicio. El pretor está ahí porque su temida persona representa literalmente la ley. Su primera tarea cuando fue nombrado pretor de la ciudad fue anunciar cuáles de las leyes establecidas por sus predecesores seguirían vigentes. Mediante los veredictos durante todo su año en el cargo, promulgará nuevas leyes para las generaciones venideras. Dado que el pretor de la ciudad no es un experto legal, ha de consultar muy a menudo a juristas como Gayo y sus colegas antes de tomar una decisión irrevocable. Aparte de cualquier otra consideración, el emperador Adriano tiene especial interés por las cuestiones legales y el ambicioso aristócrata que ocupa ahora la silla de pretor no quiere que su emperador lo vea como un incompetente.

Los magistrados del pueblo romano tienen el poder de promulgar edictos, aunque la más alta autoridad corresponde a los edictos de los dos pretores, el urbano y el peregrino, cuya jurisdicción pertenece a los gobernadores de las provincias; y lo mismo puede decirse de los ediles curules, cuya jurisdicción administran los cuestores en las provincias del pueblo romano, ya que no se nombran cuestores en las provincias del emperador y, por tanto, este último tipo de edicto no se publica en estas provincias.

Las respuestas de los juristas son las decisiones y opiniones de quienes están autorizados a definir la ley.

GAYO, *1.6-7*

Esta es la razón por la que el pretor había requerido la presencia de Gayo. Lo primero que tenía que decidir era si el acusado era culpable de envenenamiento por poderes, al cometer un acto criminal, o si la esclava había actuado más allá de los límites de su deber. Hay ciertas cosas que no es posible forzar a hacer, ni tan siquiera a una esclava. Si se determinara que tal fue el caso, el acusado no podría ser considerado responsable de las acciones de su esclava, incluso si le ordenó cometer el crimen.

Antes, en tiempos de la República Romana, las cosas eran más sencillas. Entonces, un esclavo era un esclavo, es decir, no era más que una «herramienta que hablaba», en palabras de Catón el Viejo. Sin embargo, en el mundo más civilizado del Imperio, la ley reconoce que la esclavitud es una condición antinatural y las personas sometidas a ella —por nacimiento o infortunio— son, sin embargo, tan humanos como cualquier otro. Por consiguiente, se han desarrollado todo tipo de cuestiones legales en torno a los derechos de los esclavos y su relación con su señor. Por ejemplo, se puede obligar a un señor a vender un esclavo si se considera que lo ha tratado de forma salvaje, y un señor que abandona a un esclavo enfermo

para ahorrarse el coste del tratamiento médico se considera que ha llevado a cabo manumisión por negligencia. Si el esclavo se recupera, lo hará en libertad.

En este caso particular, según estima el pretor, la esclava sabía que recibir la orden de envenenar a alguien era claramente ilegal. Por consiguiente —dado que la ley reconoce en la actualidad que los esclavos son seres humanos de pensamiento racional y no herramientas—, su reacción debería haber sido denunciar a su señor a las autoridades. Este principio, según el cual un esclavo pueden informar sobre su señor si sabe que va a cometer un delito grave, se remonta a los primeros tiempos de la República Romana, cuando un esclavo llamado Vindicto denunció a su señor por traición. En aquella ocasión, quedó probado que el esclavo tenía razón y se consideró que había actuado correctamente. Este precedente, estima el pretor, supone que, si la esclava presente hoy ante él siguió adelante con el crimen, no fue por amenazas, sino porque envenenar a la amante del comerciante estaba totalmente en la línea de sus propias inclinaciones. Así pues, fue una acción voluntaria. Sin embargo, la acusación —la familia de la fallecida— también está presente y se enfrenta a él. El pretor desea conocer la opinión de Gayo antes de dictaminar que una acusación de envenenamiento por poderes es inadmisible por ley.

> La Lex Ælia Sentia establece que los esclavos que han sido encadenados por sus señores, o han sido marcados, o han sido sometidos a tortura por algún delito y condenados, o que han sido entregados para pelear con otros o con bestias salvajes, o para competir con gladiadores, o que han sido arrojados a prisión y luego manumitidos por el mismo o por otro señor, serán libres y pertenecerán a la misma clase que los enemigos que se han rendido a discreción.
>
> GAYO, *Instituciones, 1.13*

La prudencia es especialmente necesaria en este caso, porque es bien sabido que el hombre que lleva a juicio al comerciante tiene un buen conocimiento de la ley. Aunque actúe dando muestras de ser amigo de la familia de la fallecida, el Praetor sospecha que el abogado de la acusación no conocía a ningún familiar de la fallecida antes de que se produjera el envenenamiento. Es, en cambio, un conocido rival del comerciante en el muelle y nada le gustaría más que estrangular a ese competidor.

Este estrangulamiento, por cierto, sería literal. Si el pretor permite que el caso siga adelante y el comerciante es hallado culpable, entonces la sentencia de muerte sería aplicada automáticamente. Dado que el comerciante es un ciudadano romano, se salvaría de los extravagantes castigos que se infligen en la arena y de la terrible muerte por crucifixión. En lugar de ello, el prisionero sería conducido a las celdas del Tullianum, la prisión de Roma, y una vez allí sería estrangulado rápidamente, sin más ceremonias, por un verdugo. Los esclavos atravesarían luego el cadáver con un garfio y lo arrastrarían hasta el Tíber, a cuyas aguas sería arrojado como cualquier otro desperdicio. Tan horrible perspectiva es sin duda motivo suficiente para que las hijas del comerciante lloren histéricas.

Gayo llega en un momento de alboroto especulador entre el público asistente. Conoce ya los hechos del caso a grandes rasgos y el pretor le pone rápidamente al tanto de la posición legal tomada por la fiscalía y la defensa. El jurista asiente con un gesto, mostrándose de acuerdo con el pretor en que los esclavos no pueden recibir de su señor órdenes para cometer crímenes. De lo contrario, Roma se encaminaría a la anarquía, pues los señores ordenarían a sus esclavos que robaran, golpearan y mataran a otros a su antojo, con la seguridad de saber que podrían luego desautorizar a sus esclavos en caso de ser descubiertos.

Pero tal vez, apunta el pretor, sea aplicable lo contrario. El señor se encuentra de hecho in loco parentis —en una posición de responsabilidad— con relación a su esclava y, en consecuencia, es responsable ipso facto de los actos de su esclava. Gayo niega con la cabeza de forma decidida. En Roma, a los esclavos se les da demasiada libertad para que este enfoque sea aplicable. Gayo conoce a esclavos que llevan negocios, tiene él mismo esclavos que actúan por su cuenta y, en ocasiones, no ven a su señor durante semanas. De hecho, existe todo un cuerpo de leyes comerciales que establece las responsabilidades de los señores en el caso de que un negocio gestionado por un esclavo vaya mal y los tipos de contratos que puede firmar un esclavo en nombre de su señor sin que este ni tan siquiera tenga conocimiento. (Gayo tiene intención de recopilar este cuerpo de leyes en un único texto —cuando tenga tiempo).

El pretor se esfuerza por mantener una actitud digna, al mismo tiempo que se retuerce en la silla para aliviar la presión sobre sus nalgas entumecidas. La silla está cumpliendo con su función y cuanto antes pueda el pretor levantarse de ese asiento más contento estará. Murmura una sugerencia y Gayo asiente con la cabeza. De hecho, el pretor ha dado con la solución que el propio Gayo iba a sugerirle, y pueden encontrar los debidos precedentes en los documento que lleva bajo el brazo. Sin embargo, el jurista presiente que una larga exposición legal de la cuestión no sería bienvenida justo en este momento.

Gayo se mantiene en un segundo plano mientras el pretor expone su praescriptio, que forma parte de la formula, una serie de puntos legales que serán aplicados al caso cuando vaya a juicio. El trabajo del pretor en la vista preliminar consiste en elegir juez, establecer una fecha para el juicio y exponer su fórmula. Las primeras dos cuestiones ya han sido abordadas mientras esperaban a Gayo, de modo que solo queda la

praescriptio. Incluso el público guarda silencio mientras el pretor realiza su declaración.

«Es mi decisión, de acuerdo con los dictámenes de mis predecesores, que en casos como este nadie puede actuar en representación de nadie. La envenenadora decidió matar a su víctima en lugar de informar sobre su señor, de modo que el crimen es solo suyo». Hace una pausa hasta que cesan los vítores y abucheos.

«Sin embargo, también es mi decisión que al acusado pueda serle imputado el cargo de coniuratio —conspiración criminal para envenenar. Por consiguiente, si quedara suficientemente probado ante el jurado que el acusado fue cómplice del crimen, bien alentando para que fuera cometido, bien consiguiendo el veneno o proporcionando a la autora del envenenamiento acceso a la víctima, el acusado sería declarado cómplice y merecedor de muerte y el juez así lo dictaminaría».

Rápidamente, Gayo se inclina hacia delante y susurra algo con urgencia al oído del pretor. Aun estando pegado a él, se ve obligado a levantar la voz para ser escuchado, por encima de los gemidos de las hijas adolescentes. El pretor dirige a Gayo una mirada agria y hace un gesto para que se guarde silencio. «Tras la debida consulta, modifico mi formula para aclarar que debe quedar probado que, si el acusado permitió el acceso a la víctima, lo hizo con conocimiento del propósito de envenenamiento. Permitir el acceso sin tener conocimiento de la intención de envenenamiento no es razón para encontrar al acusado culpable. ¿Satisfecho?».

Esta última palabra sale como un murmullo de la boca del pretor, al mismo tiempo que mira a Gayo. El jurista asiente con gesto ausente; recoge sus rollos y sigue los pasos del pretor, para salir de la multitud y regresar gratamente a las cartas de Augusto.

El hallazgo de las *Institutiones*

El conjunto de opiniones legales compiladas por el jurista Gayo fue uno de los textos más influyentes del derecho romano. Este texto (llamado *Gai Institutiones*) fue luego reemplazado por el *Codex Iustinianus*, un pesado volumen que se convertiría en el fundamento de gran parte de la legislación europea. Se llegó a pensar que las *Instituciones* se habían perdido para siempre; y de hecho el texto estuvo perdido durante mil quinientos años.

Más tarde, a principios del siglo XIX, un estudioso estaba leyendo un antiguo texto de las obras de San Jerónimo en una biblioteca italiana cuando se dio cuenta de que el texto había sido escrito sobre un pergamino del que se había borrado un texto anterior. Afortunadamente, bajo la luz adecuada, este texto pudo ser recuperado, y los escritos del jurista Gayo salieron de nuevo a la luz.

HORA IV

(10.00-11.00)

La joven rompe con su novio

Ahora me duele que tu sucia saliva haya contaminado los puros labios de una chica pura.

CATULO, *Carmina (Poemas) 78b*

«¡Mira por donde vas, chica estúpida!»

Miyria apenas oye el comentario al chocarse con un funcionario judicial con un montón de documentos enrollados bajo el brazo. Se recompone y corre, mientras su sirvienta murmura algo y se remanga las faldas de la stola para seguir a su señora.

Las jóvenes no tenían intención de asistir al juicio que se estaba celebrando. Miyria y su asistente habían salido a escoger verduras en el Foro Holitorio, cuando Miyria había decidido, de forma impulsiva, pasar por el tribunal donde Cerinto, el amor de su vida, debía encontrarse acompañando al pretor. (En realidad, su nombre no es Cerinto— este es un pseudónimo. Cerinto es en verdad Marco Albino, uno de los jóvenes secretarios del pretor. Miyria usa el pseudónimo porque, si su padre se enterara de su relación con el chico, las cosas podrían ponerse difíciles para él).

No podrías creer la fuerza con la que el anhelo de ti me ha inundado. Este anhelo está causado casi enteramente por amor y por el hecho de que estemos tan pocas veces separados. Ahora sucede que paso la mayor parte de la noche tendido despierto y pensando en ti y por el día mis pies me llevan, inconscientemente, a tu habitación. Por supuesto, tú no estás allí, y vuelvo triste y con el corazón roto, como un amante rechazado.

Solo me libero de esta tortura cuando me agoto trabajando, en casos legales y en los casos que afectan a mis amigos. De modo que podrás imaginar cómo es mi vida, cuando mi único solaz está en el duro trabajo y mi único alivio está en la desdicha y en las ansiedades de otros.

Plinio a Calpurnia, *Cartas, 74*

Era una oportunidad de encuentro. Mientras el pretor esperaba la llegada de unos documentos o de otro testigo, Cerinto se había escapado de su puesto y se había mezclado con la multitud congregada en torno a la basílica. A Miyria el corazón le había dado un vuelco al pensar que su Cerinto la había visto y acudía a su encuentro para pasar unos momentos furtivos en su compañía. Mientras se abría paso entre la muchedumbre para encontrarse con él, Cerinto fue interceptado por una pelirroja vestida con una túnica corta, hasta el muslo.

Contrariada, Miyria se había detenido, ignorando los tirones de su sirvienta que, agarrándola por el codo, trataba de sacarla de ahí. Cualquier duda sobre la relación entre Cerinto y la chica pronto desaparecería. Cerinto dirigió una rápida mirada a la basílica, donde el pretor estaba ocupado consultando a algún ayudante, y después llevó a la chica detrás de una columna para darle un profundo y lascivo beso, siendo apasionadamente correspondido.

Miyria no se dio cuenta del tiempo que permaneció ahí de pie, aturdida. El pretor abandonó la basílica y su Cerinto dio a la chica pelirroja un último y apasionado abrazo y después corrió a reunirse con su jefe. En ese momento, cegada por las lágrimas, Miyria había salido corriendo del escenario de la traición, chocándose con el jurista en su huida.

Su casa se encuentra en la calle que atraviesa la calzada que viene del Puente Emiliano, no lejos del Pórtico de Octavio, donde estaba celebrándose la audiencia. De modo que, en

cuestión de minutos, Miyria pasó corriendo por delante del asombrado guardián de la puerta, corrió a su habitación y hundió la cara en el colchón. Ahora llora desconsolada sobre la almohada. Han pasado unos minutos, y un aliento jadeante entra por la puerta: es su sirvienta, que llega, observa a Miyria y sabiamente se retira sigilosa.

Al cabo de un rato, Miyria se recompone. Ha quedado claro que su relación con ese cerdo infiel ha terminado, de forma incuestionable. Su sirvienta estaba en lo cierto cuando decía que ella, la hija de un acaudalado comerciante, era demasiado buena para un simple secretario judicial. Y que él, sin importarle los riesgos que ella había corrido ni que estuviera dispuesta a ignorar sus diferencias en cuanto a condición social, había aún así faltado al respeto a la joven, lo cual duele casi tanto como la traición. Ahora Miyria sabe que no volverá a verle nunca más. Él estará esperando un mensaje, que le hace llegar habitualmente por la tarde su servicial asistente. Pues bien, hagamos que ese mensaje sea tan hiriente como sea posible y, al mismo tiempo, digno, para demostrar a Cerinto que lo que ha perdido no ha sido a una ramera de la calle, sino a toda una dama.

Hasta aquí, amante en ciernes, mi musa te dijo dónde buscar tu presa y cómo tender tus redes. Ahora, la mujer que has elegido debe ser cautivada y retenida. De modo que, seductores, estéis donde estéis, prestad atención a lo que tengo que deciros, porque esta es la parte más importante de mi lección…

En primer lugar, tened certeza de esto. No hay mujer que no puedas conquistar si tienes la certeza de que puedes conquistarla. Los pájaros dejarán de cantar en primavera, la cigarra callará en verano y la liebre se dará la vuelta y perseguiría al perro antes que una mujer pueda resistir el dulce cortejo de un joven amante.

Por fortuna —sin tener Cerinto conocimiento de ello— Sulpicia será su guía, del mismo modo que ha sido la fuente de las cartas de amor enviadas hasta ahora por Miyria a su amado. Sulpicia lleva muerta varias generaciones, pero la posesión más preciada de Miyria es una copia de Las elegías de Tibulo y Propercio, en la que se conservan los poemas de Sulpicia. Sulpicia vivió en tiempos del reinado del emperador Augusto, pero era de la edad de Miyria cuando escribió su poemario. Dieciséis años es tarde como edad para casarse una chica de la aristocracia romana (muchas están ya casadas a los trece o catorce), pero una hija de un comerciante como es Miyria puede contraer matrimonio más tarde, incluso a la madura edad de dieciocho años. Ambas chicas han conocido la oscura emoción del romance prohibido y la frustración que produce que una generación mayor intente controlar cada uno de sus movimientos.



JOVEN VESTIDA CON QUITÓN GRIEGO JUGANDO A LAS TABAS. ACTUALMENTE EN EL BRITISH MUSEUM LONDRES.

ROMANCE (DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL PADRE)

Me has pedido que busque un marido para tu sobrina… Tal vez habría tenido que buscar durante mucho tiempo si Minicio Aciliano no hubiese estado disponible… Su aspecto general es de noble belleza, que es un punto que no debería pasarse por alto, pues para una chica se debería encontrar a alguien de aspecto hermoso a cambio de su virginidad.

Dado que eres tú para quien estamos buscando un yerno, probablemente no debería mencionar nada acerca del dinero, pero cualquier otra persona querría saber que es enormemente rico… Si quieres pensar en el bienestar de tus hijas y de sus descendientes, entonces realmente cualquiera que esté buscando un marido debería tener en cuenta este factor.

PLINIO A JUNIO MAURICIO, *Cartas, 1.14*

«Hic animum sensusque meos abducta relinquo, arbitrio quamvis non sinis esse meo!» (¡Él sabe lo que siento acerca de esta abducción, pero ignora la voluntad de mi corazón!).[6] Cuando Miyria leyó esta amarga protesta por haber sido conducida fuera de Roma el día de su cumpleaños, y llevada tan lejos de su amor, se identificó inmediatamente con una chica que, como ella, sufre constantes restricciones sobre dónde no puede o no debe ir y sobre a quién puede o no puede ver.

Nota un cálido sonrojo en las mejillas cuando recuerda la última carta a Cerinto, copiada íntegramente de los escritos de Sulpicia. Aunque en realidad no fue tan deshonesta. Simplemente ocurrió que Sulpicia había sido capaz de decir lo que quería decir mejor de como ella misma habría sido capaz de decirlo (Sulpicia 6):

Luz mía, quizá no me ames,

de la forma en que pienso lo hacías hace unos días,
si alguna vez, llevada por mi juventud,
alguna vez he hecho algo tan estúpido,
como dejarte allí solo —
has de saber que lo hice,
para ocultar mi ardiente deseo.

La siguiente carta que Miyria había planeado enviar — tan pronto como nuevos viajes llevaran a su padre fuera de Roma y ella fuera capaz de convencer a su escandalizada sirvienta para que mirara hacia otro lado— iba a ser el primero de los poemas de Sulpicia:

Cumplió Venus sus promesas
y trajo el amor a mi corazón
que mi historia de felicidad sea revelada
a aquellos que sienten que he perdido mi parte.
¿Debo confiar esta carta a alguien
que la tocará antes que él?
Pero hay otra forma de vergüenza
cuando acomodas tu rostro a tu reputación.
Así que dejemos que sea dicho a todos…

Con lágrimas cayéndole por la cara, Miyria susurra para sí misma la última línea durante tanto tiempo memorizada: cum digno, digna fuisse ferar — con un hombre digno, fui una mujer digna.

Lo había planeado todo. Tras consumarse su amor, Cerinto y ella serían pareja, aunque no oficialmente. Su padre ciertamente estallaría cuando ella se lo contase, pero Miyria siempre había sabido hacerle comer de su mano. Su padre se ablandaría cuando viera que su amor era verdadero y lo feliz que ese amor hacía a su hija.

¡Vivamos, Lesbia mía, y amémonos!

Y no hagamos caso de
las escandalosas habladurías de ancianos adustos.
El sol puede ocultarse y luego elevarse de nuevo
pero nosotros, cuando nuestra efímera luz se apague,
dormiremos en noche perpetua.

CATULO, *Carmina (Poemas) 5*

Después, la relación dejaría de ser un secreto: Cerinto volvería a ser Marco Albino y, cuando estuvieran casados, el joven dejaría el empleo con el pretor. Ocuparía un puesto en el negocio del padre de Miyria, como yerno y potencial sucesor. ¡Todo esto, toda su futura vida juntos, es los que Cerinto ha tirado por la borda por una fresca pelirroja!

Miyria toma cuidadosamente el libellus que llevó a escondidas ayer por la tarde a su habitación. Ahora, en lugar del ardiente y anhelante mensaje que habría hecho llegar a su amor, la misiva será fría, distante —y final. El libellus en sí consta de dos finas tablas de madera con dos perforaciones en un lado y atadas con un cordel. La cara interna de cada tabla esta revestida con una capa de cera y Miyria utilizará un stylus de afilada punta para grabar su mensaje en la cera. En realidad, dado que escribía sus notas de amor en cera, había sido esa cera —cerinto en latín— la que había dado lugar al nombre en clave de Albino (otra idea tomada de Sulpicia).

Albino es en realidad el tipo de patán medio analfabeto que nunca leería poesía por gusto (¡con qué claridad se ven ahora sus defectos!), de modo que Miyria no hace daño a nadie si extrae todo el mensaje directamente de los versos de Sulpicia. La despedida que esta dedicó a su novio fue refinada y digna, aunque hiriente —exactamente como quiere Miyria que sea la suya. Comienza hundiendo el estilo tan profundamente en la cera que araña la madera subyacente. No debe hacer eso: refleja que sus emociones están fuera de control. Calienta un cuchillo de hoja ancha y roma sobre una vela, aplana luego la

cera y comienza de nuevo:

Bien, gracias por mostrarme que eres un embustero,
pues ello ha impedido que me pusiera en evidencia.
Esa golfa probablemente se ha tejido su propia toga,
esa que tu prefieres a
Miyria, hija de Myirio de Mari.
(Ellos estaban un poco preocupados por mí,
por que fuera a casarme con alguien socialmente inferior).

Miyria relee las líneas que acaba de escribir. Se trata, claro está, del cuarto poema de Sulpicia, salvo que ha escrito «Miyria, hija de Miyrio de Mari» donde el original decía «Sulpicia, hija de Servi». Es una lástima, porque el original Sulpicia Servi Filia lleva el peso y la grandiosidad de siglos de nobleza. Pero eso, sencillamente, es algo que no se puede tener si eres hija de un comerciante de pimienta. Por otro lado, las líneas previas son maravillosamente malvadas, sugiriendo que la amatorix de Cerinto, la mujer con la que la engaña, no es de clase trabajadora sino prostituta (siendo estas las únicas mujeres que visten toga, prenda privativa de los hombres en la Roma imperial).

En general, Miyria siente cierta triste satisfacción al utilizar los extremos de los cordeles para unir las dos tablas. Imagina el vanidoso placer de Albino al recibir lo que imagina que es otro dulce mensaje de su pequeña engañada y, después, su horror y desesperación al darse cuenta de que la ha perdido, definitivamente y para siempre.

Entonces Miyria recuerda que, del mismo modo que Albino la ha perdido a ella, así ella también le ha perdido a él. Se desploma sobre la almohada y las lágrimas brotan de nuevo.



HORA V

(11.00-12.00)

El maestro cantero trabaja en una tumba imperial

Roma extiende su jornada hasta la hora quinta.

MARCIAL, *Sátiras, 4.8.3*

Sus asuntos han llevado al pretor al Campo de Marte, hacia donde también se dirige la sirvienta de Miyria, al área de gimnasia y ocio de Roma, llevando el mensaje final para el joven del séquito del pretor.

Mientras sigue su camino por las calles atestadas de gente, la sirvienta reflexiona sobre el hecho de que el área destinada a ocio y deporte haya encogido considerablemente desde los tiempos de la República. Donde antes había campos abiertos, ahora el espacio está encerrado entre monumentos, edificios, tumbas y templos. Aquí, por ejemplo, se alza la espléndida cúpula de lo que será uno de los regalos del emperador Adriano a su ciudad —el reconstruido Panteón, templo de todos los dioses del Olimpo.

EL CAMPO DE MARTE EN EL PASADO

No ha habido nadie que haya mostrado más celo en la edificación que Pompeyo, el Divino [Julio] César y los amigos de Augusto… El Campo de Marte se alza donde se encuentra la mayoría de esas edificaciones, y la visión con la que se planearon estas construcciones ha resultado en un aumento de la belleza natural del lugar.

El Campo es considerablemente amplio, y de hecho se pueden celebrar en él carreras de carros al mismo tiempo que eventos ecuestres, mientras el resto del pueblo se

entretiene con juegos de aros, de balón o de lucha libre, ya que la hierba cubre todo el área durante todo el año.

Esto, y las obras de arte situadas en las laderas de las colinas que descienden hasta su base, se asemejan al decorado de fondo de un teatro, un espectáculo que atrapa y cautiva la mirada.

ESTRABÓN, *Geografía, 5.3.8*

Sobre el río Tíber se cierne un estructura aún más impresionante, en forma de barril. No es un templo, sino una tumba. Un día Adriano morirá y será enterrado allí, pero el monumental edificio en el que será sepultado es en sí una garantía de que nunca será olvidado. La sirvienta observa la diminuta figura de un cantero que trabaja en una de las numerosa estatuas que coronan la tumba y piensa que, con todas esas obras de construcción en marcha, es un buen momento para ser artesano en Roma.

Póstumo Galieno, maestro cantero, se mostraría de acuerdo con esta apreciación, si bien también podría apuntar que, a veces, es posible que un hombre tenga demasiado de algo en principio bueno. Su habilidad en el oficio hace que esté muy demandado, en el sentido laboral. Galieno tiene fama de realizar complejos trabajos artesanales. Cuando el mármol comienza a presentar finas grietas, cuando un bloque particularmente físil de piedra caliza amenaza con resquebrajarse solo con tocarlo con el cincel, cuando el descuidado golpe de un martillo se ha llevado por delante, sin querer y a traición, la nariz de la estatua del emperador, entonces las altas esferas de Roma envían mensajeros requiriendo con urgencia la presencia de Póstumo Galieno para arreglar las cosas.

Galieno se pregunta a veces si fue un exceso de trabajo lo que mató a su padre. Como indica su nombre «Póstumo»[7], Galieno padre murió estando su mujer embarazada de su

primer hijo. El taller de cantería que dejó al morir fue mantenido con esmero por un tío hasta que ese hijo, Galieno, tuvo edad para hacerse cargo. Ese mismo tío también le enseñó a Galieno el oficio familiar del tallado de la piedra, antes de morir él mismo en un accidente mientras trabajaba. (Fue cuando Trajano, el antecesor de Adriano, estaba ampliando el Circo Máximo para que un número mayor de espectadores pudieran asistir a las carreras de carros. Los espléndidos asientos de mármol blanco en la reformada pista son —piensa ahora Galieno— un merecido monumento a su amado tío).

Aunque tiene poco más de cuarenta años, en los escasos momentos de inactividad que se concede al día, el propio Galieno piensa a veces en retirarse. Ciertamente goza de una buena situación económica, pero a pesar de haberse casado y haber enviudado dos veces, no tiene hijos a los que poder dejar su próspero negocio. Y sería una lástima abandonar sin más la empresa construida con tanto esmero durante dos generaciones. Además, jubilarse es algo infrecuente entre los romanos de la clase trabajadora, la mayoría de los cuales trabajan hasta que mueren. Sin embargo, la razón principal por la que Galieno no abandona sus herramientas de trabajo y se marcha a vivir a una tranquila granja en el campo es otra muy distinta.

Ser maestro cantero no es solo el oficio de Galieno, es parte de su ser. Si no pone a prueba sus habilidades labrando un difícil bloque de piedra o asesorando en algún complicado trabajo de ingeniería, no se siente realmente vivo. Trabajar la piedra — un cómodo y maleable travertino; un áspero e imprevisible granito; un noble mármol en su amplio colorido —, para eso es para lo que vive Galieno. Acabar mirando cómo defecan las vacas en alguna finca de campo sería más una pesadilla que un soñado final para sus días.

En estos momentos, Galieno se encuentra ocupado en una

carrera monumental, literalmente, pues lleva corriendo de un monumento a otro todo el mes. Y, solamente en el lugar en el que se encuentra ahora, le queda por delante otro mes de trabajo. El mausoleo planeado por Adriano es un edificio descomunal de 48 metros de alto y con un jardín en el tejado. El jardín mide 64 metros de lado a lado y está adornado con estatuas dispersas de hombres y caballos. Después, en el vértice de toda la estructura, se colocará una colosal estatua representativa del emperador conduciendo un carro de cuatro caballos (quadriga).

El mausoleo original

El término *mausoleo* tiene su origen en el Mausoleo de Halicarnaso. Este rey (que gobernó la misma ciudad de Asia Menor que una vez fuera el hogar del historiador Herodoto) fue sepultado en un monumento de tal grandiosidad que se convirtió en una de las siete maravillas del mundo antiguo. Desde entonces, cualquier lugar de enterramiento construido con cierta ambición se conoce como *mausoleo*.

Galieno se encuentra en el lugar para reparar la cabeza de una de estas estatuas. Esta escultura en particular era, en origen, la representación en mármol de un ciudadano medio cualquiera de la Republica. Estaba en el lugar cuando llegaron los constructores y había sido retirada y almacenada para su posterior restauración. Como la mayoría de las estatuas «retrato», había sido realizada en dos partes separadas: cabeza y cuerpo. Galieno tiene varias estatuas similares en su taller. Representan cuerpos jóvenes en general, con atuendo militar, en pose atlética o tomando un baño.

La metodología es la siguiente: supongamos que una persona quiere una estatua autorrepresentativa. La persona en cuestión acudirá a un escultor que realizará una cabeza que se parezca a la suya y rematará el cuello con una cuña de piedra

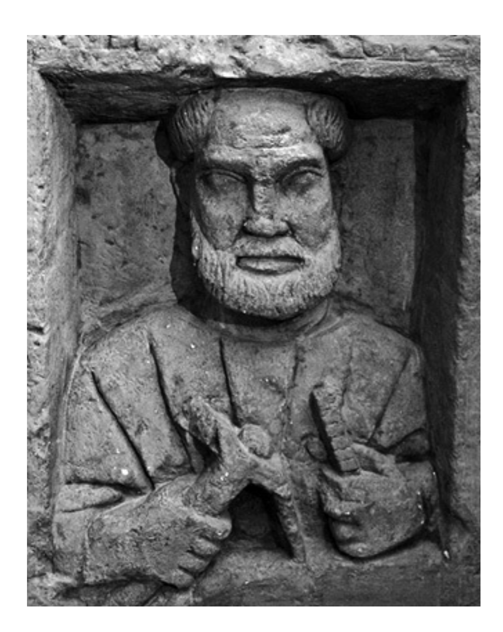
de tamaño estándar. El cliente se llevará entonces la cabeza y visitará diversos talleres de canteros como el de Galieno, hasta dar con un cuerpo con la forma y la postura que le gusten y que sean compatibles con su cabeza.

Todos los cuerpos se esculpen con una cavidad de tamaño estándar para alojar la cuña de la base de cualquier cabeza esculpida, de modo que el cantero pueda unir, sin que se note, el cuerpo y la cabeza para componer una estatua, lista para su colocación en un jardín, una villa de campo o en cualquier otro lugar. Este sistema tiene el inconveniente de que a veces podemos encontrarnos, por ejemplo, con la cabeza de una mujer madura romana de gesto adusto sobre el cuerpo de una Venus apenas adolescente desnuda para el baño. Por otro lado, el sistema tiene la ventaja de que, tan pronto como la mencionada madre de familia fallece, es posible retirar su cabeza y sustituirla, de forma más apropiada, por una de su nieta. (Nótese, dicho sea de paso, que la sustitución así realizada de la cabeza de la estatua de un emperador vivo es considerada traición y puede dar lugar a que la cabeza del perpetrador del desaguisado sea también retirada, pero sin posibilidad de sustitución).

En este caso en particular, el tipo republicano tenía evidentemente claras objeciones a ser reemplazado en un futuro, pues su cabeza estaba firmemente anclada al cuerpo. Tan firmemente, de hecho, que en el proceso de retirada un trabajador sin experiencia había provocado que todo el torso se partiera en diagonal, cayendo al suelo en un montón de cascotes, consistentes en un brazo, medio pecho y un buen pedazo de abdomen. Galieno ha pasado los últimos dos días recomponiendo la pieza. Se ha dado cuenta de que, aunque el sujeto fuera un desconocido, era claramente un desconocido rico, ya que toda la estatua es de un delicado mármol pario, que es el motivo por el cual los constructores tienen especial interés en conservar la pieza.

En la parte del torso que se ha mantenido en su sitio, Galieno realiza un agujero, a cuarenta y cinco grados y con un diámetro equivalente a la longitud de medio pulgar, y después realiza en correspondencia otro agujero en el fragmento

desprendido. Luego introduce una barra de hierro en el agujero y extiende un fino hormigón de polvo de mármol sobre las partes por las que deben unirse las dos piezas. Cuidadosamente enarenada y pintada (los romanos pintan sus estatuas para que parezcan más vivas), la juntura pasará desapercibida.



Un cantero con sus útiles. Musée d'Aquitaine, Burdeos.

Cuando trabaja con piedra, Galieno utiliza a menudo cemento y hormigón. Desprecia a quienes no conocen la diferencia entre estos dos materiales. El cemento se prepara a partir de la ceniza depositada en un antiguo flujo volcánico, en los montes Albanos (el emperador Augusto, impresionado por la calidad de este material, decretó que debía ser el único utilizado para las estructuras monumentales del gobierno de Roma). El cemento se mezcla con piedra triturada, o agregado, para preparar hormigón. Muchas de las más impresionantes estructuras romanas, como el Anfiteatro Flavio que algunos llaman Coliseo, están construidas en realidad con este hormigón. De modo que Galieno es a menudo requerido para ayudar a decidir la mejor manera de colgar un frente de piedra superpuesto en estos edificios de hormigón, de tal modo que parezca que están construidos con piedra en su totalidad.

Cuando haya terminado con esta estatua, Galieno tendrá que reunir a su cuadrilla y salir corriendo hacia su siguiente trabajo. Se trata también de un mausoleo imperial, el

mausoleo de Augusto, que Galieno, desde su aventajada posición en lo alto de la futura tumba de Adriano, puede ver al otro lado del Campo de Marte. En cierto modo, ambos mausoleos están en realidad conectados. Augusto había mandado construir su tumba no solo para él, sino también para su familia. Luego, dado que todos los emperadores siguientes se proclamaron engañosamente «César» y por tanto vástagos de la casa imperial, muchos de ellos —y sus esposas y madres— fueron enterrados en el mismo mausoleo. De modo que ahora está tan atestado de emperadores fallecidos y de sus parientes que ya no queda más sitio. (El emperador Vespasiano y su dinastía optaron por ser enterrados en otro lugar, pero la tumba fue reabierta para el emperador Nerva).

Trajano, predecesor de Adriano, resolvió el problema del hacinamiento posmortem —al menos en su caso— dejando dispuesto su enterramiento en la base de una columna monumental, adornada con imágenes labradas en espiral de sus victorias en la Guerra de Dacia (el joven Galieno había trabajado en algunos de los bajorrelieves). Sin embargo, Adriano observó, no sin acierto, que si cada emperador seguía el precedente sentado por Trajano, Roma se convertiría rápidamente en un bosque de columnas monumentales. Por ello, se había propuesto construir una tumba imperial con capacidad para todos los emperadores que murieran en un futuro predecible — pese a plagas, asesinatos y guerras civiles.

> Adriano había preparado su tumba en la ribera del río, junto al Puente Aeliano. Fue enterrado allí, porque el Mausoleo de Augusto estaba lleno y desde entonces nadie más fue sepultado allí.
>
> DION CASIO, *Historia, 49.23.1*

Aunque ahora esté retirado del servicio activo, esto no quiere decir que se pueda dejar que la tumba de Augusto se pudra en paz. Aparte de la necesidad de mostrar respeto al

emperador difunto, el deterioro de una tumba imperial es un terrible augurio para el emperador en el trono. Cuando una gran grieta apareció una vez en la tumba de Augusto hace un siglo, fue interpretada como presagio de muerte del entonces emperador Vespasiano (y la predicción fue correcta). El hecho de que su abandono pueda ser una señal de fatalidad sería ya motivo suficiente para que los emperadores fueran obsesivos en lo referente al mantenimiento de la tumba en perfecto estado, pero la realidad es que el mausoleo de Augusto es considerado un hermoso monumento cívico por derecho propio.

Sin embargo, a 42 metros (la estatua de bronce de Augusto que corona el edificio se encuentra casi a la altura del mausoleo de Adriano), la estructura parece casi natural, con sus anillos concéntricos de tierra. Sobre todo porque se han plantado, en toda su superficie, árboles de hoja perenne, de tal modo que parece una serena loma, más que una construcción obra del hombre. De hecho, la estructura en general es ligeramente más grande que el monumento de Adriano, porque este, como emperador, es demasiado discreto para construir un mausoleo mayor que el de su insigne predecesor. Pero el mausoleo de Augusto se funde deliberadamente con el entorno y se convierte en parte del mismo. En cambio, la edificación de Adriano, que se alza imponente sobre el Tíber, es un tipo de estructura tan llamativo que parece más grande de lo que en realidad es.

La más notable de estas tumbas es la que llaman el Mausoleo. Es una sólida y noble estructura cerca del río. La base es de mármol blanco y el conjunto se halla densamente cubierto de árboles de hoja perenne hasta la cima. Ahí arriba se alza una estatua de bronce de César Augusto, de pie sobre los restos mortales de familiares y amigos.

Por detrás se extienden los magníficos paseos de un gran

tholos [recinto sagrado] de mármol blanco.

… La pared se halla rodeada por una verja de hierro circular y la tierra en su interior está densamente plantada de álamos negros.

DION CASIO, *Historia, 49.23.1*

Frente a la tumba de Augusto se encuentra el horologium, uno de los primeros obeliscos egipcios llevados a Roma. Se trata de una de las estructuras favoritas de Galieno, porque cuando pasa a su lado en un día soleado, una fugaz mirada al suelo delante del obelisco le indica la hora e incluso la estación del año. En las losas de piedra, al norte del obelisco, hay una línea marcada que muestra el límite máximo de la sombra en diferentes momentos del año.

Los detractores dicen que todo el conjunto fue diseñado solo para que el día del cumpleaños de Augusto la sombra del obelisco apuntara directamente a la puerta de la tumba del emperador, pero el escéptico Galieno se resiste a creer que todo aquello sea un mero ejercicio de propaganda. El obelisco, al permitir la medición de la longitud de la sombra arrojada sobre el suelo cuando el sol incide sobre él, actúa como prueba física de que el calendario reformado por Julio César (y más tarde retocado) lleva también registro de las estaciones. En los últimos días de la República, el calendario estaba tan desincronizado con la realidad que los festivales de verano se celebraban en ocasiones con nieve hasta los tobillos.

Hoy Galieno visitará el mausoleo por orden de un alto funcionario imperial. Dos obeliscos traídos de Egipto flanquean la entrada a la tumba y sus cuidadores han informado de que un tipo de hongo parece haberse extendido por la parte posterior de cada uno de ellos. Galieno inspeccionará los obeliscos y aconsejará cuál es la mejor manera de limpiar el singular granito rojo, sin producir ningún daño que pueda propiciar un futuro crecimiento del

hongo. Mientras está realizando su trabajo, el secretario del funcionario menciona que parte de la piedra de mármol de la pared inferior podría utilizarse en la reparación. En total, un par de horas de trabajo y enviará la factura al Palatino, como suele hacer.

Pues bien, hoy el horologium está cumpliendo con su función. Desde su posición elevada, Galieno puede ver cómo la punta de la sombra cae justo a la derecha, sobre la hora del almuerzo. El cantero recoge sus herramientas y las introduce en un saco, que se echa al hombro al tiempo que avisa a sus ayudantes que es hora de parar para comer.



HORA VI

(12.00-13.00)

La tabernera a la hora de comer

La primera taberna en una oscura calle engullía a las chicas, con sus vestidos sueltos y sus cabellos desordenados.

PROPERCIO, *Elegías, 4.8*

El cantero se detiene frente a la taberna Noveno Pilar y lo hace tan bruscamente que un transeúnte se choca contra él, empujándole. El desconocido está a punto de hacer un comentario airado, pero, en lugar de ello, emprende de nuevo apresuradamente su camino —años cargando grandes bloques de piedra han dado a los bíceps del cantero un volumen que intimida a cualquiera.

«¿Qué hay, Copa?», pregunta Galieno, al pasar por delante de la mujer. (Todo el mundo la llama Copa, aunque su verdadero nombre es Myrtale. «Copa» es simplemente el femenino de la palabra empleada para referirse al «tabernero», pero Myrtale lleva tanto tiempo siendo propietaria de ese local que a veces hasta ella misma se olvida de su propio nombre).

En la puerta de su establecimiento, Copa está fregando y maldiciendo con furia. Una mirada más atenta permite ver que algún vándalo ha decorado las puertas con todo un repertorio de penes dibujados con carbón. Copa se detiene y se retira de la frente un mechón de pelo rubio oscuro empapado en sudor. El grafiti es la venganza de un cliente al que echó de la taberna la pasada noche, explica la mesonera.

«Ignoró el letrero», comenta Copa, señalando con el pulgar hacia el interior de la taberna. Aunque no es posible verlo desde la calle debido a la luz del sol, un fresco decora la pared

de la estancia principal de la taberna. La pintura representa a un joven besando apasionadamente a una joven esclava, que viste un voluminoso vestido amarillo y que lucha como puede por deshacerse del evidentemente no bien recibido pretendiente. La inscripción bajo la pintura dice: «Nolo cum Syrisca» («No [hacerlo] con Syrisca»). El nombre ha variado varias veces en los últimos años, pues las chicas de las tabernas, incluso las que son esclavas, suelen marcharse tan pronto como encuentran otro empleo.

«El problema con estos adúlteros de vía estrecha», apunta Copa, «es que piensan que todo el mundo tiene que dejar tranquilas a las chicas que sirven, salvo ellos. Este borracho dio anoche una conferencia en la taberna sobre qué podía pasarle a quien le robara "su" chica. Había un puñado de celtíberos en la taberna la pasada noche y el borrachín les dijo que eran un atajo de estúpidos peludos que vivían en madrigueras de conejos en Hispania y que se limpiaban los dientes con orina [cierto es que esto último lo hacen]. Después les desafió. No acabó bien. ¡Pero qué voy a contarte que no sepas de los celtíberos!». Ella asintió con la cabeza y señaló los burdos dibujos de la puerta. «Entonces aparecieron estas pinturas. Debió volver antes del amanecer, pero no me he dado cuenta hasta que he abierto para el almuerzo».[8]

> Frutos secos variados […] bebidas: 14 ases; manteca: 2 ases; pan: 3 ases; tres cortes de carne: 12 ases; cuatro salchichas: 8 ases. Total: 51 ases.
>
> **Factura de bar encontrada en Herculano**, *Corpus Inscriptionum Latinarum, 4 n10674*

Copa vive en su taberna. Dado que el local suele permanecer abierto hasta medianoche —y a veces hasta más tarde, si los aediles se sienten indulgentes—, el suyo no es uno de esos establecimientos que sirven desayunos. Sin embargo, merece la pena esperar para almorzar aquí, ya que el Noveno

Pilar es una de las casas de comidas más interesantes del bajo Esquilino. El vino sabe realmente a uva, a diferencia de otros caldos que se sirven por ahí y que saben como si sus propietarios los hubiesen elaborado en sus propias botas. Sin embargo, el principal reclamo de Noveno Pilar es la atractiva Syrisca.

Podríamos describir a Copa como una mujer «fornida». Este atributo le resulta en ocasiones de gran utilidad, dado que cuando Syrisca danza para la clientela, con la cara ruborizada por el vino y una diadema griega en el cabello, los clientes definitivamente no pueden apartar la vista de ella. Incluso los que ocupan los costosos divanes del reservado del fondo —que llevan guirnaldas de pétalos de rosa en la cabeza y que Copa atiborra a vino hasta la puesta de sol— se sentarán y prestarán atención. Pero la vista será lo único que posarán sobre la chica. Copa tiene siempre a mano un palo de nogal casi del grosor de su muñeca. Cualquiera que intente cambiar el baile de Syrisca de vertical a horizontal será alcanzado de inmediato por el palo, y luego será expulsado del local.

El poema de Copa

Syrisca baila ebria y sensual,
una diadema griega en su cabello
moviendo las caderas al ritmo practicado
de sus crótalos…
¿En qué ayuda a un hombre cansado
quedarse fuera en medio del polvo tórrido del día
en lugar de recostarse aquí…
bebiendo de copas siempre llenas?
Ven a reposar tu agotado cuerpo
a la sombra de las vides
con una guirnalda de rosas coronando tu cabeza

mientras arrancas un beso de los dulces labios
de una joven mujer.

PSEUDO-VIRGILIO, *Copa*

Los clientes no son del todo culpables. Numerosas casas de bebidas (popina) de Roma son al mismo tiempo burdeles (lupanaria), del mismo modo que otras tabernas sirven también como posadas o casas de hospedaje, o bien combinan todos estos servicios. Muchos asiduos a este tipo de establecimientos dan por supuesto que las chicas de la taberna están disponibles para todo, pero no es ese el caso de Noveno Pilar. Copa no tiene objeciones morales en lo que respecta a la prostitución de las cantineras, pero le resulta muy pesado tener que poner orden en las peleas entre clientes celosos por un lado y camareras celosas por otro, y además es un gran inconveniente perder a una buena empleada por embarazo. De modo que Copa mantiene su local limpio en este sentido, no por razones morales, sino por conveniencia.

Una vez terminado el trabajo de limpieza a la entrada del local, Copa vuelve a las amables sombras de su establecimiento. Una niebla de humo de leña sale de los fogones; el aroma a pan recién horneado se mezcla con el olor a asado de pato y espárragos, que va a ser el plato principal del menú del día. También se percibe la persistente fragancia de la madera de manzano que Copa quema todas las mañanas para enmascarar el hedor agrio a vino viejo y a humanidad mal bañada y amontonada, que es parte inevitable del ambiente de cualquier taberna.

Hay ya un buen barullo de conversaciones cruzadas. Syrisca no está bailando en este momento (porque la taberna está repleta de personal) y, aunque los clientes aprecian el espectáculo, aprecian todavía más una buena comida. Para muchos de los presentes, la sexta hora marca el final de la jornada laboral, que comienza una hora antes del amanecer.

El plan ahora es comer un buen plato, regarlo con varios vasos de vino con agua y tomar el camino de casa para dormir antes de reunirse con los amigos para cenar.

Por consiguiente, Syrisca y otras dos cantineras están muy ocupadas llevando de un lado a otro platos entre los bancos, apartando amistosamente manos demasiado largas e intercambiando saludos y ocurrencias barriobajeras con clientes habituales. La razón de ser de estos chabacanos piropos, llamados taberna blandita, es que los clientes levemente ebrios de Noveno Pilar son tan incapaces de pronunciar un epigrama en un correcto latín como las receptoras de apreciarlo. Las tabernas tienen fama de ser lugares sencillos y vulgares, y el Noveno Pilar hace todo lo posible por mantener esa fama.

El poeta Floro a Adriano

Yo no querría ser César,
y caminar entre britanos,
soportando escalofríos en las rodillas
por hielos de Escitia a punto de congelarse.

Réplica de Adriano

Yo no querría ser Floro
y merodear por los bares,
comiendo pasteles y guisantes
y andar de taberna en taberna
infestándome de pulgas.

Historia Augusta, *Adriano, 16*

Sin embargo, el pato que se sirve para almorzar está fuera de la ley. El remilgado emperador Tiberio prohibió la venta de todo tipo de alimentos en establecimientos en los que también se bebiera alcohol, aunque el emperador Nerón (conocedor en primera persona de los antros de mala muerte)

permitió que se sirvieran legumbres guisadas y verduras. En términos estrictamente técnicos, esas leyes siguen vigentes y pueden aplicarse si se paga a las autoridades porque pongan interés en el asunto. Así pues, Copa se asegura de mantener buenas relaciones con la competencia, básicamente con el tugurio de comidas que se encuentra un poco más arriba, en su misma calle, junto al templo de Castor y Pólux. (Aunque, de vez en cuando, pide a algunos de los tipos más groseros de su clientela que den un toque al propietario del tugurio en cuestión para que sepa lo que podría sucederle si se rompieran esas buenas relaciones).

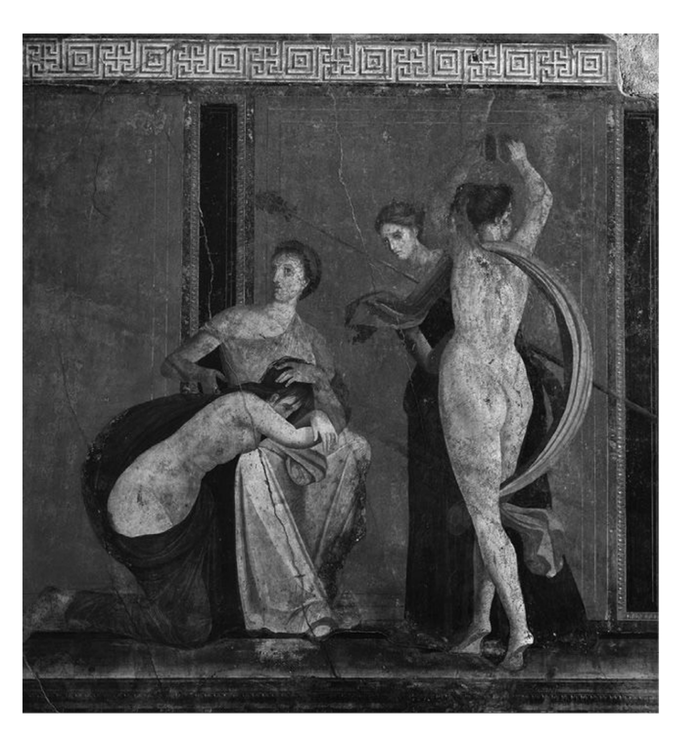
Mientras se abre paso entre la nutrida concurrencia, parándose a charlar con sus clientes favoritos, Copa tiene siempre los oídos atentos. Detecta entonces un característico sonido de tamborileo, que se eleva por encima del alboroto general. Cambia de dirección, apartando a un lado a los clientes como un buque corta el mar agitado. Dos jugadores tienen la mirada fija en cinco dados, que entrevé sobre la mesa junto al cubilete de cuero del que han sido arrojados. «Es un dos», insiste uno, entornando los ojos para distinguir los puntos en los dados, dada la escasez de luz. «Un tres», insiste el compañero. Y habrían acabado a puñetazos si las fornidas manos de Copa no les hubiesen agarrado firmemente por el cuello.

«Queréis que me quiten la licencia?», refunfuña la enfurecida tabernera, «¿O creéis que esto son las Saturnales» (Saturnalia —festival de invierno que se celebra en Roma— es el único momento en el que se permite el juego en lugares públicos). Los hombres sonríen avergonzados, mientras los que están alrededor se atreven a aconsejar en voz alta a Copa lo que debería hacer con los dados de la discordia. Ignorando diplomáticamente a los molestos espectadores, Copa desliza los dados en el cubilete y lo esconde todo en su vestido». «Los recuperaréis cuando os vayáis», les dice a los jugadores. A

juzgar por sus gruesas capas con capucha, parecen hombres libres y no precisamente acaudalados. La permanente confiscación de dados es un revés económico y seguramente le hará perder un par de clientes habituales.

Copa deposita el cubilete de cuero con los dados en un estante de la cocina. Esta es una pequeña habitación desagradablemente caliente que conduce al callejón de atrás, que —a pesar de castigos y protestas— sirve a menudo como retrete de último recurso para los clientes más desesperados.

Copa recuerda a un grupo de borrachos que entró la semana pasada en tropel en la cocina camino del callejón. Uno de ellos estuvo a punto de arder en llamas al pasar demasiado cerca del horno, donde estaban asándose unos tordos. Se desató el caos, con fuego y clientes en llamas aquí y allá en la atestada habitación, mientras el personal trataba de apagar las llamaradas y otros intrusos oportunistas intentaban llevarse la comida. A veces, Copa desearía haber sido un hombre y tener un trabajo más tranquilo —tal vez un cargo de legionario en el Rin combatiendo a los invasores germanos.



Joven bailarina con túnica de estilo griego y tocado floral.

Hablando de ladrones… En medio del jaleo, Copa se escabulle al pequeño patio cerrado trasero y revisa que nadie haya llegado hasta ahí a hurtadillas para llevarse una de sus amphorae de arcilla apoyadas contra la pared del fondo. Estas amphorae contienen la reserva de vino de la taberna. Cada pocas horas, la propia Copa toma una de estas ánforas altas, quita el tapón y vierte parte de su contenido en otra vasija, que es algo intermedio entre un barril pequeño y un cántaro. De esta jarra sirve luego el vino a los clientes y en ella puede leerse la alentadora inscripción «Qui vult, sumat Ocane, veni bibe» («Soy el océano, deja que el que quiera venga y beba»).

Sixtiliano, estás tan borracho como un caballero (o cinco)

Estarías también borracho de agua si hubieras bebido tanta

No solo te has gastado bebiendo el dinero de los que tienes al lado

Sino también de los que se sientan en bancos distantes.
Esto no es vino de mesa de una prensa peligna
Ni vino barato de las colinas toscanas
Es vino Másico envejecido en oscuras tinas
Del tiempo de Opimio.
Pide al tabernero que te traiga
Los posos de sus barricas laletanas, Sextiliano
Si vas a beber más de diez vasos.

MARCIAL, *Epigramas, 1.26*

Un repentino aumento del vocerío procedente de la estancia principal alerta a Copa de más problemas. En torno a una de las mesas se concentra una multitud y una furiosa Syrisca intenta golpear a alguien entre el gentío. Persuadida por el palo de nogal de Copa, la multitud se aparta y deja a la vista a dos hombres enzarzados en una salvaje pelea sobre uno de los bancos, como consecuencia de la cual un plato de lentejas y alubias rojas se encuentra ahora esparcido por toda la superficie de madera. No es un episodio aislado —de hecho, es tan habitual que hay un aviso al respecto en la puerta de entrada que dice ITIS FORAS RIXATIS (las peleas, fuera) y que Copa señala a los luchadores, ligeramente aturdidos, antes de arrojarlos literalmente a la calle.

Dentro de la taberna, los clientes se han sentado de nuevo a comer. Copa se ha pillado un dedo entre las cabezas de esos dos tipos al golpearlas con violencia una contra otra y ahora, con el dedo entre los labios para aliviar el dolor, decide poner fin al turno de comidas. A partir de este momento, pueden hacerse cargo las chicas. Ella quiere escaparse para ir a buscar un regalo especial de cumpleaños que quiere hacerle a su padre.

Successus, el tejedor, ama a Iris, la joven esclava del mesonero. Aunque ella no le ama, él le ruega compasión.

[Por otro lado, su rival] Vete.

Successus: ¿Por qué tan celoso y entrometido? Ríndete ante un hombre más joven y apuesto que está siendo tratado injustamente.

[Respuesta] Ese es mi veredicto. He escrito todo lo que hay que decir. Puede que ames a Iris. Ella no te ama a ti.

Corpus Inscriptionum Latinarum 4, 1.10.2-3 (Bar de Prima); 8259[9]

HORA VII

(13.00-14.00)

El relojero comienza un proyecto

Que los dioses destruyan al hombre que primero encontró la manera de distinguir horas… para fraccionar mis miserables días en pequeños pedazos.

PLAUTO, *dramaturgo romano, citado en Noches Áticas, de Aulo Gelio, 3.3.1*

Copa quiere regalarle un reloj a su padre porque, como la mayoría de los romanos, suele disfrutar de una buena siesta después de comer. Luego, pater se dirige a los baños para jugar un partido de pelota con sus amigos ancianos. (La versión romana de este juego es un cruce entre balonmano y rugby). El problema es reunir a todo el grupo para un comienzo sincronizado, ya que, como dice el proverbio, «Antes se pondrán de acuerdo dos relojes que dos filósofos», con el factor añadido de que los dos grupos tienen cada uno su propia idiosincrasia. Y para complicar aún más las cosas, el padre de Copa es un gran dormilón, que a menudo se queda roncando hasta bien pasada la hora a la que ha sido convocado el encuentro deportivo y se despierta, malhumorado e irritable, solo a tiempo para cenar. Lo que necesita es un reloj con alarma.

En realidad, los relojes con alarma son una opción relativamente sencilla. Uno de los modelos más básicos fue inventado hace siglos por Ctesibio de Alejandría. Funciona así: se llena una vasija con agua hasta la marca de tiempo señalada en su interior. El agua pasa luego a un depósito, desde el cual fluye a un ritmo fijo. Cuando la cantidad de agua del depósito cae por debajo de un determinado peso, una palanca integrada impulsa una bola de plomo muy pulida al interior de un tubo vertical. El tubo tiene exactamente el

mismo diámetro que la bola, de modo que esta, al caer, empuja el aire a través de un silbato acoplado en la parte inferior. El resultado es un agudo pitido que suena exactamente en el tiempo previsto desde que se vertió el agua.

En la Era Moderna, la sexta hora *(hora sexta)* se mantiene, si bien se ha movido en la esfera del reloj hasta convertirse en nuestra siesta, el momento del descanso de la tarde. En algún punto de la historia intercambió puestos con la hora novena *(hora nona)*, y pasó a considerarse «mediodía».

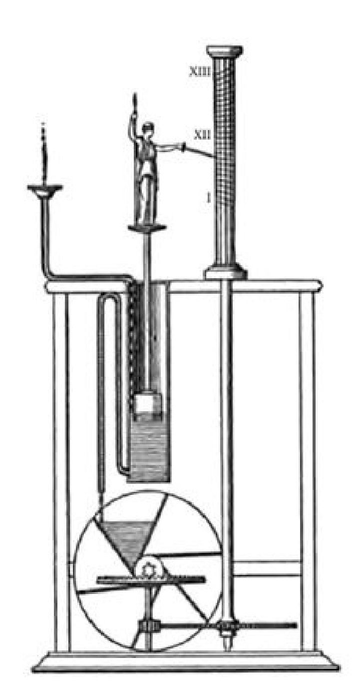
Para muchos romanos (aparte de los aficionados a las orgías de primavera del Festival de Flora), el mejor momento del año era el de las vacaciones de Saturnales, en pleno invierno. Era una cruel ironía que justo cuando las fiestas, los regalos y la alegría estaban en su punto álgido, las hora fueran más cortas. El tiempo realmente vuela cuando uno se está divirtiendo.

Esta es la estructura básica de la clepsydra (ladrón de agua), que es como se conoce este tipo de reloj en el mercado de la medición del tiempo, aunque la mayoría de los romanos lo llaman simplemente horologium ex aqua (reloj por agua). La variedad de reloj básico con alarma se utiliza en numerosas situaciones. Por ejemplo, en los tribunales mide el tiempo del que dispone cada persona con turno de palabra. En los lupanares, los clientes también tienen que medir el tiempo del que disponen. En ambos casos, se tiene a mano una pequeña bola de cera con la que se bloquea el paso de agua si se desea interrumpir el procedimiento.

Al no depender de la observación de los cielos, a veces encapotados, el reloj de agua es la manera más fiable de medir el tiempo. A consecuencia de esta fiabilidad, fue utilizado en primer lugar por los egipcios durante varios cientos de años,

antes de darlo a conocer a los griegos, que transmitieron su conocimiento a los romanos y, en su paso de unos pueblos a otros, cada uno fue incorporando detalles que mejoraban el diseño original. Un reloj de agua completo es una auténtica maravilla de la ingeniería y hace mucho más que pitar, silbar o tintinear al cumplirse una hora. Es un artilugio complejo, porque cronometrar el tiempo durante un largo período es un asunto complicado.

¿Complicado? ¿Por qué? El agua sale de un depósito a un ritmo fijo. Una vez que se ha medido una hora, se multiplica la cantidad de agua por veinticuatro y ya se tiene un día. ¿Qué tiene esto de complicado? Bien, para empezar, la presión varía. Cuanta más agua hay en el depósito, más presión existe en la base, y el agua sale más deprisa. Así pues, desde la medianoche hasta la 1 a.m. el agua saldrá más deprisa que desde las 11 p.m. hasta la medianoche. (En realidad, este es un problema menor, fácil de resolver teniendo un segundo depósito que mantiene el reservorio medidor del tiempo siempre lleno hasta un nivel constante).



Diseño de reloj de agua romano.

El problema real reside en la naturaleza de los días y de las noches, que duran cada uno doce horas, desde que sale el sol hasta que se pone y desde que se pone hasta que vuelve a salir. Esto sería siempre así si todos los días coincidieran con el equinoccio de otoño o de primavera, cuando el día y la noche duran exactamente lo mismo. Pero el día a mitad de verano es mucho más largo que el día a mitad de invierno, aunque tanto el uno como el otro duren exactamente doce horas romanas. Para mantener las doce horas de cada día y de cada noche, las horas romanas se alargan y acortan con las estaciones. Esto significa que los relojes solares funcionan perfectamente durante todo el año, pero la variabilidad de las horas supone un reto importante para el relojero.

Por ejemplo, en el equinoccio de primavera, el tiempo que tarda en transcurrir esta hora, la hora séptima, equivale a menos de las tres cuartas partes del tiempo que tardará en el solsticio de verano, pero es una cuarta parte más largo que en

el festival de invierno. Una vez que se ha calibrado el reloj para un día más largo o más corto, es necesario construir un sistema especular para medir las noches, la contraparte del día. No es que los días avancen con esta variación de media hora a lo largo de todo el año. Las horas en invierno se mantienen cortas hasta la primavera, tras lo cual empiezan a alargarse rápidamente. El filósofo Aristarco de Samos (hacia 300 a. C.) argumentaría que esto se debe a que la Tierra sigue una órbita oval alrededor del sol, pero evidentemente este hombre estaba loco y su argumento fue refutado en su totalidad por Arquímedes. El enfoque actual de la cuestión evita la teorización y trata de lidiar con la incómoda realidad.

Cada maestro relojero tiene su propia manera de abordar el problema de la variabilidad de las horas y casi cualquier otro aspecto de la construcción de relojes (antes se pondrán de acuerdo dos relojeros…). Por ejemplo, Albino, el relojero que está construyendo el reloj para el padre de Copa, pertenece a la escuela de las clepsidra «de flujo interior». Esto quiere decir que sus dispositivos miden el tiempo en función de la cantidad de agua que pasa a un recipiente. Este es el aspecto que diferencia los relojes construidos por Albino de lo que él denomina «torpe pseudomecánica», que son los relojes basados en el sistema de flujo exterior, que miden el tiempo en función de la cantidad que agua que sale de un recipiente. En realidad, ambos sistemas tienen ventajas e inconvenientes a la hora de mostrar el tiempo y ambos tipos de relojes son utilizados por igual, si es que se utilizan. La mayor parte de la gente considera que mirar el sol entrecerrando los ojos y llegar a un acuerdo sobre los tiempos funciona perfectamente.

Esta es una de la razones por las que los relojes de agua son inusuales. No tiene mucho sentido ser la única persona de todo el vecindario que conoce la hora exacta que es. Sin embargo, un reloj de agua no es simplemente un artilugio para medir el tiempo. El trabajo y los conocimientos de

mecánica necesarios para construirlo suponen que el propietario de un reloj de estas características es un caballero de prestigio entre los de su clase, motivo por el cual puede permitirse un lujo tan exquisito. Significa, por ejemplo, que estar en posesión del reloj definitivo permitirá al padre de Copa convertirse en árbitro de quienes, en su grupo de pelota, lleguen tarde o pronto a la convocatoria de la tarde. Son estas necesidades particulares las que hacen que la construcción de cada reloj de agua implique consultas concretas entre Albino y su cliente para conocer el propósito exacto del reloj y, en consecuencia, el tipo de campanillas o silbatos —literalmente— que debe llevar integrados.

> Una buena cena había sido anunciada… Uno de los siervos de Agamenón se acercó mientras permanecíamos de pie dubitativos, y dijo: «¿No sabéis de quién es ahora esta casa? De Trimalción, un hombre muy rico, que tiene un reloj en el comedor y un trompetista uniformado que le dice cuánta vida ha perdido».
>
> PETRONIO, *Satiricón, 26*

Copa está casi decidida a regalar a su padre un reloj de esfera. Este artilugio tiene el tamaño de un armario y muestra la hora en un cilindro central. Todos los días, al amanecer, el reloj suena suavemente, recordando a su propietario que debe girar la rueda mediante una muesca en la base. Hay 366 agujeros taladrados en torno al borde de la esfera, cada uno ligeramente más pequeño que el siguiente. Girar la rueda en sentido horario desde pleno invierno hasta pleno verano permite que pase menos agua al tambor medidor y, en consecuencia, cada hora tarda más en completarse. Si se gira la rueda en sentido antihorario, el agua pasará a borbotones al medidor, haciendo que, en pleno invierno, las cortas horas de luz diaria pasen en nada de tiempo. Ese es el uso de 183 de los agujeros. Los agujeros correspondientes en el otro lado de

la rueda miden las horas nocturnas y, aunque pueden ser mucho más grandes o pequeños que los agujeros opuestos, el diámetro combinado de ambos agujeros es siempre el mismo.

Aparte de un reloj de esfera, otra opción contemplada por Copa y Albino ha sido el reloj de cono. Este modelo se utiliza para los relojes municipales, pues su escaso mantenimiento es más importante en este caso que la cantidad de espacio que ocupa la máquina. Un cono colocado en un depósito de gran tamaño supone que hace falta mucho agua para llenar una medida en un día de invierno, pero en los tórridos días de verano, cuando el nivel del agua ha alcanzado la base del cono, este ocupa la mayor parte del tanque y un mísero goteo mide el lento paso de las horas.

Otra solución para la variable longitud de las horas en Roma es la descrita por el escritor Vitruvio en su De Architectura, escrita casi un siglo antes.

> *En el interior, detrás de la esfera, coloca un depósito que tenga un agujero en el fondo y deja que el agua baje hasta él por un caño. Sujeto a él hay un tambor de bronce con una abertura a través de la cual el agua fluye a su interior desde el depósito. El tambor encierra en su interior otro más pequeño, estando los dos perfectamente engranados, de tal modo que el tambor más pequeño gira dentro del más grande, pegado a este pero suavemente, como una espita.*
>
> *Por tanto, cuando el sol está en Capricornio, la lengüeta del tambor más pequeño toca cada día una de las muescas de Capricornio en el reborde del tambor más grande y es perpendicular a la fuerte presión del caudal de agua. De modo que el agua es conducida rápidamente a través del orificio en el borde hasta el interior de la vasija que, al recibirla y llenarse rápidamente, acorta y disminuye la*

longitud de los días y las horas. Pero cuando, debido a la rotación diaria del tambor más pequeño, su lengüeta alcance las muescas de Acuario, el orificio dejará de ser perpendicular y el agua abandonará su flujo vigoroso y discurrirá con caudal más lento. Así, cuanto menor es la velocidad a la que la vasija recibe el agua, más aumenta la longitud de las horas del día.

Luego está el siguiente reloj, que es más parecido a los relojes de los milenios que están por llegar.

> *Un flujo regular de agua a través del orificio eleva un recipiente invertido, llamado por los mecánicos «corcho» o «tambor». A este van sujetos una regla y un tambor giratorio, engranados ambos mediante dientes a intervalos regulares. Estos dientes, al actuar unos sobre otros, inducen una rotación y un movimiento medidos. Otras reglas y otros tambores, también dentados de forma similar y sujetos a la misma clase de movimiento, dan lugar, al rotar, a varios tipos de movimientos, en virtud de los cuales se mueven figurillas, giran conos, caen bolitas o huevos, suenan trompetas y tienen lugar otros efectos temporales. En estos relojes las horas se indican sobre una columna o pilastra y una figura que emerge de la base las señala con una varilla a lo largo de todo el día.*
>
> VITRUVIO, *De Architectura, 9.8.6-13*

Albino no posee un taller muy grande, como puede tener el cantero o el constructor. Mientras estos otros artesanos tienen un negocio a gran escala, para Albino es inusual trabajar en la construcción de más de dos relojes a la vez. Generalmente, uno de ellos es un modelo más costoso —en este caso, un reloj portátil pequeño pero de gran precisión, con el que un médico podría tomar el pulso a un paciente— y el otro es un dispositivo más basto. Este último modelo está realizándolo un aprendiz de Albino —un hombre libre emprendedor de Asia Menor al que Albino tiene intención de vender el negocio cuando vaya a retirarse. Están construyendo este reloj tanto para que el aprendiz practique como para sacar un beneficio.

El taller de Albino es un espacio despejado del jardín, ocupado ahora por una esfera solar con las marcas realizadas

según los estándares más exactos. Aquí, un esclavo tiene la labor de permanecer de pie junto a un reloj de agua recién terminado y en funcionamiento y de marcar cuidadosamente la hora en el cilindro del reloj para asegurarse de que la esfera solar y el reloj de agua coinciden de manera exacta.

En ocasiones es necesario recalibrar un reloj. Por ejemplo, si el propietario se traslada a un lugar bastante distante hacia el norte o hacia el sur —pongamos a Galia o a Sicilia— entonces la longitud de las horas del día y de la noche variará con respecto a las horas en Roma y el caudal de agua deberá ser cuidadosamente ajustado para adaptarse a las condiciones locales. Albino envidia a sus contemporáneos que viven en el ecuador —de haber alguno—, ya que para ellos cada día y cada noche tiene una duración exacta de doce horas, sin fluctuaciones. ¡Qué trabajo más sencillo debe ser medir el tiempo en esos lugares!

Un viajero romano con un reloj solar se encontraría con que la sombra que en Roma medía ocho novenos de la longitud del gnomon (la punta que arroja la sombra) medía en cambio en Atenas tres cuartos de su longitud y en Alejandría solo tres quintos de esa longitud.

El relojero intenta convencer a Copa de que debería comprar también a su padre un elaborado dispositivo que mueve una aguja a través de un mapa de las constelaciones, de manera que realiza un seguimiento de las estaciones mediante un meticuloso uso de engranajes y palancas. Sin embargo, la astuta mesonera no desea nada de eso. Esos artilugios son útiles para astrónomos, ella admite, pero estas personas también insisten en el día de veinticuatro horas, pero con horas de longitud fija para así poder estandarizar sus mediciones. Sin embargo, lo que quiere Copa es un reloj normal para su padre, que lo utilizará para fines prácticos. Si quiere saber en qué estación está, Copa no tiene más que

mirar el cielo de noche o el estado de las hojas del plátano de su patio.

No obstante, la asalta un pensamiento. Dejando a un lado complejas maquinarias, quiere que la esfera del reloj, le dice a Albino, impresione a los ancianos del grupo de su padre. Ya se encargará ella de recordar al esclavo de su padre que adelante la manecilla un poco cada semana.

«¿Qué importa en qué parte del gran teatro se siente, cuando apenas puede oír los cuernos y las trompetas cuando suenan todos a la vez? Incluso el esclavo que le dice la hora del día tiene que gritarle al oído para que le oiga».

JUVENAL, *Sátiras, 10.225*

Sin darse cuenta, Copa ha identificado un importante motivo por el que los romanos nunca se convertirán en una cultura plenamente mecanizada. Los romanos tienen tanta mano de obra barata disponible que no existe un incentivo real para inventar máquinas que hagan el trabajo, ni razón para utilizar esas máquinas en caso de ser inventadas. (En una ocasión, alguien inventó una ingeniosa grúa que iba a reducir notablemente la mano de obra necesaria para construir el nuevo anfiteatro del emperador Vespasiano en el Coliseo. Vespasiano reconoció el trabajo del inventor, pero declinó el uso de su invento, diciendo: «Debes permitirme que dé trabajo a los pobres».)

Del mismo modo, algunos romanos acaudalados no confían en campanillas ni en silbatos accionados por medios mecánicos para marcar el paso de las horas. Es más sencillo y barato disponer de un muchacho esclavo encargado de mirar el reloj y de correr a decir a su señor qué hora es, con la ventaja, además, de que el mismo chaval puede barrer el suelo y servir las bebidas.



HORA VIII

(14.00-15.00)

El servidor atiende a los clientes en las termas

Esos baños, donde Vulcano resopla llamaradas en la brillante fragua… y los bañistas, aunque exhaustos por el intenso calor, desdeñan las piscinas y los baños fríos por inmersión.

AUSONIO, *Mosella, 337*

En los viejos tiempos de la República, si un romano quería lavarse no tenía más opción que sumergirse en las aguas (en ocasiones heladas) del balneum local. Se trata, a menudo, de una rudimentaria casa de baños, que todavía puede encontrarse cerca de los edificios de viviendas en los que habitan la mayoría de los habitantes de Roma. (Las aguas de desagüe de los baños lavan las letrinas construidas en otra parte del mismo edificio). Sin embargo, en estos tiempos más decadentes, los emperadores han descubierto que pueden ganar popularidad si amplían estas tinas de piedra y las convierten en espaciosas «casas de baños». Las llaman thermae y no solo albergan instalaciones de todo tipo para la higiene personal, sino también para otras actividades, como gimnasio, biblioteca e incluso tabernas donde se venden comida y bebida. Los urbanitas acuden a estos lugares no solo para lavarse, sino también para socializar y cerrar negocios, o para hacer ejercicio, para darse un masaje o para afeitarse. Es una manera perfecta de relajarse al final de una dura jornada de trabajo.

«Vine, vi y me bañé»

Los baños públicos son un elemento básico de la civilización romana. Cuando las legiones llevan establecidas en un mismo lugar más de un año, una de las primeras cosas que construyen es un complejo termal. A menudo esta construcción se convierte en el núcleo en torno al cual va edificándose una nueva ciudad. Por ello vemos edificios termales en las fronteras del imperio, como por ejemplo en Aquincum, a orillas del Danubio, en Panonia, y en Aquae Sulis, en Britania, una localidad tan famosa por este aspecto que más tarde será conocida simplemente por el nombre de «Bath».

Así pues, si toda localidad romana cuenta con unos baños públicos, la propia Roma tiene una buena dotación de las mismas. Dado que existen casi 500 establecimientos de baños y casi el doble de templos y santuarios, podríamos decir que, para el romano medio, la limpieza ocupa el segundo lugar después de la devoción. Puede tratarse de un extenso complejo del tamaño de un edificio o de una simple serie de estancias en la trasera de un edificio estándar de viviendas (estos se denominan *balena*, mientras que los baños principales se conocen como *thermae*). De modo que siempre hay un establecimiento de baños cerca y no hay excusa que valga para no estar limpio y bienoliente.

El servidor de los baños o «bañero» trabaja en los Baños de Nerón, en el Campo de Marte, al oeste del Foro y a la sombra de la poderosa cúpula del Panteón de Roma. Tal y como señaló en una ocasión el poeta Marcial extáticamente: «¿Qué podría ser peor que Nerón, o mejor que sus baños?».[10] De hecho, los baños de Nerón son una de las mejores expresiones de la sensual decadencia del emperador tirano. El granito rojo y el mármol blanco constituyen el esquema de color básico y

frescos de temática erótica recorren las paredes (y ruedan y se retuercen), delatando el tono general del lugar. «El exceso es el mejor de los sabores posibles» era el lema de Nerón, y en estos baños toma forma concreta.



Interior de casa de baños, en Pompeya.

Este día de septiembre, el servidor de los baños calcula que entre dos y cinco mil clientes pasarán por sus puertas, donde serán recibidos por una fuente con una enorme pila de más de seis metros de diámetro, tallada en su totalidad a partir de un solo bloque de granito rojo. Es aún demasiado pronto para que los que entran puedan tomar aguas. Se está procediendo a lavar y limpiar los baños después de su uso de la mañana y, en el sótano, esclavos sudorosos alimentan las calderas que luego aumentarán de nuevo la temperatura en el caldarium hasta casi abrasar. El caldarium es el más caliente de los baños y, dado que lleva varios días conseguir una temperatura tan elevada desde un punto inicial frío, no se suele dejar que los fuegos se apaguen del todo.

Hay cuatro salas de descanso y guardarropía a cada lado del caldarium. Aquí, los clientes pueden recuperarse antes de bajar la temperatura de su sangre por debajo del punto de ebullición mediante una inmersión en las aguas del frigidarium, cuyo nombre lo dice todo. Los que prefieren evitar los extremos, pueden relajarse en las aguas a temperaturas más suaves del tepidarium, que en muchos baños no es ni tan siquiera una piscina, sino solo una sala de

ambiente cálido. En los Baños de Nerón, unos 1.500 metros cuadrados del complejo están destinados al caldarium, al tepidarium y al frigidarium, contando cada área con su propio y elegante patio de columnas.

> En los baños, él [el emperador Adriano]dio esclavos y dinero a un soldado veterano que conocía, porque vio que el hombre se frotaba la espalda y otras partes del cuerpo contra la pared de mármol. Cuando le preguntó qué le ocurría, el soldado le respondió que no podía permitirse tener un esclavo que le masajeara y rascara la piel. Al día siguiente, había varios hombres restregando su cuerpo contra la pared e intentando atraer la atención del emperador. Llamó a esos hombres para que se reunieran frente a él y les dijo: «¡Hagan parejas!».
>
> ELIO ESPARCIANO, *Vida de Adriano, 16*

El servidor dirige una mirada suspicaz al patio de columnas del caldarium, porque en los bulliciosos baños atestados de gente no en insólito que individuos de mano larga rebusquen rápidamente entre las posesiones de quienes están tomando las aguas, buscando cualquier cosa que puedan ocultar en un momento en un pliegue de la toalla. Por la misma razón, si bien no se permite que los esclavos utilicen los baños, muchos clientes se hacen acompañar por sus asistentes, para que vigilen sus posesiones y para que les froten y rasquen la piel. Los romanos no utilizan jabón, pero en lugar de ello se untan el cuerpo con aceites aromáticos y después se rascan la piel con un estrígilo curvado de metal —o con la pared más próxima si no disponen de un esclavo. Los romanos son siempre romanos: incluso en este entorno encuentran ocasión para alardear.

> Nos desvestimos rápidamente, fuimos a los baños calientes y, después de sudar, pasamos al baño frío. Allí nos encontramos de nuevo con Trimalción, su piel brillante por

el aceite perfumado. No le frotaban con lino ordinario, sino con paños de la más pura y suave lana.

PETRONIO, *El Satiricón*

Aparte de evitar que los esclavos ensucien el agua, el bañero debe vigilar a los menores de edad que frecuentan los baños. No se permite la entrada a los niños, pues corren el riesgo de ahogarse y de ser objeto de la indeseada atención de adultos. El «escandaloso individuo que frecuenta los baños, exponiendo las axilas para ser depiladas y solo con un frasco de aceite para esconder su desnudez»[11], podría dejar huella en una joven psique. Debido a la cuestión de la desnudez, las instalaciones para el baño suelen abrirse a hombres y a mujeres en diferentes momentos del día, de tal modo que las mujeres suelen acudir por la mañana y al atardecer. Juvenal ofrece un ejemplo de una noble dama que disfruta de los baños a última hora:

Ella frecuenta los baños de noche; no es hasta que oscurece cuando ordena sus frascos de aceite y deja su casa para dirigirse hacia allí. Adora todo el ajetreo del baño caliente; cuando sus brazos caen exhaustos tras el uso de las pesas, el masajista pasa su mano hábilmente sobre su cuerpo, llevándola hacia abajo al fin con una sonora palmada sobre su muslo.

JUVENAL, *Sátiras, 6*

Algunas casas de baños intentan recibir a las mujeres a media tarde, disponiendo de instalaciones específicas construidas a un lado del edificio principal. Sin embargo, ni tan siquiera se acercan a la opulencia de este último, y carecen de muchos de sus servicios. Por consiguiente, las damas de cierta disposición decadente prefieren retrasar el placer del baño hasta última hora de la tarde, cuando pueden disfrutar de todas las sibaritas comodidades del edificio principal.

Aunque permanezcan abiertos hasta tarde, oficialmente los baños abren para los hombres a la hora octava (2 p.m.), si bien algunos clientes que han llegado temprano están ya en las instalaciones, utilizando el área de gimnasia o palestra, situada en el ala este y con hermosos arcos. Sin necesidad de volver la cabeza, el servidor puede oír el golpeteo rítmico del balón de cuero que los jugadores se pasan rápidamente de mano en mano, en un juego en cierto modo parecido al balonmano. Se escuchan también los golpes más rotundos de alguien que está midiendo sus fuerzas con un saco de lucha colgado del techo. Las reglas básicas —y prácticamente las únicas— de la lucha romana son «no golpear por debajo de la cintura ni arrancar los globos oculares de sus órbitas», así que, para evitar innecesarios males mayores, los servidores de los baños prefieren emparejar a los posibles luchadores con estos sacos y evitar que luchen entre ellos. El servidor también tiene el oído atento a un individuo con cierto sobrepeso que está haciendo ejercicio con un juego de pesas de plomo, quizá excesivas para él. El hombre toma aire como un caballo jadeante mientras levanta las pesas y resopla con un curioso silbido cuando suelta el peso.

La cacofonía del lugar aparece amargamente resumida por el filósofo Séneca, que confiesa tener que renunciar a filosofar a primera hora de la tarde.

> *Vivo rodeado de todo tipo de ruidos porque mi casa se encuentra encima de unos baños. Evocan en tu cabeza todos los sonidos, hasta tal punto que llegas a odiar tus propios oídos.*
>
> *Están los atletas que resoplan al hacer ejercicio, cargando por ahí esas pesadas pesas. Trabajan duro —o eso es lo que pretenden que parezca. Escucho su agudo silbido cuando liberan el aliento contenido. Incluso si hay un compañero perezoso recibiendo un simple masaje, se puede distinguir por*

el sonido de la palmada sobre el hombro si la mano está golpeando un área plana o cóncava.

Si un jugador de pelota llega y comienza a cantar la puntuación, entonces ya es el fin. Añadamos a esto el alboroto de algún camorrista, del ladrón cazado en el acto de robar y del patán al que le gusta el sonido de su propia voz cuando canta en el baño. Y, por supuesto, están los que se zambullen en la piscina con gran fragor de agua.

Aparte de los charlatanes por naturaleza, imagina al depilador de axilas, cuyos gritos son estridentes para llamar la atención de la gente. Nunca para, salvo cuando está haciendo su trabajo, y entonces es otro el que grita por él. Y añadamos también las voces entremezcladas de los vendedores de bebidas y de salchichas, del pastelero y de otros vendedores de comida caliente, cada uno de los cuales ofrece su producto con su grito particular.

SÉNECA, *Carta, 56.1ff*

Como sus colegas, el servidor de los baños recibe un pequeño estipendio, que es una fracción de la modesta tarifa de entrada que se cobra a los clientes a su llegada (la entrada suele costar el doble a las mujeres, y de esta forma los guardianes de la moral pública pretenden que las mujeres se queden en casa). Sin embargo, gran parte de los ingresos de los bañeros procede de propinas por realizar servicios menores para los clientes —rascarles la piel después de ungirla con aceite, vigilar sus pertenencias (y, según escandalosos rumores, realizar servicios más íntimos en el caso de las mujeres). Por consiguiente, el servidor contempla con indignación las ridiculeces de aduladores como Menógenes:

Por muy ingenioso que sea el truco que intentes, nunca podrás escapar de Menógenes en los baños, ya sean calientes o

fríos. Cuando juguéis a la pelota, él la atrapará con manos entusiastas, de tal manera que una y otra vez le deberás que haya salvado el punto. Cuando pierdas el balón jugando, él lo sacará de la suciedad por ti, aunque esté en zapatillas y acabe de bañarse.

Si llevas tu propia toalla, él proclamará que es más blanca que la nieve, aunque esté más sucia que el babero de un niño. Cuando te pases el marfil dentado sobre tu cuero cabelludo desnudo, él declarará que te has sabido peinar como Aquiles. Te llevará la última copa de la jarra de vino y secará el sudor de tu frente. Él lo aprecia todo, lo admira todo, aguanta pacientemente el sufrimiento, hasta que finalmente tienes que preguntarle «¿Me acompañarás a cenar?».

MARCIAL, *Epigramas, 82*

Las cenas son un importante componente de la vida social romana. Quién cenará con quién, dónde y qué platos es lo que se chismorrea en los baños, entre otras cosas, cuando Roma se prepara para la comida más importante del día. Incluso el servidor está haciendo sus propios planes de cena para la noche mientras se pasea por las instalaciones, ordenándolo un poco todo por detrás de la marea de salida de visitantes.

Dasio sí que sabe cómo contar bañistas. Reclamó a Espátala, esa dama de pechos plenos, los dineros de la entrada de tres; y ella se los dio.

MARCIAL, *Epigramas, 51,1*

Las mejores tres termas de Roma

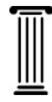
(a fecha de 123 d. C.)

1. Termas de Trajano

Espléndidamente nuevas (terminadas el año 109 d. C.) y diseñadas por el reconocido arquitecto Apolodoro de

Damasco. Estos baños públicos se encuentran en el monte Opiano, de modo que tienen una ubicación muy céntrica y cómoda. Además, hacen buen uso de un lugar ocupado antes por los restos semiderruidos de lo que fuera el Palacio Dorado de Nerón.

Hay casi setenta mil metros cuadrados de bondades de baños, distribuidas entre piscinas que contienen en torno a ocho millones de litros de agua. Con frescos, mosaicos y magníficas estatuas, estos baños son todo cuanto necesitas para revitalizar cuerpo y alma.



2. Termas de Nerón

En veintidós mil metros cuadrados, estos baños son pequeños en comparación con el estupendo complejo de Trajano. Sin embargo, para el aficionado a las termas, las Termas de Nerón tienen un encanto muy especial.

Están situadas cerca de las Termas de Agripa, que evidentemente pretendían eclipsar (y lo consiguieron), y funcionan abastecidas por las famosas aguas dulces y puras del manantial acertadamente llamado Aqua Virgo. Sin embargo, no hay nada de virginal en los frescos eróticos ni en las decoraciones de las salas interiores, que revelan el ostentoso estilo de Nerón en el cénit de su decadente gusto.

Los romanos que planeen una velada romántica con una *amoratrix* pueden visitar antes los baños de Nerón como preparación amatoria.



3. Termas de Agripa

Este fue uno de los primeros grandes complejos termales de la ciudad, construido por Agripa, colaborador de Augusto, para mejorar la calidad de vida en Roma (y, claro está, para mejorar el apoyo popular a Augusto y las opciones de permanecer en el poder). Volviendo al tema de las aguas, los baños se encuentran en el Campo de Marte, junto a la Basílica de Neptuno.

Los baños acusaban ya el paso de los años (habían sido construidos cerca de un siglo antes, en 27 a. C.) cuando un incendio arrasó el complejo termal. Al igual que otra construcción con la firma de Agripa —el templo del Panteón— le tocaría al emperador Adriano «restaurar» la edificación hasta alcanzar una magnificencia mucho mayor que la del edificio original.



HORA IX

(15.00-16.00)

La anfitriona organiza una velada

La hora novena lleva a la gente a deshacer los divanes dispuestos con cojines.

MARCIAL, *Sátiras, 4.8.5.*

Roma es un mundo de hombres. Tomemos como ejemplo a Marco Aulo Manido, acaudalado, bien relacionado y con prestigio en el negocio de importación-exportación. Tiene más de cincuenta esclavos y posee un almacén en los muelles del Aventino valorado en cientos de miles de denarios. Como paterfamilias —cabeza de familia— tiene potestad de vida y muerte sobre sus dos hijas. Si su mujer le da otro hijo, ella depositará al bebé sobre el suelo ante él y, si Marco lo levanta, el bebé será aceptado en el seno de la familia. Si decide no hacerlo, el pequeño será abandonado en la calle, para que sea recogido por cualquier transeúnte que, por una u otra razón, quiera criar a un niño.

Estos son los terribles poderes conferidos a la persona de Marco Aulo Manido. En este momento, sin embargo, el cabeza de los Manido está ocupado tomando notas.

«Asegúrate de que el horrible Fufido no se sienta en el mejor diván, como hizo la última vez. No sé por qué has invitado a ese tipo. No para de hablar de filosofía, no se baña lo suficiente y seguro que mira con desdén a los gladiadores».

Marco levanta la mano como un colegial. «Mmm…», murmura, pero su esposa prosigue.

«Además, recuerda que esos divanes tienen telas nuevas de seda en los cojines. Cuestan una fortuna, así que asegúrate de que nadie derrama salsa sobre ellos. La lana habría servido,

pero Elia tiene cojines de seda en su triclinium, de modo que supuse que todos deberíamos tenerlos iguales o parecería que nos quedamos atrás. ¡Maldita mujer! Además… ¡Tú, Seluca! ¡Ven aquí!».

La esclava, que trataba de pasar por la puerta sin ser vista, se acerca con cautela.

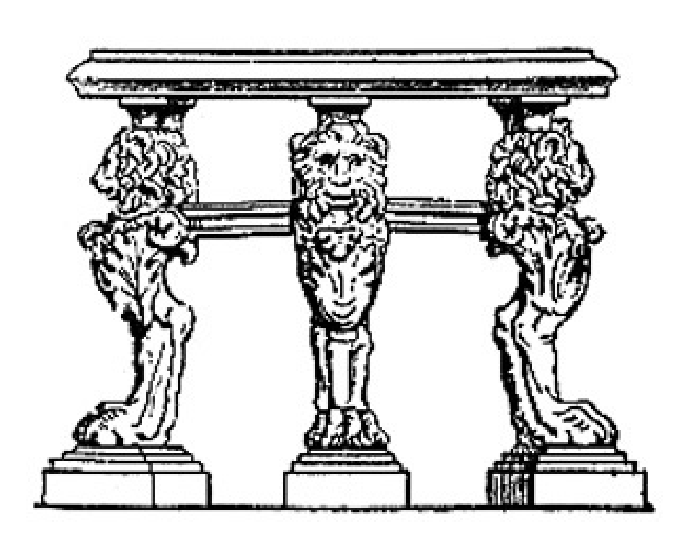
«¿Se sabe algo del cocinero? Te dije que me avisaras tan pronto como llegara».

La esclava parece azarada.

«No sabemos nada de él aún, señora. Preguntaré de nuevo al guardián de la puerta, señora».

«Hazlo. ¡Marco! Vuelve. No hemos terminado aún».

Marco suspira y se reúne de nuevo con su esposa. No ha sido idea suya celebrar una cena. En lo que a él respecta, la mejor manera de hacer negocios es ante varias jarras de vino de la mejor calidad en sus locales junto a los muelles, y con comida de la taberna local. Después, sus socios y él pueden dar una vuelta por los almacenes, inspeccionar en persona la mercancía y comentar cuestiones con el personal conocedor de lo que les ocupa. Sin embargo, Licinia, su compañera y perfecto complemento, tiene ideas muy claras sobre las funciones sociales «apropiadas para un hombre de su posición» y está decidida a que su marido se entregue a estas funciones, aunque ello le cueste la vida.



Aparador romano.

(Y podría llegar a ser así, literalmente. Marco tiene digestiones delicadas y no le convienen en absoluto los pesados y grasientos platos y las elaboradas y especiadas salsas que son la base de las cenas romanas. Se estremece todavía cuando recuerda una ocasión reciente en la que evitó cuidadosamente la lamprea en salsa garum, la carne empanada y los pasteles de miel y vino. A pesar de ello, le sentó mal una remolacha y se pasó los tres días siguientes acampado en las letrinas locales).

Todo el mundo habla de lo bien que hizo Marco en casarse con Licinia, cuyo padre obvia las vagas murmuraciones sobre su relación con el clan aristocrático de Licinio de Roma. Marco lo ha comprobado: existe una relación, seguro, pero nada de lo que presumir. Varias generaciones atrás, el tatarabuelo de Licinia fue esclavo en la casa de Licinio Lúculo. Cuando fue liberado, el esclavo hizo lo que todos los libertos hacen y adoptó el gentilitum de su señor, convirtiéndose así en Licinio. Como muchos otros ambiciosos hombres libres que han tenido un patrón adinerado y bien relacionado, el recién liberado Licinio hizo fortuna por sí mismo, y también sus descendientes.

Licinia no sabe que Marco conoce lo que ella considera una vergonzosa historia familiar y le indignaría descubrir que a Marco, en realidad, no le importa. Después de todo, el poeta Horacio era hijo de un esclavo liberado y fue amigo y confidente del emperador Augusto. Incluso el gran Catón el Estoico descendía de una esclava llamada Salonia. La esclavitud es una desgracia que puede recaer en cualquiera y no hay razón, ciertamente, para mirar mal a los descendientes de un hombre así. De igual manera se podría despreciar a un hombre por tener malas digestiones, aunque en verdad hay que decir que Licinia desprecia este aspecto de Marco.

Conocer el motivo por el cual su esposa se esfuerza tanto en lo referente a sus pretensiones sociales ayuda a Marco a aguantar la detallada planificación que antecede cada cena y cada velada de la pareja. Esta vez, Licinia ha decidido que su cocinero habitual no es lo suficientemente bueno para la ocasión y Marco ha de resignarse a comer los platos preparados por un cocinero ajeno a la casa familiar. El chef externo está respaldado por las recomendaciones del círculo social de Licinia y ello ha tenido más peso que las preferencias de Marco por un profesional que él mismo ha preparado concienzudamente para evitar los alimentos que le producen terribles ataques de indigestión o incluso lamentables brotes de flatulencia.

«…la señal para retirar el primer plato. No quiero que se atiborren a entrantes y después no les quede sitio para el plato principal, después de todo el esfuerzo que he hecho para conseguir a este cocinero para la ocasión. ¡Marco! ¿Me estás escuchando?».

La cuestión es que, aunque a Marco le gusten tan poco, estas veladas son parte esencial de la vida en Roma. La celebración de cenas es la manera que tienen los romanos de cierta condición social de valorar la solvencia de unos y de otros, la categoría de sus amistades y contactos y —una

preocupación reciente de Licinia— las oportunidades matrimoniales de sus hijos. También es la manera de conocer las últimas habladurías. No se trata de simples chismorreos de sociedad, sino de la manera de enterarse, en una era sin prensa escrita, de la apertura de un nuevo mercado en Arabia o del naufragio de unas naves mercantes en el océano Índico como consecuencia de una tempestad. Estas cosas tienen un efecto real sobre los precios y las decisiones en los negocios, de modo que merece la pena correr el riesgo de sufrir las perversas consecuencias de comer lirón asado con miel.



DAMA ROMANA CON ELABORADO PEINADO.

Es una lástima que Licinia no pueda asistir a la comida o, mejor aún, que no pueda asistir ella en lugar de Marco. En Roma, las mujeres pueden acudir a las cenas, y de hecho lo hacen, pero Licinia insiste en que no es de esa clase de mujeres, como si una materfamilias romana que asiste a una cena fuera motivo del mismo escándalo que las mujeres licenciosas que asistían a los banquetes de la Atenas de Péricles. Por supuesto, si asistiera a la comida, Licinia se sentaría debidamente en una silla, en lugar de reclinada junto a otros tres o cuatro comensales en un diván, como los demás comensales masculinos. Sin embargo, el hecho es que la mayoría de las cenas son eventos estrictamente segregados por sexo y Licinia no piensa en la posibilidad de asistir a una cena de Marco más de lo que contempla Marco la posibilidad de

colarse en una de las reuniones matutinas que organiza Licinia con las otras esposas en su salón.

> Quinto dijo con la mayor delicadeza de la que era capaz: «Pomponia, ¿puedes pedir a las damas que entren [a comer]? Yo invitaré a los hombres».
>
> Nada, pensé, podía resultar más educado, no solo en cuanto a las palabras reales, sino también en cuanto a su intención y expresión. Pero ella, delante de todos nosotros, exclamó: «¿Yo? ¡Yo no soy más que una extraña, aquí!».
>
> El origen de ese arrebato fue, pienso, el hecho de que Estacio se había adelantado para encargarse de los preparativos de la comida. [Dejando así a Pomponia al margen de la tarea de la que una materfamilias espera encargarse].
>
> Tras lo cual, Quinto me dijo: «Ya ves, esto es lo que tengo que aguantar todos los días».
>
> Podrías decir: «Bueno, ¿Qué importancia tiene eso?».
>
> Realmente, tiene mucha importancia. Me ha molestado incluso la innecesaria vehemencia de su contestación, por no hablar de cómo le miraba cuando se la dio. Aun así, oculté mi enfado cuando ocupamos nuestros asientos en la mesa —para la comida a la que, por cierto, ella no asistió. Quinto le hizo llegar los platos a su habitación, pero ella los devolvió.
>
> En resumen, me parece que nadie habría podido mostrarse más atento que mi hermano ni más desagradable que tu hermana.
>
> CICERÓN A ÁTICO [HERMANO DE POMPONIA], *Cartas, 5.1*

Licinia asiste a las cenas en calidad de representada, habiendo asesorado previamente a Marco con todo detalle sobre lo que decir y a quién decírselo. Luego, durante la velada, Licinia dejará un momento en paz al cocinero para

interrogar a la servidumbre sobre cómo está siendo recibido cada plato, el ambiente general de la reunión y lo temas específicos que se están tratando. Hubo un tiempo en que Licinia solía también utilizar a los sirvientes para hacer llegar a Marco, durante la cena, instrucciones y directrices, hasta que su amable esposo se había visto obligado a plantarse y hacerle saber que todo eso le ridiculizaba ante los comensales.

«… asegúrate de que se sirve solo a la gente del diván superior. El vino Mamertino estará bien para los demás. ¿O crees que deberíamos servir a los que ocupan en los divanes inferiores lo que queda de ese vino griego que recibimos como regalo de uno de tus clientes? Si el resto de tus clientes fueran al menos tan agradecidos…»

Marco es vagamente consciente de que su esposa está comentando los vinos que se van a servir en la cena. Según ella —y muchas otras anfitrionas romanas—, el vino realmente bueno y caro debe reservarse solo para los invitados que se sientan en el diván destinado para los invitados de honor. Él toma nota mental, para después revocar las órdenes de su esposa a los sirvientes, tranquila pero firmemente, y asegurarse de que a todo el mundo se le sirve un Másico de calidad. Algunos de los que ocupan los divanes inferiores son hombres jóvenes y prometedores y es posible que paguen el insulto con intereses cuando tengan ocasión.

> Cina, el tamaño de las copas de las que yo bebo, y el tamaño de aquellas de las que bebes tú, están en la proporción de siete a once. Y aun así te quejas de que te sirven vino inferior.
>
> Marcial, *Epigramas, 12.28*

Un comedor romano suele tener tres divanes (de donde viene el nombre de triclinio). Los invitados se recuestan, debidamente apoyados sobre un codo, tres o cuatro en un mismo diván, y van tomando los alimentos de la mesa en

torno a la cual están dispuestos los tres divanes. Generalmente, al acabar un plato, los sirvientes simplemente se llevan la mesa entera por el lado libre y traen otra ya preparada con los platos siguientes. Una cena suele ser una magnífica ocasión para que el anfitrión haga muestra de su riqueza, su buen gusto y sus poderosos contactos, de modo que se esforzará por que la comida sea la mejor que él —o más bien su esposa— puede conseguir y que los comensales sean la gente más influyente con la que se puede contar.

El otro día ocurrió que estaba cenando con alguien a quien no conocía especialmente bien. Este tipo (según su propia opinión) hace cosas de manera económica, pero con estilo. Por lo que puedo ver, combina la peor mezquindad con la mayor extravagancia.

Me sirvieron platos elegantes y algunos privilegiados, mientras a los demás les servían comida barata y sobras. Había también tres tipos de vino en vasijas pequeñas —no para dar a elegir a los invitados, sino para quitarles totalmente la posibilidad de elegir. Había un vino para nosotros y nuestro anfitrión y otros vinos para sus menos amigos y conocidos (según parece clasificaba a sus amigos por grados de amistad).

PLINIO EL JOVEN, *Cartas, 19*

Entre los aristócratas romanos, se considera de mala educación hablar de negocios o de política mientras se cena. En lugar de ello, las charlas deben versar sobre temas abstractos como crítica poética, demostraciones de erudición en las que se comenta la etimología de insólitos verbos latinos y sobre filosofía, todo ello en forma de debate educado pero agudo. En los tiempos en los que solía enviar a su esposo indicaciones durante la cena, Licinia intentaba constantemente dirigir la conversación de Marco en estas direcciones. Nunca funcionó, porque los comensales a los que

invitaba Marco no se habían sentado nunca a comer con aristócratas y no tenían intención de dejar pasar la ocasión de hablar de negocios.

Para gran disgusto de Licinia, que escucha a escondidas tras la puerta, la conversación suele abordar sin remedio temas como tipos de interés, legislación imperial, tasas provinciales y mercado de cereales. Cuando la conversación se sale de estos temas, suele ser para comentar las posibilidades de uno u otro equipo en las carreras de carros o las opciones de un renombrado gladiador en un próximo combate en la arena.

«…antes de que el músico que toca la flauta termine. Marco, creo que no estás escuchando ni una palabra de lo que estoy diciendo. ¿Qué ocurre, muchacha?».

La «muchacha» es la esclava, Seluca (que, a pesar de la desconsiderada forma que tiene de dirigirse a ella su señora, es en realidad diez años mayor que esta). Seluca traga saliva y después le comunica la noticia de que el guardián de la puerta asegura que el cocinero todavía no ha llegado. Decididamente el cocinero llega tarde y, dado que iba a llevar sus propios platos ya preparados, ahora no hay ni comida para la velada ni nadie que pueda prepararla. Licinia se arrepiente ahora amargamente de haber dado la tarde libre al cocinero de la casa.

No se puede más que enviar mensajes a los invitados pidiéndoles que retrasen su llegada una hora, mientras el resto de sirvientes disponibles en la casa peinan toda el área en torno a la vivienda del «chef» con la orden de encontrar al cocinero perdido y de llevarlo a la casa familiar de Manido, por la fuerza si fuera necesario. Licinia dicta sus órdenes con desesperada calma. Puede que Marco sea el anfitrión, pero el éxito de la planificación y de la ejecución de una cena recae por completo sobre los hombros de la materfamilias a cargo de la casa familiar de Marco. Si la cena finalmente fracasa, como parece estar amenazando, Licinia tendrá que aguantar

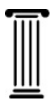
las burlas de sus amigas en las próximas semanas.

Licinia fulmina con la mirada a su marido. «Es culpa tuya…».

[Los romanos llevaban su propia servilleta a las cenas. Pero no siempre volvían con ella.]

Hermógenes, me parece, es un gran ladrón
de servilletas, como Masa de dinero.
Aunque vigiles su mano derecha, y le sujetes la izquierda,
encontrará el modo de robarte la servilleta.
…
Cuando finalmente, sabiendo que sería robada,
nadie llevó servilleta,
Hermógenes robó la tela de la mesa.
…
Aunque haga un calor terrible en el teatro,
recogen el toldo cuando llega Hermógenes.
Los marineros, con prisa temblorosa, proceden a plegar sus velas
Si Hermógenes se deja ver por el puerto.
…
Hermógenes nunca ha llevado servilleta a una cena;
Hermógenes nunca ha abandonado una cena sin llevarse una.

MARCIAL, *Epigramas, 12.29*



HORA X

(16.00-17.00)

La lavandera acaba tarde su jornada

«Canto a las lavanderas y al búho, no a las armas ni al hombre».

Grafiti de Fullonica de Fabius Ululitremulus
(Pompeya Corpus Inscriptiones Latinarum, 4.9131)[12]

Todo el que esté buscando a Cecilio, el cocinero, como hacen en este momento los esclavos de la casa Manido, harán lo mismo, es decir, dejarán el local de Tais, la lavandera, como último lugar donde mirar. No es porque Cecilio no esté allí a menudo —Tais y él tienen entre manos un asunto romántico, de modo que, en verdad, el cocinero pasa mucho tiempo allí. Sin embargo, los olores del patio de la lavandera son tan penetrantes que los esclavos prefieren dedicar más tiempo a buscar en lugares que huelan mejor, donde probablemente Cecilio no estará, antes que detenerse en el apestoso establecimiento donde es más probable que esté.

Lo más triste es que, aparte de los patios de curtidores, no hay muchos lugares en Roma que huelan peor que una lavandería. Y los patios de curtidores quedan relegados por ley al distrito transtiberino, al oeste del Tíber. Sin embargo, dado que el trabajo de lavandera es un oficio especializado y ningún romano lava en casa su ropa, existe en la ciudad un servicio de lavandería abierto al público prácticamente cada dos manzanas de viviendas, de modo que en realidad no hay quien escape a sus olores.

La fullonica de Tais es un establecimiento típico dentro de su categoría. Es un edificio grande y abierto, diseñado para

atrapar cualquier corriente de aire y repartirla por todo el espacio interior. Tais, como cualquier lavandera, se preocupa porque sus trabajadores respiren aire limpio, por la sencilla razón de que, de lo contrario, podrían morir. Los agentes químicos utilizados aquí para limpiar la ropa son tan potentes como tóxicos. El esclavo que entra en este establecimiento buscando a Cecilio sabe lo que le espera, debido a la combinación de los dos olores que asaltan sus narices al llegar a la puerta: azufre y orina.

> La orina de los hombres alivia la gota, como demuestra el testimonio de lavanderas, quienes por tal razón declaran que nunca sufren de este mal.
>
> PLINIO, *Historia Natural, 28.18*

Los romanos creen que lavar la ropa en orina hace que los blancos queden más blancos y los colores más brillantes, y este mágico ingrediente elimina además las manchas resistentes. Y están en lo cierto. Sí, esta maravilla de producto, el pis humano, es el producto en el que toda materfamilias confía para la resplandeciente toga blanca de su esposo y para sus seductores y finos camisones teñidos. Ello se debe a que la orina contiene amoniaco, un componente especial que dos milenios más tarde se comercializará en forma de detergente en polvo. En esta era prequímica, la mejor manera de obtener amoniaco es a partir de esos dispensarios baratos y autoalimentados conocidos como vejigas humanas.

Lo que en realidad contiene la orina es urea y mucho nitrógeno. La lavandera la mezcla con un poco de tierra y la deja en un cántaro abierto durante una semana. Las bacterias de la tierra hacen su trabajo, descomponiendo los compuestos nitrogenados presentes en la orina (este nitrógeno es también el motivo por el que la orina puede emplearse como fertilizante) y produciendo amoniaco como subproducto. Otro derivado que se produce durante el proceso es una

miasma asfixiante que invade el ambiente y provoca náuseas instantáneas al incauto inexperto.

El amoniaco es necesario para lavar la ropa, porque la piel humana es rica en glándulas que producen una sustancia oleosa y cerosa llamada sebo. Esta sustancia protege la piel y la mantiene hidratada y, en un tórrido día de verano en Roma, sus componentes emulsionan el sudor convirtiéndolo en un lustre refrescante que recubre la piel, en lugar de deslizarse en forma de gotas. El problema del sebo es que se pega a la ropa, dando lugar a que las prendas queden grasientas y luego mugrientas, pues la grasa atrapa la suciedad. El agua normal no quita esta suciedad. Pero el agua con orina, añadida como ingrediente extra, utiliza el amoniaco para descomponer la grasa y permite conseguir así ropa limpia.

¡Pero espera! ¡Hay más! Los romanos dan color a sus prendas con tintes preparados con productos naturales, como semillas, hojas, líquenes, cortezas y bayas. Son tintes no permanentes. No solo se pierden con el lavado, sino también con el uso normal de la prenda, a no ser que se fijen a las fibras de la ropa mediante un agente químico conocido como «mordiente». Este se une a los cromóforos responsables del color del tinte, formando una especie de red protectora. Y los mejores mordientes en una sociedad preindustrial como la de la antigua Roma se encuentran —efectivamente— en la orina rancia.

Cuando el esclavo que busca al cocinero se encuentra con Tais, la mujer está revisando la cantidad de orina recolectada en el día. Se encuentra almacenada en grandes vasijas, que Tais coloca estratégicamente para ese propósito en esquinas de la calle, recovecos de callejones y cuartos traseros de algunas tabernas. Los romanos no tienen que gastarse ni una moneda cuando evacúan, porque de la financiación de ese acto se encarga Tais: desde mediados del siglo I, las

lavanderas tienen que pagar un impuesto por cada vasija que instalan para recoger ese regalo de la naturaleza.

> Cuando su hijo Tito mostró su desacuerdo porque Vespasiano había impuesto una tasa sobre las vasijas de las lavanderas, Vespasiano sostuvo una moneda del primer pago ante la nariz de su hijo. «¿Acaso huele mal?».
>
> SUETONIO, *Vida de Vespasiano, 23*[13]

Mientras se procede a almacenar las vasijas, otros esclavos drenan las piscinas del patio en las que se deja la ropa en remojo. Como ya se ha mencionado, los tintes que utilizan los romanos no son duraderos, de modo que se hacen necesarias una piscina para los verdes pálidos, otra para los verdes profundos, otra para los marrones y así sucesivamente. Las piscinas contienen una mezcla de agua, tinte diluido y orina tibia, y se vacían con regularidad para que no resulten demasiado fétidas. Durante la jornada de trabajo, las ropas depositadas por los clientes se dejan ahí en remojo. (Tais lleva un cuidadoso registro de quién deposita cada prenda, porque si existe una confusión o las prendas se pierden o estropean, han de ser reemplazadas o reparadas y ella debe correr con los gastos).

Hay tres factores por los que se identifica a la gente que trabaja en una lavandería. Una es atendiendo al olor acre que parece despedir por todos los poros de su piel la persona que trabaja en una lavandería y otra es su tendencia a toser, pues, aunque la fullonica está siempre bien ventilada, la mezcla de fuertes agentes detergentes puede irritar los pulmones. Por último, los esclavos que allí trabajan tienen todos piernas de campeones olímpicos. En efecto, una vez que las prendas han estado un buen tiempo en remojo, son transportadas a los compartimentos, ahora vacíos, alineados a los lados del patio interior e introducidas en pilas excavadas en el suelo. Durante el día los esclavos permanecen en estos compartimentos o

puestos, pisando una y otra vez la ropa contenida en cada pila, arriba y abajo, para que el amoniaco penetre en las fibras. Este ejercicio recibe el nombre de «pisado de lavandera» y también lo practican en los gimnasios aquellos que desean desarrollar los músculos de sus piernas. Quienes no tienen otra opción que hacerlo todos los días, y durante todo el día, acaban con unas piernas realmente musculosas.

Tais dirige una mirada interrogante al recién llegado, pero no sirve de nada. En primer lugar, porque la amplia entrada está demasiado oscura para que este distinga su expresión y, en segundo lugar, porque el visitante se encuentra en pleno ataque de estornudos como consecuencia de una pequeña nube de azufre que una corriente ha esparcido por toda la estancia. Las togas son las prendas que requieren en mayor medida tratamiento con azufre, porque los elementos volátiles del vapor que desprende el azufre son eficaces contra las manchas.

> Pero ella ha estado ocultando su pasión por un amante secreto. Él se reúne con ella constantemente para compartir abrazos furtivos. De hecho, ella y su joven amante se encontraban haciendo apasionadamente el amor cuando nosotros [su esposo y yo] regresamos temprano de los baños para la cena.
>
> Nuestra repentina llegada obligó con agobio a la esposa a reaccionar rápidamente. De modo que empujó a su amante a la jaula de azufre. Esta era un embudo de pulidos palos de mimbre, con una estrecha abertura en la parte superior. (Colgaban ahí las prendas para blanquearlas con los humos del azufre que quemaban.)
>
> Con su amante escondido en lugar seguro, ella se unió feliz a su marido en la mesa. Sin embargo, el muchacho estaba sufriendo por los gases asfixiantes y el penetrante humo. Finalmente, la densa nube de humo empezó a

asfixiarlo, mientras los elementos activos del azufre hacían lo que suelen hacer, y le provocaban estornudos y más estornudos.

Apuleyo, *El asno de oro, 9.22*

Irritada, Tais grita en el patio interior para que las esclavas muevan el «tendal». Las esclavas lo hacen con suficiente prontitud, pues la petición no en absoluto insólita y el ambiente en la estancia ya está bastante cargado. Cuando se saca una toga de la pila de pisado, se debe escurrir y colgar para que se seque. (El esfuerzo de escurrir los cuatro o cinco metros cuadrados de lana empapada que suele medir una toga garantiza que los brazos del personal del establecimiento son más o menos tan musculosos como sus piernas). Una toga es de forma semicircular, cuando no está enrollada elegantemente en torno al cuerpo de su portador romano, y esta forma facilita su enrollado en torno a la estructura curva de varas flexibles utilizada para el secado y el ahumado de estas prendas.

Mientras un «tendal de toga» se está ahumando con los vapores de azufre, los esclavos trabajan en otro, rascando la prenda con piel de erizo para levantar la lanilla (las hebras en la superficie del tejido), un proceso que hace que el tejido de la toga parezca más grueso y más lujoso y que además favorece la penetración del azufre en cada pliegue y arruga. Si la toga es para una ocasión muy especial, es posible que se le pida a la lavandera que prepare una toga candida. Estas togas son extrablancas, porque han sido tratadas con tierra de Cimolo, que da a la prenda un particular lustre perlado.



LAVANDERÍA ROMANA *(FULLONICA)* EN POMPEYA.

Lo políticos muestran un interés especial por esa toga candida, porque la lleva todo aquel que detenta un cargo público (razón por la cual a quienes aspiran a ello se les llama «candidatos»). La legislación es muy precisa al respecto, tal y como dejó registrado el naturalista Plinio el Viejo:

> *Una ley referente a las lavanderas sigue aún vigente… El proceso sugerido es el siguiente: la prenda es en primer lugar lavada con tierra sarda [de Cerdeña] y después sometida a vapores de azufre. Dando por supuesto que el tinte es bueno, la ropa debe luego restregarse con tierra cimolia; si está teñida con un colorante malo, será evidente, pues se tornará negra y el azufre hará que se pierdan los colores. No obstante, la tierra cimolia aporta profundidad y lustre a las prendas debidamente tratadas.*

PLINIO, *Historia natural, 35.57*

Entre toses y estornudos, el esclavo consigue a duras penas preguntar por el cocinero perdido. Tais mira estupefacta al hombre, que a sus ojos parece estar burlándose de ella y de su establecimiento, al dramatizar hasta tal punto la situación. Tais lleva tendiendo ropa desde que era una chiquilla, pues heredó el negocio de su padre y, realmente, ella no percibe los malos olores que a todo el mundo repelen.

Esto es lo que generaciones posteriores llamarán

«habituación al hedor». Del mismo modo que aquel que vive en la puerta de al lado de un herrero llega a acostumbrarse al sonido del martillo sobre el metal hasta tal punto que deja de oírlo, así el cerebro de Tais aprendió hace ya mucho tiempo a ignorar el olor de la orina unido al del amoniaco, por ser algo sencillamente irrelevante para sus actividades diarias. A veces tiene que comprobar si una vasija está ya lista para su uso inclinándose sobre ella para oler, aun cuando el hedor podría perfectamente tumbar a cualquier visitante a veinte pasos.

Tais huele peor que una vasija de codiciosa lavandera
que acaba de romperse en medio de la calle…
peor que un tarro de pepinillos podridos.
Deseando impaciente tapar este olor con otro,
se despoja de sus ropas y entra en el baño
verde de depilatorio y se oculta a medias
bajo una capa de arcilla disuelta en ácido…
Entonces piensa que ya está a salvo.
Cuando a pesar de los mil artificios, al final
Tais sigue oliendo a Tais.

MARCIAL, *Epigramas, 6.93*

En ocasiones, esto puede llegar a ser un problema; por ejemplo, cuando Tais se pone una stola no adecuadamente enjuagada y sale a pasear por las atestadas calles de Roma, protegida, eso sí, por una burbuja de dos metros de espacio libre a su alrededor. No hay duda de que este aspecto juega en su contra en lo que respecta a su vida amorosa. En otras circunstancias, una mujer como Tais no tendría ningún problema en atraer a los hombres, pues sus ancestros griegos le han legado un brillante y lustroso cabello oscuro y rizado, unos expresivos ojos castaños y ligeramente rasgados por su origen asiático y una bonita figura de reloj de arena, bien musculada por las exigencias de su trabajo.

Por otro lado, Cecilio, el cocinero, no es un partido del otro mundo, ya que aunque el hombre hace maravillas con una sartén y un bagre, físicamente es algo enclenque, barbilampiño y de acuosos ojos claros. Sin embargo, la cocina ha habituado su nariz a los olores fuertes y le gusta una mujer con buen estómago. Contemplar a Tais mientras da buena cuenta de un plato de mejillones y espelta es una experiencia conmovedora para un hombre que a veces siente que su esfuerzo no es valorado como se merece.

Pero Cecilio no está en este momento en la lavandería y Tais informa de ello con brusquedad al esclavo que lo busca. El cocinero había tenido que cancelar sus planes para la tarde, porque le había surgido un trabajo de cocina para una familia de comerciantes en el monte Celiano. Lo sentía.

El esclavo está a punto de mencionar que está ahí precisamente porque Cecilio no se ha presentado a ese «trabajo de cocina». Sin embargo, en ese momento uno de los trabajadores vierte un ánfora llena de eau de Romana natural bien madurada en la piscina de remojo ubicada detrás de él. La mezcla contiene también hinojo majado y pieles de cebolla, para realzar el color de las telas naranjas que se lavarán en esa piscina. Una ola del olor a regaliz del hinojo mezclado con la peste a cebollas podridas en amoniaco hace que la cara del esclavo se torne de un pálido tono verdoso. Balbucea unas palabras de agradecimiento y huye del local, dejando atrás a una desconcertada Tais.



HORA XI

(17.00-18.00)

El cocinero entra en pánico

Preferiría que los platos sobre mi mesa gustaran a los convidados, antes que al cocinero.

MARCIAL, *Epigramas, 9.81*

Mientras sube por la colina cargado con los ingredientes especiales y sus utensilios particulares de cocina, Séptimo Cecilio es identificado por un esclavo de la casa de Marco Aulo Manido, que ha salido urgentemente a buscar al cocinero para informarle de que llega tarde. Como si Cecilio no lo supiera.

Le contesta gruñendo: «Gracias por la información. Si luego te meto la cabeza en el horno, por favor infórmame de que está caliente».

El cocinero no ha tenido una buena tarde. Desde que se reunió, hace cinco días, con la anfitriona Licinia y comentaron cómo se organizaría la cena, Cecilio ha sido consciente de que la preparación de esta comida va a ser una tarea en equipo. Es decir, la anfitriona estará vigilando lo que hace en todo momento y ofreciendo un torrente constante de comentarios, sugerencias y críticas sobre la preparación de los platos. Todo lo cual será puntualmente ignorado por Cecilio.

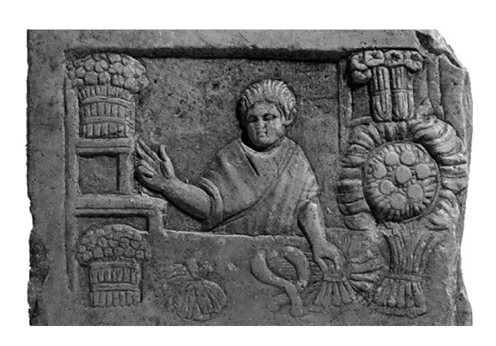
No es que él no sepa cómo cocinar tetrapharmacum. Desde que el plato se hiciera popular gracias al emperador, se ha convertido en parte imprescindible del repertorio de todo cocinero que se precie. Y ese es el problema. Por supuesto, el plato es endemoniadamente complicado. Después de todo, si fuera fácil, cocineros especialistas como Cecilio no estarían tan cotizados. El plato consta de «cuatro fármacos o remedios» (de ahí el nombre de tetrapharmacum). Estos «remedios» son faisán, jabalí, hojaldre de jamón y ubres de cerda. (Solía añadirse como ingrediente pavo real, aunque —francamente— solo para hacer alarde. El faisán es más fácil de conseguir y sabe mucho mejor).

> ¿Qué tipo de festines se permitiría el emperador cuando algo que cuesta tanto dinero era solo un plato de acompañamiento de una modesta cena? Algo para ser eructado por un parásito con vestidura púrpura…
>
> JUVENAL, *Sátiras, 4*

El faisán se encuentra con facilidad en el mercado, al que Cecilio acudió esta mañana. El hojaldre de jamón es incluso más fácil de conseguir, pues Cecilio no tiene más que utilizar el jamón del estante de su propia despensa. Y ha introducido la masa de hojaldre en un saco de cuero fino, lista para ser extendida directamente en la cocina de Manido. El jabalí podría parecer difícil de obtener, pero Cecilio tiene contactos con carniceros, que le avisan siempre que les llega una remesa fresca. Además, ya se sabe que el jabalí tiene un fuerte sabor a caza, de modo que el hecho de que su carne haya —¡ejem!— madurado no es en realidad un problema. El problema reside en las ubres de cerda.

Todos los demás ingredientes se introducen en la ubre, y luego salen al cortarla en la mesa. De modo que hace falta una ubre grande, que significa que se necesita una cerda que esté amamantando a sus lechones. Lo que significa que se necesita

un granjero que esté dispuesto a sacrificar a una cerda que está criando lechones, antes del destete. Y el cocinero tiene que competir con todos los demás cocineros de Roma para hacerse con esas ubres, porque unas ubres a la venta son para los cocineros lo mismo que la sangre en el agua para los tiburones.



VENTA DE ALIMENTOS EN UN PUESTO DEL MERCADO.

Por todo ello, Cecilio había intentado por todos los medios desviar el interés de la anfitriona hacia otros platos. Astutamente le habló del exótico encanto de la carne de tigre o del filete de jirafa. (Un evento celebrado recientemente en el Coliseo había acabado dando muerte a estos y a otros animales. Los romanos tienen un arraigado sentido de «lo que no mata, engorda» y prácticamente cualquier criatura sacrificada en la arena encuentra luego su lugar en la mesa de un romano. Cecilio ha probado incluso el cocodrilo, que le resultó inesperadamente tierno y jugoso, muy parecido a la carne de pollo de primera calidad).

Aun habiendo despertado con sus propuestas el interés, Licinia, la anfitriona, había decidido que, estando su reputación en juego, prefería jugar sobre seguro. Cabía la posibilidad de que alguna dama de la alta sociedad soltara una carcajada si su carne de elefante sabía mal, y alguien que peleaba por ascender en la escala social no podía correr ese riesgo.

En tal caso, había sugerido Cecilio, tal vez la anfitriona

quisiera probar su especialidad. Nunca la había servido para una cena, pero le entusiasmaba la idea. ¿A quién no le gustan los caracoles alimentados con leche y fritos en aceite de oliva con una salsa de vísceras putrefactas de pescado? Cecilio tenía en su cocina una jaula especial con una colección de Helica pomatia, el caracol romano comestible. Cuando le llegaba un pedido para una comida, sumergía los caracoles en vasijas con una mezcla de leche, mosto de vino y harina de cebada. Cada pocas horas, un esclavo limpiaba la mezcla de excrementos, pues los caracoles se atiborran hasta que están tan gordos que no pueden retirarse al interior de su caparazón. Entonces están listos para freírlos en el más delicado aceite de oliva virgen extra de primera prensada.

Para rematar esta extravagancia gustativa, Cecilio añade dos cucharaditas de liquamen. Esta salsa salada de pescado es muy apreciada por los romanos, que importan todos los años miles de amphorae de Hispania. El liquamen se prepara mejor bajo el ardiente sol ibérico, donde las vísceras de pescado se sumergen en agua salada hasta que se licúan. El producto obtenido se cuela mediante una tela fina y el líquido que se recoge (rico en proteínas y vitamina B) se vende como liquamen, mientras que el residuo semisólido es la salsa garum.

Receta de lentejas con cilantro

Cuece las lentejas. Cuando la mezcla haga espuma [retira la suciedad], añade puerro [picado] y cilantro verde. Si no están ya molidas, machaca las semillas de cilantro con poleo, raíz de benjuí y semillas de menta y ruda. Humedece la mezcla con miel y vinagre, un poco de *garum* [utiliza salsa de soja si no tienes *garum*] y *defrutum* [sirope de uva, si en el mercado no encuentras *defrutum*]. Por último, cuando las lentejas estén ya casi hechas, añade aceite de oliva y la pimienta.

APICIO, 191

Cecilio había hecho gala de toda su elocuencia a la hora de describir esta delicia culinaria, pero sin éxito. Licinia era inflexible. Si tetrapharmacum es lo suficientemente bueno para la mesa del emperador, entonces seguro que será bien recibido en la suya. En cuanto al entrante —tordos al horno en pequeñas hogazas de pan— y al postre —pasteles de miel en vino— el cocinero podía elegirlos y prepararlos según su propio criterio. No obstante, si Cecilio no estaba dispuesto a preparar tetrapharmacum para ella, Licinia buscaría a otro chef que sí lo estuviera.

En su desesperación, Cecilio había ordenado a uno de sus sirvientes que hiciera una ronda por los pequeños minifundios de las afueras de Roma, con la indicación de comprar la cerda entera, si fuera necesario, con tal de regresar con las preciadas ubres. A lo largo de la mañana, mientras preparaba el resto de ingredientes, Cecilio esperó con creciente ansiedad al sirviente. Cuando este regresó, para desesperación homicida de Cecilio, lo hizo con las manos vacías.

Una receta de salchichas sin carne

Vierte mosto [vino en su primer estadio de fermentación] sobre la harina y añade semillas de comino y de anís [machacadas]. Mezcla con manteca de cerdo [o grasa vegetal] y queso rallado [el queso de cabra combina bien]. Amasa la mezcla hasta darle forma de salchichas. Pon una hoja de laurel debajo de cada una. Hornea hasta que estén listas.

CATÓN, *De Agricultura,* 121

A Cecilio no le quedaba ya más remedio que pasar a la acción con el último recurso de un chef: pedir ayuda a sus compañeros de profesión. Envió al sirviente a otras cocinas de la ciudad, preguntando si alguien tenía ubres de cerda disponibles e informando de que Cecilio estaba dispuesto a

ofrecer a cambio cualquier cosa, incluido su primogénito. Fue ya a última hora de la tarde cuando el sirviente lo consiguió. Un cocinero de la Isla Tiberina había estado preparando tetrapharmacum para una cena que una sacerdotisa de Isis ofrecía a los nobles locales.

Trajeron a la mesa una fuente con un enorme cerdo. Todos a una expresamos nuestra admiración por la rapidez con la que había sido cocinado y juramos que una simple ave corriente no habría podido asarse en tan poco tiempo. Y esto era aún más impresionante al parecer el cerdo un animal mucho más grande que el jabalí del plato anterior. Al cabo de unos segundos, Trimalción, con la mirada fija en la fuente de cerdo, exclamó: «¡No! ¡No! ¿Está destripado? ¡No! Por los dioses —no lo está. ¡Que venga el cocinero!».

El cocinero acudió. Se detuvo de pie junto a la mesa. Compungido, admitió tristemente que se le había olvidado destriparlo. «¿Cómo que se te ha olvidado?», gritó Trimalción. «¡Escuchadlo! No es que se le haya olvidado añadir una pizca de pimienta o un toque de comino. ¡Desnudadlo [para azotarlo]!».

Momentos después, el cocinero fue azotado. Su aspecto era miserable, entre dos asistentes de Trimalción. Todos comenzaron a intervenir en defensa del cocinero, diciendo: «Esas cosas suceden. Perdónale por esta vez y, si lo vuelve a hacer, no habrá alma que hable en su defensa».

Personalmente, yo fui implacable en mi indignación. No podía dejar de inclinarme sobre el oído de [mi amigo] Agamenón y murmurar: «Tiene que ser un sirviente endemoniadamente malo. Por Júpiter, ¿cómo puedes olvidarte de limpiar un cerdo? Si me ocurriera a mí, ese hombre no podría esperar perdón ni aun habiendo cometido esa falta con un pescado».

Pero Trimalción sonreía abiertamente. «¡De acuerdo, entonces!», proclamó. «Si tienes tan mala memoria, destrípalo ahora, de manera que todos veamos que lo has hecho».

Dicho esto, el cocinero tomó tembloroso su cuchillo y cortó el vientre del animal. El corte hizo que la barriga, por la presión interior, se abriera de dentro afuera, dando salida a un festín de salchichas y morcillas.

Los sirvientes aplaudieron todos a una… y el cocinero fue recompensado con un vaso de vino.

PETRONIO, *Satiricón*, 49-50

En el último momento, la sacerdotisa había caído en la cuenta de que, dado que varias de las autoridades locales invitadas a la cena eran de confesión judía, las ubres de cerda no podían formar parte del menú. Si Cecilio se hallaba en condiciones de suministrarle las raciones necesarias de su famosa liebre estofada —dijo el chef de la sacerdotisa— entonces tendría sus ansiadas ubres. Cecilio tuvo que acudir en persona y a toda prisa a la Isla Tiberina, llevando varios filetes de esturión póntico fresco. El cocinero de la sacerdotisa se quedó sorprendido al enterarse de que la liebre estofada habría violado los preceptos dietéticos judíos en la misma medida que el cerdo y entregó inmensamente agradecido las ubres de cerda a cambio del pescado.

Además, las ubres ya estaban limpias, marinadas y preparadas, de manera que todo cuanto Cecilio tenía que hacer cuando llegara a la casa Manido era rellenarlas con los ingredientes que ya tenía listos y meterlas en el horno. Cecilio había enviado a un sirviente con antelación para preparar el horno en las instalaciones e ir empezando con los tordos. De modo que sale ahora casa, tarde y agotado, llevando él solo todos los utensilios, cargado como el proverbial asno.

La reprimenda por su tardanza, que le lanza el esclavo que

le espera fuera de la casa, resulta ser el más suave de los reproches, comparado con el torrente de vituperios con el que recibe Licinia a su errante cocinero. Cecilio la interrumpe, bruscamente pero con educación.

«Señora, podemos comentar ahora mis dificultades para llegar hasta aquí o podemos preparar la cena para tus invitados. Si eliges lo primero, estoy aquí a tu disposición».

Cecilio está encantado de no ser cocinero esclavo en una casa de buena posición, donde una insolencia de este tipo habría terminado —como poco— en una sonora paliza. No es inusual entre esta clase de cocineros recibir castigo físico incluso en el transcurso de una comida.

El poeta Marcial menciona a anfitriones que «antes abrirían en canal al cocinero que al conejo». Lo máximo que puede perder Cecilio es su reputación y, dado que la reputación de Licinia también está en juego, él sabe que la señora cederá a su ultimátum.

En la cocina los hornos están ya calientes, como tiene que ser. Cecilio da las gracias a su sirviente y a Fórnax, la diosa de los hornos, porque todo esté listo ahora que ha llegado él con los ingredientes. La casa está equipada con el horno romano estándar, que es una estructura baja construida contra la pared. Suele ser de ladrillo o de baldosas, con espacio para dos fogones semicirculares, y una gran tapa plana de arcilla.

A un lado de los hornos, en un estante, hay diversas ollas y Cecilio las revisa con mirada experta. El horno consta básicamente de dos fuegos abiertos en sendas arcadas, en los que se ha quemado leña hasta obtener grandes brasas. Para asar en este horno, hay que elegir una olla del tamaño y del grosor adecuados, untar los alimentos o añadir cualquier otro ingrediente que sea necesario e introducir la olla en el horno. Después está la cuestión de medir cuidadosamente los tiempos para asegurarse de que el barro de la olla mantiene la temperatura apropiada, para lo cual habrá que moverla o

incluso retirarla de las brasas, removiendo al mismo tiempo las salsas que se están preparando en las sartenes de cobre sobre la tapa plana del horno. Después, se saca la olla del horno, se desenrosca cuidadosamente el alambre que mantiene cerrada la tapa de la olla y ¡ya está! Un plato bien asado, listo para llevarlo a la mesa.

Aunque el horno es de buena calidad, el resto de la estancia no impresiona. Como ocurre incluso en las casas de la más alta sociedad romana, la cocina representa para el señor un asunto menor, al que destina escasa inversión. Para señora es otra historia, aunque considera que parte de su deber es asegurarse de que el cocinero no despilfarra el dinero de la casa en compras extravagantes, o de que no le hace creer que paga un montón de denarios por los ingredientes, cuando lo que obtiene son productos de calidad deficiente, embolsándose la diferencia. Cecilio está encantado de ver que esta cocina está, por lo menos, bien equipada y que el cocinero habitual, tal y como él lo pidió, ha dejado preparados todos los utensilios de cocina y todas las hierbas que va a necesitar. Puede que, después de todo, la comida salga bien.

Al sugerir Licinia con cierto sarcasmo que tal vez Cecilio quiera comenzar a cocinar, el portero de la casa asoma la cabeza por la puerta de la cocina. Uno de los trabajadores de la fullonica de Tais, enviado por la novia de Cecilio, se ha presentado preguntando por él, para informarle de que alguien le está buscando. Por lo visto, llega tarde a preparar una cena.



HORA XII

(18.00-19.00)

La sacerdotisa se prepara para el sacrificio

Una quai es omnia, Dea Iset – Siendo una, lo eres todo, Diosa Isis.

INSCRIPCIÓN DE UN CANTO ROMANO A LA DIOSA

La sacerdotisa suspira y mira los filetes de esturión que le ha dejado el cocinero Cecilio. Se supone que estos hombres son profesionales de la cocina. Entonces, ¿por qué, en nombre de la diosa, no se molestan en averiguar las exigencias dietéticas de sus clientes? Primero, ese ignorante de cocinero que había contratado estaba preparando ubres de cerda. Y ello a sabiendas de que varios de sus invitados a cenar eran judíos. ¿Seguro que la única cosa que todo el mundo sabe en Roma sobre los judíos es que no comen cerdo?

En realidad, la sacerdotisa tampoco come carne de cerdo. La sorprende que tanta gente en Roma la consuma, pues el cerdo es un animal sucio. Además, de todos los animales, el cerdo es el más proclive a aparearse en luna menguante, cuando las fuerzas de la vida decaen. ¿Qué bondades pueden provenir de una criatura concebida de esta manera?

Por encima de todo esto, tal y como la sacerdotisa explica con paciencia a su cocinero (mientras frena el impulso impío de darle una paliza), es bien sabido por los egipcios que quienes beben leche de cerda caen enfermos de lepra y comezón. ¿Y, aun así, desea ese cocinero dar de comer a sus invitados las ubres que producen esa leche? ¿Qué postre estará planeando? ¿Esencia de belladona servida sobre pastelillos de acónito?

Y luego llega ese arrogante de Cecilio, tan orgulloso de sí mismo por saber que los judíos no comen tampoco carne de liebre —otra cosa más que desconocía el profundamente ignorante cocinero de la sacerdotisa. ¡Pero le había llevado pescado, como si una sacerdotisa de Isis pudiera comer pescado! Cierto es que otros egipcios comen pescado y, de hecho, hay preceptos religiosos que dictan que se debe asar pescado el noveno día del primer mes. La sacerdotisa compra el pescado, pues su religión establece que ese día debe hacerlo. Pero ella lo deja cocinándose en su pequeño fogón sobre el pavimento, fuera de la casa, hasta que se quema frente a su puerta.

Los peces son criaturas impuras, porque proceden del mar, y el mar es un elemento superfluo, material indeseado, sobrante de la creación. El mar no sirve para regar los campos, ni para beber, ni para ningún otro fin cualquiera que este sea, y si los dioses no vieron adecuado hacer uso del mar, sus sacerdotisas ciertamente no consumirán los frutos de sus impuras, profanas y sucias aguas. De hecho, a la sacerdotisa le gustaría beber solo de las aguas de las que ha bebido el ibis, el ave de sagrada, como hacen los sacerdotes en el gran templo de File, en Egipto —porque, según dicen, lo puro nunca puede estar en contacto con lo impuro— y el ibis solo bebe de aguas no contaminadas.

Bendita reina de los cielos, dulce madre de la humanidad, que con tu gracia y generosidad a todos nutres, incluso a los más miserables del mundo. Ni un día, ni una noche, ni un solo instante pasa sin tus bendiciones. Proteges a la humanidad en la tierra y en el mar, mitigas las tempestades de infortunio y mantienes los destinos [malignos] escritos en las estrellas. Los dioses de arriba te adoran y los dioses de abajo te rinden honores.

…

A una orden tuya los vientos soplan, las nubes mojan la tierra, las semillas germinan y dan fruto. Las aves del cielo, las fieras de los montes, las serpientes en sus guaridas, incluso los monstruos de las profundidades tiemblan ante tu poder.

Mi espíritu es demasiado pobre para cantar tus alabanzas completas, mi riqueza de palabras demasiado mezquina para ofrecer un sacrificio. No tengo palabras para expresar lo que alberga mi corazón. No tendría bastante ni con un millar de lenguas ni con un millar de bocas. Todo cuanto tu pobre devoto puede hacer es recordarte siempre y mantener tu visión dentro de su corazón.

APULEYO, *El asno de oro, 11.25 y sig.*

La pureza es importante para los seguidores de la diosa Iset, a la que los romanos llaman Isis. Por esta razón, cuando se prepara para el sacrificio, la sacerdotisa se viste con una túnica de lino. A diferencia de la lana, que crece de carne que envejece, se corrompe y muere, la linaza a partir de la cual se obtiene el lino proviene de la eterna e inmortal tierra. La sacerdotisa, en la preparación para el sacrificio, ha eliminado todo el vello de su cuerpo, por ser superfluo e impuro. ¿Cómo podría después vestir con pelo de animales? El lino es puro, es limpio y es menos probable que albergue piojos.

Además, su túnica está confeccionada con lino cosechado en flor e, incluso sin teñir, la tela resplandece como el azul del cielo. ¿Por qué cambiar una prenda así por una áspera túnica de lana? Ahora, la sacerdotisa contempla la comida que ofrecerá como anfitriona después del sacrificio. Básicamente, es una cuestión de relaciones sociales. Todo pueblo bajo el cielo tiene representantes de sus gentes en Roma. Hay britanos, de cara roja y despellejada, no acostumbrados al sol romano; hay moros de tez morena, de los profundos desiertos de África; y en una ocasión la sacerdotisa conoció incluso a un

hombre que decía ser de la fabulosa China, tierra de dragones, sedas y leyendas.

A diferencia de los judíos, seguidores de su único Dios, y de los devotos palestinos de Baal en sus muchas formas, los seguidores de Isis son gente cosmopolita. Iset, la diosa madre egipcia, es ahora Isis la Misericordiosa, a quien rezan griegos, romanos, celtíberos, isaurianos y muchos otros. Por supuesto, también rezan a otros dioses, y todos (excepto los judíos y los cristianos, a quienes la sacerdotisa considera francamente dementes) rezan al emperador y al gran Júpiter, guardián de Roma. Incluso la propia sacerdotisa es henoteísta, lo que significa que, aunque consagrada a Isis, reconoce la existencia de otros dioses, e incluso, en ocasiones, les reza a ellos.



Estatua de sacerdotisa del Iseum, en Pompeya.

Todo sobre Isis

Sabemos mucho más sobre la religión de Isis que sobre otras religiones de la época, porque el escritor (y sacerdote) Plutarco sentía fascinación —y más aún respeto— por la diosa. Su texto *Isis y Osiris* está repleto de detalles sobre los rituales y las creencias del culto a la diosa.

Una cuestión que afecta a la sacerdotisa es que existe una

amplia población judía en su distrito. A los judíos les gusta vivir juntos, motivo por el cual las escuelas, las sinagogas y las carnicerías que atienden sus necesidades quedan todas a mano. Sin embargo, debido a su estricto monoteísmo, los judíos no participan en las principales celebraciones de la religión de las sacerdotisas —que al ser divertidas y coloridas y ofrecer generosas cantidades de comida gratis, son acogidas con entusiasmo por la mayoría de los romanos. La celebración del 5 de marzo había consistido en una procesión desde el templo mayor de Isis, el Iseum Campense en el Campo de Marte, hasta el río, cerca de la Isla Tiberina. Allí, se había bendecido oficialmente un barco en representación de la nave en la que viajara Isis por el mundo en busca de las partes del cuerpo de su amado Horus, desperdigadas por toda la Tierra por el malvado dios Set.

Además de rebosar vida y color, este tipo de festivales son acontecimientos tumultuosos y ruidosos. Los barbudos ancianos a los que la sacerdotisa agasajará esta noche desean que se les asegure que el próximo festival de finales de octubre será más tranquilo, más comedido y menos molesto para su congregación. En este festival de octubre —que, para ser honestos, es más una verbena con tintes religiosos— el papel de Isis en la muerte y la resurrección del dios Serapis será celebrado con entusiasmo. La tarea de la sacerdotisa esta noche —ayudada, espera, por los filetes de esturión— será la de decir diplomáticamente a los ancianos que no, que la fiesta será ruidosa, desenfrenada y tumultuosa como siempre, y que mejor será que se vayan haciendo a la idea.

Después de todo, los seguidores de Isis llevan a cabo la mayoría de sus asuntos de forma discreta, fuera de la vista del público, en templos y santuarios cerrados a las masas. A diferencia de las ceremonias dedicadas a los dioses romanos, que son asuntos muy públicos, muchos de los ritos consagrados a Isis son misterios de los que quedan excluidos

los profanos. Incluso el sacrificio que la sacerdotisa se dispone a llevar a cabo esta noche se realizará dentro de los muros del santuario, únicamente con dos acólitos como ayudantes. Solo dos veces al año, las fiestas de Isis pasan a ser del dominio público. Además, en estas fiestas, se reclutan adeptos, al preguntar el curioso al devoto por la diosa y sus ritos. El resto del año, el santuario de Isis y las sinagogas e iglesias locales conviven amigablemente, salvo por el extraño —a veces muy extraño— predicador cristiano que permanece de pie fuera del santuario, denunciándolo por ser antro de perversión y prostitución. (Una acusación del todo fuera de lugar. Aunque las prostitutas merodean en torno a los templos romanos, cuyos soportales las resguardan de la lluvia y del viento, los seguidores de Isis son en realidad menos viciosos que el público general. Esto se debe a que su religión requiere períodos de abstinencia sexual antes de ciertas celebraciones religiosas.)

> Y así llegamos al día del sacrificio. Al caer la noche, vinieron muchos sacerdotes… y se ordenó que todos los profanos laicos abandonaran el lugar. Me cubrieron las espaldas con una túnica de lino y después me condujeron al lugar más interior y más secreto y sagrado del templo.
>
> Ahora, siendo un estudiante entregado, tal vez desees saber que se dijo y se hizo mientras estaba yo allí. Y efectivamente yo te lo contaría, si fuera lícito que lo contara. Pero si fuera adecuado que tú supieras, ya lo sabrías. Mas si cediera a tu temeraria curiosidad, tanto tus oídos como mi lengua sufrirían por ello.
>
> APULEYO, *El asno de oro, 11.23*

Atrás quedaron los tiempos en los que las autoridades romanas perseguían a los devotos de Isis y la sacerdotisa tiene intención de recordar amablemente este hecho a sus invitados. También planea mencionar que, precisamente

porque los seguidores de Isis practicaban su religión tranquilamente y en privado, surgieron las sospechas del senado de la República romana. Aunque, a decir verdad, al senado no le gustaba tampoco la naturaleza cosmopolita de la congregación. Durante las ceremonias, esclavos, extranjeros y desposeídos se codeaban con damas de noble cuna y algún ocasional aristócrata, convirtiendo los templos de culto de la diosa en lugares ideales para el fomento de revoluciones.

El resultado fue que, en el año 50 a. C., los templos privados fueron prohibidos y el cónsul se enfrentó personalmente a un grupo de sacerdotes y obreros para desconsagrar físicamente uno de estos templos. Los obreros escenificaron una manifestación espontánea, haciendo saber que ese era un templo dedicado a una gran diosa y que demoler el lugar podría atraer de forma desfavorable la atención de la deidad. Entonces, el cónsul, a la sazón Emilio Paulo, se había quitado la toga, había agarrado un hacha y comenzado a golpear en persona las puertas del templo. Los sentimientos contrarios a Isis alcanzaron su punto álgido en tiempos de Augusto, cuando todos los templos de Isis fueron clausurados a la fuerza dentro del pomerium, el área sagrada de Roma (esta es la razón por la cual el santuario de la sacerdotisa se alza junto a la Isla Tiberina, justo por fuera de dichos límites). Augusto puso fin a las guerras civiles con la campañas contra Marco Antonio y su íntima aliada Cleopatra de Egipto. En su propaganda, Cleopatra había proclamado ser la reencarnación de Isis. Lo que pensó la diosa al respecto puede fácilmente deducirse de la suerte que correrían más tarde Cleopatra y Marco Antonio. A la diosa no parecen gustarle quienes toman su nombre en vano.

El emperador Tiberio llegó incluso a demoler aquellos santuarios y a arrojar al río las estatuas de la diosa. Sin embargo, tanto Calígula como Nerón (emperadores no contrarios a disfrutar de la vida y a pasarlo bien) fueron

defensores de Isis. El emperador Domiciano también lo fue, sin duda, porque cuando su padre Vespasiano declaró la guerra al gobierno de Roma, Domiciano pudo escapar y ponerse a salvo ataviado como un miembro del culto de Isis. Además, antes de celebrar oficialmente su triunfo sobre los judíos en la guerra de 64-70 d. C., el emperador Vespasiano y su hijo Tito habían pasado en un templo de Isis la obligatoria noche previa de purificación. No obstante, la sacerdotisa no recordará a sus invitados este detalle, pues no desea que todo acabe en una pelea a servilletazos y tirones de barbas.

Isidoro

Del mismo modo que el nombre «Teodoro» significa «Regalo de Dios», el nombre «Isidoro» significa «Regalo de Isis». A la luz de esta aclaración etimológica, parece un contrasentido que el padre de la Iglesia católica San Isidoro de Sevilla y dos patriarcas de la Iglesia ortodoxa griega (Isidoro I e Isidoro II) fueran bautizados también como «regalos de la diosa».

Dado el grado de apoyo imperial, las posibilidades que tiene la delegación de conseguir que las autoridades bajen el tono de sus celebraciones son oficialmente nulas. El actual emperador Adriano es bastante entusiasta de Egipto y de todo lo egipcio, como lo fue su predecesor, Trajano. En estos días, el culto a Isis es absolutamente respetado. Si los hábitos han de relajarse dos veces al año, pues bien, es perfectamente admisible, si se compara, por ejemplo, con el público que acude a las oficialmente prohibidas Floralia, fiestas que se celebran a finales de abril y caracterizadas por sus actos inmorales, en docenas de ingeniosas variedades.

Con sus argumentos bien ensayados, la sacerdotisa se dispone a cruzar la calle entre su casa y el santuario. Del otro lado de los muros del santuario —a diferencia de los templos romanos «oficiales», los santuarios y los templos consagrados

a Isis están aislados de la calle— llega el balido del cabrito que será sacrificado esta noche. La sacerdotisa está bastante contenta con la elección de animal, que es de pelo rojizo y que, por consiguiente, será aborrecido por los dioses. Los romanos creen que los dioses prefieren el sacrificio de los animales que consideran más de su agrado —por ejemplo, a Jano le corresponde un carnero y Marte, dios de la guerra, requiere un caballo cada mes de octubre. Sin embargo, la religión de Isis, cargada de sentido común, ve defectos en este razonamiento. Si sacrificas un animal del agrado de los dioses, en fin, lo estás matando. Seguramente las criaturas que los dioses preferirían ver muertas son aquellas que les disgustan y que querrían que desaparecieran de la faz de la Tierra. (Existe una compleja razón teológica que vendría a explicar por qué a los dioses egipcios no les gustan los animales de pelo rojizo, pero no hay lugar aquí para ahondar en ella).

En un principio, la sacerdotisa solía arrojar la cabeza del animal sacrificado al Tíber. Sin embargo, después de verla hacer esto unas cuantas veces, el carnicero asiático que regenta su establecimiento calle abajo había hecho una buena oferta por las cabezas de los animales sacrificados. Tras consultar con el templo, la sacerdotisa se ha enterado de que esta forma más rentable de deshacerse de los restos es además ecuménicamente correcta, de modo que piensa dedicar un rato mañana por la mañana a regatear por los despojos de su víctima.

No obstante, esta noche, antes de comenzar los sagrados misterios del sacrificio, debe lidiar con el asunto más mundano de averiguar qué es lo que ha preparado el cocinero para ella en lugar del prohibido esturión. Bastante malhumorado, el chef admite que ha decidido jugar sobre seguro y evitar absolutamente la carne. Informa a la sacerdotisa de que servirá una sencilla pero elegante cena de tortas de cebada con cebolla picada y nueces. La sacerdotisa

mira perpleja al cocinero.

«¿Cebolla? ¡Yo no puedo comer cebolla!».

Nada que sea irracional o fabuloso o inspirado por la superstición, como algunos creen, ha tenido sitio en sus ritos [de Isis], pero hay en ellos algunas cosas que tienen valores morales y prácticos y otras que no están desprovistas de los refinamientos de la historia o de la ciencia natural, como por ejemplo lo que se refiere a la cebolla.

Porque lo que se cuenta de que Dictis, lactante hijo de Isis, en un intento por alcanzar un manojo de cebollas, cayó al río y pereció ahogado es extremadamente increíble. Pero los sacerdotes se mantienen alejados de la cebolla y la detestan y se cuidan de evitarla, porque es la única planta que, de manera natural, crece y florece en luna menguante.

No es idónea ni para el ayuno ni para el festival, porque en un caso provoca sed y en el otro lágrimas en los que participan de aquel.

PLUTARCO, Isis y Osiris, 8

(trans Plut. Mor. Vol.V of Loeb Classical Library, 1936)



HORA NOCTIS I

(19.00-20.00)

El comerciante de especias sale a cenar

En nuestros días, se realizan viajes a la India cada año, con una tropa de arqueros a bordo del barco mercante, pues esos mares están plagados de piratas.

PLINIO, *Historia natural, 6.26*

Cuando Miyrio, el comerciante de especias, sale de casa, su mujer le besa en la mejilla y le dice: «Vuelve a casa sano y salvo». Le dice lo mismo tanto si parte para un viaje de dos años rumbo a Alejandría y a su nativa Siria como si sale unas horas para cenar, como es el caso de esta noche. No es que esa cena con Marco Manido esté exenta de peligros, apunta Miyrio con un ligero estremecimiento. Cuando llegó un mensajero para comunicarle que la cena iba a retrasarse, Miyrio especuló por un momento con la idea de que fuera porque la anfitriona, Licinia, se había comido al cocinero, crudo y sin sal.

Sin embargo, la temible Licinia no es nada comparada con los peligros que supone tratar con el propio Marco Manido. Manido, tal y como ha tenido ocasión de comprobar, en primera persona, el mercader de especias, es un lobo con piel de cordero, pues no es la primera vez que, con sus buenas maneras, se lleva una cuantiosa mordida de los beneficios de algún incauto comerciante. Te mira de ese modo suyo tan discreto y, entonces, antes de que te des cuenta, le has obligado a que te alquile un sitio en su almacén un diez por ciento por encima de los precios en vigor y le has exigido que cierre el trato en esos términos firmando un contrato

blindado.

Miyrio recuerda haber vuelto a casa sintiéndose satisfecho y ligeramente culpable por haberse aprovechado de la naturaleza amable de Manido, y luego, entrada ya la noche, haberse despertado de repente, dándosee cuenta de lo que realmente había firmado.

Con todo, Miyrio de Mira no tiene más remedio que volver a tratar con Manido una vez más —aunque esta vez, cuando se estrechen la mano para un acuerdo, tendrá cuidado de contarse luego los dedos, por si le falta alguno. Acaba de decir que el buque mercante Niño de Ío ha atracado en Ostia. El Niño es un navío típico de la época: un barco de 75 toneladas que transporta alrededor de 1.500 ánforas. Entre estas ánforas, hay una docena de cántaros perfectamente cerrados, con el pequeño sello de plomo que los identifica como propiedad de Miyrio, el comerciante de especias.

Los cántaros tienen una insólita forma, si se comparan con las habituales amphorae romanas, por la sencilla razón de que no son las habituales ánforas romanas. Proceden de Barace, una ciudad prácticamente desconocida en la costra oeste de la India. Seis de los recipientes contienen canela, incienso y jengibre —valen casi tanto como el barco que las transporta— y los otros seis contienen pimienta negra finamente molida.

> Estas ciudades de mercado [en la costa india] son visitadas con frecuencia por grandes buques mercantes en busca de grandes cantidades de pimienta y malabathrum [una planta de aroma similar a la canela].
>
> También se realizan importaciones, consistentes en lingotes, topacios, refinadas prendas y lino, antimonio, coral, vidrio, cobre, estaño, plomo, vino… y trigo para aprovisionar a los barcos, ya que aquí no se suministra.
>
> Entre las exportaciones se encuentra la pimienta, pues hay una región aquí, un lugar llamado Cottonara, que surte

a todos los mercados locales. Otras exportaciones son abundancia de finas perlas, marfil, sedas, nardo del Ganges, malabathrum del interior y piedras preciosas de todo tipo, entre ellas diamantes y zafiros.

Quienes viajan a este lugar procedentes de Egipto lo hacen preferentemente en Epiphi, que es el mes de julio.

Periplo del mar Rojo, 56

La pimienta es desorbitadamente cara: a un obrero le costaría medio mes de su salario comprar una sola libra de pimienta. Sin embargo, a los romanos les gustan las comidas especiadas, aunque muchas de sus especias —entre ellas la pimienta— deben ser importadas de fuera del imperio. La mayoría de los romanos no tienen ni idea del origen del polvo negro que realza el sabor de sus lentejas, pero Miyrio sabe que procede de Kerala, en la India (los locales se refieren a la pimienta como kari, y «curri» será luego el nombre de los platos orientales picantes). Prácticamente cualquier receta del libro de cocina romana del escritor Apicio incluye pimienta, aunque en el caso de muchos platos es, con diferencia, el ingrediente más caro.

Roma paga por la pimienta y otras especias en oro y, a veces, Miyrio se pregunta si es del todo prudente estar embarcando todos los años, literalmente, toneladas de oro procedentes de la economía romana para pagar un bien de lujo que va a parar a las cloacas imperiales a las pocas horas de ser consumido. Tal y como el naturalista Plinio el Viejo apuntaba un siglo antes:

¿Qué hay que recomendar de la pimienta, aparte de su sabor picante?

Salvo esto, es inferior a cualquier otro fruto o baya. Aun así, por esa deseable cualidad, ¡la importamos constantemente de la India!… Tanto la pimienta como el

jengibre crecen silvestres en sus países de origen y, sin embargo, aquí los compramos al peso —como si estuviéramos midiendo oro o plata.

PLINIO, *Historia Natural, 12.14.7*

Cuando importas productos tan valiosos como la pimienta para una ciudad tan venal como Roma, la principal necesidad es la de guardarlos en el almacén más seguro que puedas encontrar. Esta es la razón por la cual Miyrio sale a cenar esta noche. No es solo que Manido, su anfitrión, sea propietario de un almacén seguro contra los ladrones capaces de irrumpir desde el exterior, sino que, además, el personal de Manido es famoso por ser insobornable. Miyrio ha visto demasiados cántaros de valiosas especias «evaporarse» de habitaciones cerradas o aparecer llenos de desperdicios y con los sellos burdamente manipulados. Manido pone un precio elevado, pero al menos los productos salen de su almacén en el mismo estado en el que entraron.



TRANSPORTE DE ESPECIAS: COMERCIANTES EN EL PUERTO DE OSTIA.

Al invitar a Miyrio a la cena, Licinia había añadido sutilmente que, como comerciante, Miyrio podría estar interesado en uno de sus invitados —un viajero que había estado en Cirene y que seguramente relataría sus aventuras en la mesa. ¡Pero, por favor! Miyrio no habla a nadie de sus viajes, aunque, siendo aún muy joven, viajó lejos para hacer contactos, gracias a los cuales más tarde haría fortuna. Un viajero llegado de Cirene, ¡qué me dices! ¡Como si un viaje a

una ciudad menor en la costa norte de África contara como aventura épica! Miyrio sabe que el mundo es grande, mucho más grande de lo que el romano medio imagina, sobre todo si se considera a los ciudadanos de la propia ciudad imperial, que parecen pensar que la civilización acaba en las piedras que marcan los confines de la urbe.

Recuerda estar de pie en una playa en Taprobane (que otros más tarde llamarán Serendip, Ceilán o Sri Lanka). Estaba hablando con un marinero al que le asombraba encontrarse en un lugar tan al oeste, tan lejos del puerto de Cattigara, en Borneo, su tierra en el Sinus Magnus, una enorme masa oceánica a la que el marinero se refería como el «mar del sur de China». Miyrio le habló de las aún más distantes Galia y Britania y le contó los rumores de la existencia de tierras que se extendían aún más al oeste, todo ello mientras el marinero escuchaba con cortés escepticismo.

> Taprobane… fue durante mucho tiempo contemplada como otro mundo: los días y las hazañas de Alejando Magno fueron los primeros en dar prueba satisfactoria de que era una isla. Onesícrito, comandante de su flota, nos cuenta que los elefantes de esta isla son más grandes y se adaptan mejor a la guerra que los de la India; y sabemos por Megástenes que un río la divide, que los habitantes tienen el nombre de «paleógonos» y que su tierra produce aún más oro y perlas de gran tamaño que la propia India.
>
> PLINIO, *Historia Natural, 6.24*

Por su parte, el marinero había relatado algunas historias propias, de calzadas en la China imperial mayores que cualquiera de las calzadas romanas que Miyrio describía con tanto orgullo, calzadas tan amplias que un carril especial se reservaba para los mensajeros y funcionarios imperiales. Cuando Miyrio había preguntado con cierto escepticismo por qué un imperio tan grande no tenía contacto con Roma, la

respuesta había sido que, en verdad, China había realizado repetidos intentos. Pero que siempre que lo había intentado, los esfuerzos por entablar relaciones habían sido bloqueados enérgicamente por el pueblo parto del oeste de Asia, que sacaba demasiado provecho del comercio a lo largo de la ruta de la seda como para desear que nadie acabara con los intermediarios.

Eso había ocurrido hacía casi dos décadas. Miyrio había partido de Siria en primavera. Realizó una primera parada en el puerto árabe de Muza, donde —siguiendo las órdenes de su padre— hizo contactos para la importación a largo plazo de perfumes e incienso. Después, por iniciativa propia, viajó hasta más lejos, llegando a Ocelis justo al salir la estrella que unos llaman el Alma de Isis y otros Sirio, la «estrella del perro».

Ocelis es el principal punto de embarque para quienes desean emprender viaje a la India. El joven Miyrio había sido afortunado, porque el viento que llaman Hípalo había empezado a soplar a su llegada y los barcos de la flota comercial estaban preparados para su viaje anual. En menos de un mes, Miyrio estaba bebiendo vino con mercaderes en Muziris, una ciudad de la costa oeste de la India. Desde aquí viajó por caminos hasta las tierras de un pueblo llamado Neacindi. El principal puerto de la zona se encuentra en la desembocadura de un río —importante para Miyrio, porque la pimienta es expedida río abajo desde el interior. Según los comerciantes con los que habló, los productores de pimienta del interior tallaban los troncos dándoles forma de canoa, los llenaban con su preciada carga y transportaban así su mercancía río abajo para venderla en el puerto.

Antun [Antonino], el gobernante de Da Quin [Roma], envió delegados más allá de las fronteras, que nos alcanzaron en Rinan [Vietnam]… Este fue nuestro primer

contacto [directo] con ellos.

Crónica de Hou Hanshu, 166 d. C.

Como todos los comerciantes que recorren grandes distancias, Miyrio conoce la relación 1:5:28. El primer valor es el coste de enviar un ánfora por mar por una ruta comercial establecida. Es cinco veces más económico que transportar esa misma ánfora por río en barcaza, cubriendo la misma distancia, y veintiocho veces más económico que transportar la mercancía por tierra en carros de bueyes. Esta es la razón por la cual es más barato importar maíz de Egipto que traerlo cruzando los Apeninos desde el valle del Po, en el norte de Italia.

Desde el año 246 a. C., un canal conecta el mar Rojo con el Nilo y, desde el Nilo, las mercancías son transportadas río abajo hasta la gran ciudad de Alejandría y, de aquí, al resto del Imperio romano. Miyrio regresó por esta ruta con su primer cargamento de pimienta y especias, embarcando a finales de diciembre con los vientos del sudeste y llegando al emporio de su padre, en Siria, algo más de un año después del día en que había comenzado el viaje.

Y ahora, en la cena, estaba a punto de oír hablar de un viaje a Cirene como si fuera un periplo a los confines de la Tierra. Con todo, es de los confines de la Tierra de donde proceden las especias que están por llegar a la mesa e incluso Miyrio se pregunta dónde se encontrarán realmente esos confines.

Los viajeros procedentes de los mares de Java hablaban de tierras aún mucho más lejanas, hacia el sur y hacia el este. Otros comerciantes hablan de una ciudad perdida en algún lugar del inmenso desierto africano y, más allá de ella, de un poderoso río negro (el Níger, que significa «negro» en latín), que podría ser una rama del Nilo, aunque probablemente no lo sea. Miyrio tiene un amigo en Pompeya en cuya casa luce una estatua que, según su amigo, proviene del nordeste de la

India y otro que tiene un curioso amuleto forjado de Thule, a «seis días de viaje en barco desde el norte de Britania hacia las fronteras del mar helado» (Geografía de Estrabón, 1.4) Un lugar asombroso debe se ese Thule, porque, como dice Plinio, «cuando el sol pasa por el signo de Cáncer, puede no haber noche en absoluto, del mismo modo que en pleno invierno no hay día».

> Los fenicios partieron de Egipto pasando por el Eritreo [mar Rojo] y desde ahí hacia el océano sur. Cada otoño, desembarcaban dondequiera que hubiesen llegado, y sembraban maíz. Esperaban hasta que estaba listo para la cosecha y, una vez realizada esta, zarpaban de nuevo.
>
> Hicieron esto durante dos años seguidos y, al tercer año, regresaron a casa por las Columnas de Hércules [Estrecho de Gibraltar], completando así su viaje. A su regreso, juraron que, al rodear el punto más meridional de Libia (es decir, África), el sol de mediodía quedaba a su derecha. Yo, por mi parte, no creo esto.[14]
>
> HERÓDOTO, *Historia, libro 4*

El mundo es enorme y extraño y solo los comerciantes, en su búsqueda de nuevos productos y rutas comerciales, lo han explorado para encontrar sus confines —sin éxito. En ocasiones, Miyrio se pregunta si los dioses que supuestamente concedieron a los romanos su «imperio sin límites» se dieron cuenta de que lo que realmente estaban otorgándoles era un pedazo de tierra relativamente pequeño a orillas de un mar menor.

Miyrio realiza estas consideraciones mientras sube caminando por el monte Celio, por la calle de los artesanos de sandalias, cuyos puestos ahora, a primera hora de la noche, están cerrados y tranquilos. Tras él caminan dos de sus imperturbables empleados, en parte guardaespaldas y en parte portadores de antorchas, que le alumbrarán el camino. Uno

lleva en un hatillo la synthesis, o traje de cena, por el que Miyrio cambiará la ropa que lleva ahora puesta cuando llegue a su destino. En efecto, la toga es habitualmente la prenda romana formal, pero ha de llevarse cuidadosamente dispuesta en torno al cuerpo, con un codo flexionado como único sistema de sujeción. El conjunto no lleva broche ni nudo alguno, lo cual hace que resulte absolutamente inapropiado para una comida.

A los romanos no les gusta ver carne desnuda en público y por ello recurren a la synthesis, un conjunto colorido de prendas fáciles de combinar y de poner antes de una comida (por eso, en tiempos venideros, todo lo obtenido de modo artificial se dirá que es «sintético»). Solo alguien tan decadente como el anterior emperador Nerón usaría una synthesis como prenda de uso diario, pues la ropa que un romano viste al caer la tarde es una buena manera de hacer gala de su riqueza y su estatus. La vestidura de Miyrio, por ejemplo, es de una seda color azafrán, con dragones púrpura bordados en la orilla —mostrando de este modo su acceso a las riquezas y a los tesoros de Oriente.

Al ser esta prenda tal valiosa, Miyrio camina alerta ante cualquier movimiento sospechoso en la calle. Por ello, su vista se detiene enseguida en una figura encapuchada, que vislumbra enfrente. De haber un hombre acechando con malas intenciones, sería ese tipo. Sin embargo, parece evidente que lo que hace es esperar a que Miyrio desaparezca de su vista para poder llevar a cabo su perverso propósito: Miyrio no es su objetivo. El comerciante de especias dirige al hombre una última mirada curiosa antes de proseguir su camino hacia la cena de negocios y el inevitable desplume que le espera de manos de Manido, ese hombre de mirada amable y corazón pétreo.



HORA NOCTIS II

(20.00–21.00)

La prostituta encuentra un cliente

Cualquiera que crea que a los hombres jóvenes deben prohibírseles las relaciones sexuales con prostitutas, ¡es en verdad un personaje moralmente austero!… Se desvía además de la moral tanto del pasado como del presente… Porque ¿cuándo no se ha hecho esto? ¿Quién lo ha criticado alguna vez, quién se ha opuesto?

Cicerón, *Pro Caelio, 20*

Mamila no había pensado nunca que llegaría a echar de menos su habitación en el lupanar Larentia. El burdel en el que habitualmente trabaja y vive debe su nombre a la infame y archiconocida Aca Larentia. Esta dama fue contemporánea de Rómulo, el fundador de Roma, y de hecho, según algunos relatos, fue la madre adoptiva del fundador. Tras una carrera dedicada al entretenimiento de la flor y nata de Roma, incluido Hércules (aunque, de hecho, parece se que pocas mujeres de aquel entonces escaparon a este destino), Larentia se casó bien. Tras una vejez feliz, murió y dejó su sustancial fortuna al pueblo de Roma. Su recuerdo sigue celebrándose con una fiesta, llamada Larentina, cada 23 de diciembre.

El ideal de Mamila también es encontrar un buen marido y escapar de su vida actual. Sin embargo, es consciente de que es una ambición que comparte prácticamente con todas las mujeres del enjambre de prostitutas que frecuentan la ciudad. En consecuencia, la reserva de potenciales maridos se encuentra al borde de la extinción, por una caza desmedida.

En cualquier caso, Mamila tiene solo una vaga idea de lo que es la vida de una familia romana normal. El burdel es el único hogar que en realidad recuerda. Como muchas mujeres de la calle en Roma, Mamila fue «adoptada» al nacer —y, en este caso, «adoptada» significa recogida de la calle, donde había sido abandonada nada más nacer, y criada por las trabajadoras de un burdel.

Roma practica lo que se ha dado en llamar «control posnatal», acción brutal en virtud de la cual los hijos no deseados como Mamila son literalmente arrojados a la calle con la basura. Los más desafortunados son despedazados por perros salvajes y los algo más afortunados son recogidos de la calle para ser criados como sirvientes esclavos, mientras que los más afortunados de todos son secretamente adoptados por una pareja sin hijos, que fingirá que siempre ha sido su bebé.

Entre los dos y los cinco años de edad, Mamila pasó un tiempo en una casa de gente acomodada. Fue concedida en alquiler por el burdel que la había «adoptado», para ser una delicata, una combinación de mascota humana y compañera de juegos de la hija legítima de una pareja. Sin embargo, la misma turbia inclinación que esta noche ha llevado a Mamila a hacer la calle también la llevó entonces a ser considerada miembro inapropiado de su casa de adopción.

Mamila fue devuelta al burdel que la había alquilado a la familia. Luego, durante varios años, creció como una ancilla ornatrice, es decir, una niña que ayuda a limpiar y a peinar a las prostitutas de la casa después de cada encuentro amoroso y que también, ocasionalmente, repone las fuerzas de estas con un vaso de vino sin aguar, como preparación para la siguiente cita. Como hija sucedánea de las mujeres que trabajan en el establecimiento, Mamila no pensaba que la vida fuera tan mala. Simplemente daba por hecho que, tan pronto como el villicus puellarum (que velaba por las chicas del burdel) estuviera de acuerdo con el médico en que ya era viripotens

(capaz de estar con un hombre), tendría su propia habitación y un empleo fijo.

Sin embargo, las cosas no fueron así, porque, antes de que pudiera comenzar a trabajar en el burdel, se produjo un altercado. Tal vez la propietaria había dejado de pagar a la mafia local o se había peleado con los magistrados de la ciudad. Todo cuanto Mamila recuerda es una imagen de hombres corpulentos destrozando con garrotes el local y golpeando y violando a las chicas. Ella logró huir, pero de repente se encontró sola en la calle. Enseguida volvió al único modus vivendi que conocía, emprendiendo una peligrosa vida como prostituta sin licencia. De lo que les sucedió a sus propietarias originales, Mamila no tiene ni idea. Se había cuidado de no buscarlas, pues se consideraba a sí misma una mujer libre desde que había escapado de aquel establecimiento.

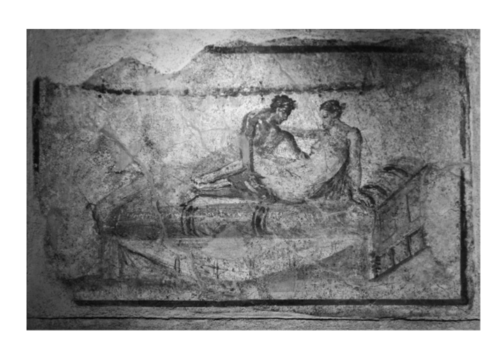
En términos generales, una mujer que tiene intención de trabajar como prostituta se presenta ante los aediles de la ciudad e informa de su nombre, su edad y su lugar de nacimiento. Después adopta un seudónimo que será su nombre de trabajo, dado que la mayoría de las familias prefieren que, si una hija trabaja como prostituta, abandone el nombre familiar. Después, el aedile concede a la mujer su licencia y realiza una estimación de lo que debe cobrar. Este no es un consejo gratuito, sino que obedece a que se exige a la mujer que pague un impuesto en función de la cantidad que cobra por cliente.

Él [Calígula] fue el primero en establecer un impuesto sobre los ingresos de las prostitutas en forma de porcentaje de lo que ganaba cada una por una sesión y añadió una cláusula, según la cual todas aquellas que hubieran sido prostitutas alguna vez debían pagarlo, aunque ahora estuvieran casadas.

El historiador Tácito comentaba con horror e indignación la historia de una mujer de la aristocracia llamada Visitilia que, a la vista del castigo que iba a imponérsele por sus numerosos devaneos, eludió la ley simplemente solicitando una licencia de prostituta (licentia stupri). Cuando los aediles no pudieron encontrar razón alguna para no concedérsela, la dama continuó con su vida como hasta ese momento, aunque pagando por ello.

Muchos romanos de la clase trabajadora consideran que la prostitución autorizada es simplemente una opción profesional más, mientras que la vida de una chica no registrada es, en el mejor de los casos, «marginal». Tiene que competir con las prostitutas legales más baratas y la mayoría de ellas trabajan por poco más que una hogaza de pan y una medida de vino. Así pues, Mamila se consideraba afortunada por haber conocido a Sírico, un malvado hombrecillo. Tras cuidadosas negociaciones, la pareja formó una sociedad. Mamila atraería a sus presas a callejones y tranquilas alcobas y, allí, los futuros clientes serían despojados de sus bolsos, vestiduras y cualquier otra cosa de valor por Sírico a punta de daga.

Pero Mamila era consciente de que la vida de una galina —como eran llamadas estas prostitutas ladronas— suele acabar mal, bien en algún anónimo callejón, bien de forma dramática en la arena (a los magistrados les gusta ser sádicamente creativos con los castigos ejemplares que imponen a las mujeres condenadas por su profesión). Por ello, aun obteniendo beneficios de su proceder criminal, Mamila planeaba escapar.



Escena de prostíbulo en Pompeya.

A Lucio [en la forma de asno], le horroriza la perspectiva de tener sexo en público con una mujer:

Un soldado corrió a sacar a una mujer de su celda. Como dije antes, ella había sido condenada por sus numerosos crímenes, e iba a ser arrojada a las fieras después de copular conmigo. Para tal fin se había preparado un diván, ricamente decorado con carey de la India, un colchón de plumas y una colcha de seda floreada.

Ya era lo suficientemente horrible que tuviera que humillarme teniendo sexo públicamente con esa mujer indecente. Pero además, temía por mi propia vida. Cuando estuviéramos trabados en el abrazo de Venus, ¿a qué animal salvaje soltarían para que devorara a la mujer? Fuera el que fuese, difícilmente estaría tan bien entrenado y sería tan extrañamente amable como para abalanzarse sobre ella y perdonar a la inocente bestia atrapada entre sus muslos.

Apuleyo, *El asno de oro, libro 10*

Guardando con esmero las ganancias ilícitamente obtenidas, Mamila logró deshacerse de Sírico (según cuentan, él sigue buscándola), se cambió de nombre y se registró oficialmente ante las autoridades. Después, alquiló una habitación en el lupanar Larentia, al otro lado de la ciudad. Hablar de «habitación» es quizá exagerar un poco, pues lo que en realidad tiene Mamila es un angosto cuchitril sin ventana y

con una cortina que lo separa del corredor principal. Junto a la cortina, hay un pequeño letrero en el que se lee su nombre, el precio y sus especialidades. En el reverso figura escrita la palabra «ocupado». Cuando un cliente entra en la alcoba, da la vuelta al letrero para que otros sepan que deben esperar su turno.

El cubículo de Mamila cuenta con una cama de sólido hormigón y, para compensar la dureza de la base, un grueso colchón, cubierto con una manta que, por motivos obvios, se cambia con frecuencia. La razón por la cual el cuarto de Mamila es el que menos gusta es la falta de ventilación. Como consecuencia de ello, no deja de inhalar el humo de su lámpara de aceite, a pesar de las frecuentes visitas a los baños. En efecto, una ventaja de su oficio es que, al no ser una mujer respetable, Mamila no está vetada en los baños cuando hay hombres presentes. No solo puede bañarse a cualquier hora del día, sino que habitualmente entra gratis quince minutos antes de la apertura.

No es la vida que hubiese elegido, pero, hasta la pasada noche, Mamila pensaba que se las iba arreglando. Es verdad que sus buenas intenciones en cuanto a ahorrar para la vejez parecían esfumarse en presencia de vestidos de amorges o perfumes árabes, pero tenía un empleo estable, una clientela fija y casi toda la vida por delante.

Las Floralia [fiestas de la diosa Flora] se celebraban con desenfreno de todo tipo. Las prostitutas usaban su libertad de palabra para dar rienda suelta a todo tipo de obscenidades y, alentadas por la chusma, se quitaban la ropa. Entonces se movían con gran expresividad de gestos y tenían al gentío fascinado con sus contoneos de caderas.

LACTANCIO, *Instituciones Divinas, 20,6*

Entonces Mancino, ese estúpido edil, tuvo que venir a aporrear su puerta después de medianoche. Mamila no se

arrepiente de haber arrojado el tiesto sobre la cabeza del magistrado y, de hecho, se enorgullece en secreto de su mano firme y de su buena puntería. Sin embargo, se lamenta de que, como consecuencia de su impetuoso acto, haya sido expulsada temporalmente del burdel hasta su presentación ante el tribunal a la semana siguiente.

Después, si la amenaza de Mancino se hace realidad, Mamila será condenada a servir como esclava de campaña del ejército romano. Esta es una vida pesada y de uso continuado de sus servicios, interrumpido cada cierto tiempo por momentos de auténtico terror, cuando las tropas entran en acción. Las mujeres que acompañan en campaña al ejército son las últimas personas a las que se da de comer y las primeras en ser abandonadas cuando el peligro acecha. Básicamente, es el equivalente al trabajo de esclavo en las minas al que podría ser condenado un hombre.



LÁMPARA DE ACEITE ROMANA CON DECORACIÓN ERÓTICA.

Como consecuencia de todo lo ocurrido, durante la semana siguiente Mamila trabajará como nonaria, «chica de la hora novena». Este es el término que se aplica a las prostitutas que hacen la calle y a las que solo se permite ejercer cuando la mayor parte de la gente ha terminado de trabajar, a la hora novena (3 p.m.). Si se aplica debidamente, espera ganar lo suficiente para poder pagar la visita a un jurista y encontrar la mejor manera de presentar su defensa ante el juez por el

altercado con el edil.

Por eso ahora se arrepiente de haberse desviado hacia la zona baja del monte Celio. Esta colina es en sí misma un bastión de respetabilidad o, al menos, la gente que vive allí puede mantener a sus propias esclavas concubinas, lo cual cuenta como ser respetable. En la zona baja están instalados los obreros que se ganan la vida ofreciendo servicios a quienes viven colina arriba y la mayoría de los negocios de esta gente están ya cerrados a esta hora de la noche. Hay pocos clientes. Al mismo tiempo, tampoco tiene sentido continuar hacia la Suburra, o las Carinae, al pie del monte Esquilino. Esa zona está plagada de burdeles, tabernas y trabajadores por cuenta propia y, francamente, Mamila prefiere menos competencia.

> Un hombre dejó embarazada a su esclava. Al nacer el bebé, el padre sugirió matar al niño. El genio respondió: «Mata a tu propio hijo y después dime a mí que mate al mío».
>
> FILÓGELOS, *57*

Mamila está pensando si desviarse hacia abajo en dirección al Coliseo para ver si puede hacer negocio alrededor de la fuente o al pie de la gigantesca estatua del dios Sol que da nombre a la zona. Los arcos —fornes— del enorme estadio que domina el área del Coliseo son tan populares entre las prostitutas que se dice que son el origen de la palabra «fornicación». Sin embargo, Mamila se detiene a la vista de un pequeño grupo de gente que avanza por la calle de los artesanos zapateros.

Parece un grupo que acude a un evento social y, dada la hora, llegan tarde. El tipo asiático bien vestido es evidentemente el líder del grupo: dirige a Mamila una sola mirada, pero la aparta al instante. Los sirvientes que le siguen también la ignoran y fijan su mirada, en cambio, en una extraña pareja al otro lado de la calle.

Uno es una figura encapuchada que, evidentemente, trata de evitar a toda costa llamar la atención. El otro es un hombre corpulento, que ha pasado por detrás de un puesto callejero y se ha detenido ahí. El hombre encapuchado espera, bajo la mirada escrutadora del grupo, a que este prosiga su camino, y después mira nervioso al hombre corpulento. Pero entonces este ve a Mamila y ambos intercambian una lenta mirada de mutuo aprecio y evaluación.

Si quieres un buen polvo, busca a Ática. Son solo 16 monedas de cobre.

GRAFITI POMPEYANO, *Corpus Inscriptiones Latinarum, 4.17.61*

No es que resulte muy difícil imaginar lo que Mamila está haciendo allí. No es tan descarada como las dorides (mujeres que aguardan desnudas a la entrada de algunos burdeles y tabernas para atraer a quienes pasan por ahí), pero lleva puesta una toga. En un hombre romano, la toga es símbolo de respetabilidad. En una mujer romana de dudosa honra, la toga es una prenda realmente práctica pues, al no llevar cierres, a) cae al suelo con un hábil movimiento de hombros y b) una vez en el suelo, la prenda —que en realidad es un semicírculo de gruesa lana tejida— forma una suave manta, sobre la cual tiene lugar el siguiente paso.

El encapuchado sigue la mirada del hombre corpulento y dice algo con cierto nerviosismo. De mala gana, el fortachón continúa caminando, y Mamila lel sigue esperanzada, a una distancia de unos cuarenta pasos. La figura encapuchada se detiene en un pequeño portal que se abre en un muro, por lo demás anodino. Tras echar una furtiva mirada a su alrededor, que atrae la atención hasta de las palomas, a esas horas los únicos ocupantes de la calle, el encapuchado se desliza hacia el interior del portal. Al hacerlo, murmura algo al fortachón y se ve un brillo de plata que pasa entre sus manos.

Mamila se queda quieta, sonriendo con descaro mientras el

hombre corpulento se acerca.

Cándida (blanca) me enseñó a odiar a las chicas morenas, de modo que las odiaré —como mejor pueda. Preferiría amarlas, en cambio. Venus Física escribió esto.

GRAFITI EN LA PARED DE ENTRADA A UN BURDEL DE POMPEYA.

Corpus Inscriptiones Latinarum, 6.14.43 1520

«Oye, chicarrón. ¿Tienes algo para mí?»

La frente con la marca del casco, el torso supermusculado, o es un exsoldado que ha levantado pesas o es un gladiador.

El interés del gladiador es evidente, y no solo por su expresión. Extiende una mano, mostrando monedas por valor de un día de salario.

«Mi cliente me dice que te dé estas monedas y que, a cambio, olvides que lo has visto aquí».

Cuando Mamila va a agarrar el dinero, el gladiador retira la mano, como jugando. «No, no, no. Si lo quieres, has de ganarlo. Se supone que estoy vigilando esa puerta de ahí, pero creo que tendremos también un buen campo de visión desde ese callejón. ¿De acuerdo?

Sin esperar respuesta, agarra distraídamente a Mamila y la toma bajo su brazo como si fuera un fardo de ropa. Emboca con determinación la oscura callejuela, arrastrando Mamila su descolocada toga, como si fuera la cola de un vestido de novia.

Mamila apeló ante los tribunos de la plebe, declarando que Mancino había ido a buscarla ataviado de fiesta y había intentado irrumpir a la fuerza… Los tribunos decidieron que si él [Mancino] había ido a continuar allí la fiesta, había sido justamente tratado; si había ido como magistrado, no era en absoluto apropiado que allí estuviera.

AULO GELIO, ND, 4.14



HORA NOCTIS III

(21.00–22.00)

El astrólogo elabora un horóscopo

Considera siempre el universo como una entidad viva en sí, con una forma y un alma. Observa cómo todo se refiere a una percepción, la percepción de esta entidad viva única. Mira cómo todas las cosas actúan con un movimiento único; y cómo todas las cosas son la causa interactiva de todo lo demás. Mira cómo la red de la vida se forma así en su trama y textura.

MARCO AURELIO, *Meditaciones, 4, 40*

El cliente entra en la habitación y el astrólogo Balbilo tiene la tentación de esconder la cara entre las manos ¿Cómo Ofela, ese hombre conocido como maestro de la intriga, despiadada mano derecha del poderoso Lucio Ceionio Cómodo, presidente del senado de Roma, puede ser tan malo en un asunto clandestino?

¿De verdad se había paseado por las calles de Roma de esa guisa? Era como si llevara un letrero proclamando «Juro que no tramo nada bueno». Balbilo espera que no, porque lo último que desea es que llegue a saberse una sola palabra de la consulta astrológica que le tiene ocupado esta noche. Lo que va a hacer con Ofela podría interpretarse como alta traición, porque van a intentar averiguar cuándo y cómo morirá el emperador Adriano.

(No es que el propio Adriano no lo sepa ya. De todos es sabido que el emperador es tan experto astrólogo que todos los años, en las calendas de enero, redacta por escrito todo lo

que le sucederá durante el año que comienza. De hecho, se rumorea que tiene constancia de lo que estará haciendo justo a la hora de su muerte.)

Evidentemente, los emperadores no están interesados en que la gente en general conozca cuándo se predice que mueran, por temor a que los altos cargos políticos enemigos quieran aprovechar ese momento para asegurar sus propósitos. Por consiguiente, calcular el horóscopo imperial suele ser una labor muy poco recomendable. No obstante, hay gente como este cliente —un senador relativamente menor— para quien saber cuándo tendrá lugar un cambio de gobierno no es una cuestión de oportunidad política, sino de mera supervivencia. Aparte del horóscopo del emperador, a Balbilo se le ha pagado una pequeña fortuna por elaborar el horóscopo del patrono de Ofela, Lucio Ceionio Cómodo, y de su más feroz enemigo, Pedanio Fusco Salinator. En resumen, Ofela paga por una descripción de lo que sucederá cuando Adriano muera, y por saber quién le sucederá en el trono imperial.

> Cierto adivino advirtió a César de que correría grave peligro ese día de marzo que los romanos llaman Idus. Cuando amaneció ese día y César iba de camino hacia el edificio del senado, se encontró con el adivino y, bromeando, le dijo, «Mira, los Idus de marzo han llegado».
>
> «Ya», murmuró el vidente, «pero aún no han pasado».
>
> PLUTARCO, *Vida de César, 63*

Por un momento, Balbilo se distrae al recordar un chiste popular: una mujer acude a un astrólogo y le pide que le lea el horóscopo de su hijo enfermo. Tras saber que el chico tiene por delante una larga y próspera vida, la mujer, agradecida, promete pagar al astrólogo al día siguiente. «Págame ahora», le dice el astrólogo. «Por si acaso».

Aunque en realidad no tiene nada que ver con la astrología,

Balbilo cree que puede predecir con cierta seguridad que el emperador Adriano morirá pronto y que la causa será una enfermedad del corazón. Hace unos años, Balbilo se encontraba entre la multitud cuando el emperador acababa de inaugurar el templo de Venus y Roma. Por casualidad, Adriano había pasado tan cerca del astrólogo que este había visto un surco transversal en el lóbulo de la oreja del emperador. Balbilo tiene un surco similar en la oreja y su experiencia familiar le dice que, quienes tienen esta marca, presentan una mayor tendencia a morir de insuficiencia cardíaca congestiva. Dada la tensión que supone la carrera imperial (hasta hora, ocho de los doce emperadores romanos han muerto o bien de forma violenta o bien en circunstancias altamente sospechosas), un corazón imperial, aun estando sano, se halla sujeto a un elevado grado de estrés. Si Adriano tiene un defecto coronario, aunque sea leve, entonces su destino está escrito en el lóbulo de su oreja, más que en las estrellas.

Ofela está deseando comenzar con la carta astral. Ha mandado a un gladiador que vigile la puerta para que nadie les moleste y, ahora que ya ha mostrado sus cartas, quiere acabar con el asunto y olvidarlo lo antes posible. La primera cuestión —y el primer obstáculo que ha traído de cabeza a los conspiradores durante la pasada semana— es que el astuto Adriano no tiene intención de facilitar la labor a quienes desean calcular su horóscopo. En consecuencia, nadie sabe con exactitud cuándo ni dónde nació el emperador.

Indagando con suma discreción, Ofela ha descubierto que el emperador celebra su cumpleaños el día 24 de enero y que su nacimiento tuvo lugar en el año 829 a.U.c. (ab Urbe condita —años desde la fundación de Roma), o en el año 76 d. C. en una posterior estimación. Esto significa que el Sol estaba en Acuario y que Adriano tiene los signos dominantes de Acuario, Capricornio y Piscis, siendo Urano y el Sol los

planetas que rigen. Hasta aquí, todo bien, pero el ángulo de la luna en el ascendente se encuentra determinado por el lugar de nacimiento y, aunque algunos dicen que se produjo en Itálica, Hispania, otros insisten en que tuvo lugar en realidad en Roma. Naturalmente, Adriano no tiene intención alguna de aclarar esta duda y sus asistentes más bien insisten en saber los motivos exactos por los que la persona que pregunta desea conocer tales detalles.

Al final, Balbilo había decidido que lo más fácil era calcular dos horóscopos, uno para cada lugar de nacimiento, y esperar con optimismo que Adriano no estuviera jugando al despiste con su fecha de nacimiento.

Otra historieta popular irrumpe traicioneramente en la mente del astrólogo:

> *En un viaje al extranjero, un hombre joven visita a un astrólogo para obtener información sobre cómo se encuentra su familia en su ausencia. Después de comprobar lo datos astrales del joven, el astrólogo le informa con seguridad de que todo va bien en casa y de que su madre y su padre prosperan.*
>
> *«¡Para!» dice el joven. «Mi padre lleva muerto quince años».*
>
> *El astrólogo consulta de nuevo la carta astral y dice compasivo al joven: «No tienes ni idea de quién es tu verdadero padre, ¿no?».*



Augusto era capricornio.

La familia Balbilo

El primer Balbilo era hijo del célebre astrólogo Trasilo, amigo del emperador Tiberio, quien en una ocasión estuvo a punto de arrojar a Trasilo por un precipicio por predecirle el éxito, cuando lo que le esperaba era un miserable exilio. Sin embargo, Trasilo señaló un barco y predijo correctamente que llevaba noticias de la restauración del poder de Tiberio en Roma.

El hijo de Trasilo fue astrólogo en la corte de Claudio, Nerón y Vespasiano. Tras servir a estos tres emperadores tan diferentes, escribió un tratado de astrología, del que se han conservado algunos fragmentos. Séneca, filósofo y hombre de letras, lo describió como «un hombre de conocimientos esotéricos». Balbilo murió en Éfeso en torno a los días en los que nació Adriano.

Su hija se llamaba Claudia Capitolina y, de haber tenido un hijo, este podría ser el Balbilo del que hablamos aquí.

En otras palabras, basura y más basura: Balbilo no tiene ni idea de la exactitud de la información que está utilizando para

calcular el futuro de Adriano. Él sabe que ese trabajo ya está hecho, que Adriano aprendió sus habilidades astrológicas de su tío paterno Elio, considerado uno de los mayores expertos de su tiempo en la materia. Él mismo apuntó que el horóscopo de Adriano cumplía con los principales prerrequisitos de todo horóscopo imperial, en el que:

> *El Sol epicéntrico y la Luna estaban servidos por igual por otros cinco planetas. Por encima de todos, el Sol y la Luna se encuentran en los puntos clave esenciales: esto es, en el punto horoscópico o en el mesouranema, y son así servidos por todos los planetas. Por consiguiente, estos aspectos hacen que quienes nacen bajo tal conjunción se conviertan en reyes que gobiernan muchos pueblos.*
>
> FRAGMENTO TOMADO DE *Apotelesmática de Antígono de Nicea*

Tener un tío cuyas adivinaciones revelan que tienes una carta astral de emperador es sin duda una inquietante bendición. Cuando un tal Vetio Pompustio descubrió que tenía un horóscopo imperial, lo consideró una divertida curiosidad, hasta que el emperador de entonces (Domiciano), nada divertido en cambio, mandó ejecutarlo, por si acaso.

Más sensato fue, quizá, el enfoque del padre de Domiciano, Vespasiano. Cuando los informadores le llevaron noticias de un senador cuya carta astral predecía (erróneamente) que sería emperador, Vespasiano no mandó matar a aquel hombre. En lugar de ello, le entregó como regalo un extenso territorio. Cuando el hijo de Vespasiano preguntó a su padre a qué estaba jugando, el viejo y astuto emperador contestó: «Parece ser necesario que algún día este hombre nos deba un gran favor».

Mientras trabaja con sus números, Balbilo se topa con otro imprevisto.

Resulta que Ofela es un astrólogo aficionado. Tras discutir por diversas interpretaciones de los datos, llegan a una

discusión teológica. Ofela sigue las enseñanzas de Ptolomeo de Egipto, que es sin duda un excelente astrólogo, cuyas obras determinarán el curso de la astrología en el futuro. Sus tratados —el Almagesto y el Tetrabiblos— están destinados a perdurar siglos, si no milenios, por lo bien que explican los fenómenos celestes y por su interpretación.

Claudio Ptolomeo

Nacido en Egipto en fecha desconocida, Ptolomeo escribió lo mejor de su obra a principios del siglo II. Probablemente basó sus cálculos matemáticos en el trabajo de Teón de Esmirna y, además, tuvo acceso a abundante material en la gran biblioteca de Alejandría.

En realidad, su tratado *Almagesto* no era conocido por este nombre en Roma, pues este título procede de una traducción del griego al árabe, y solo en la Edad Media sería traducido al latín. Junto con los *Elementos de geometría* de Euclides, es uno de los textos científicos que más tiempo han perdurado.

Tan bien describió Ptolomeo los fenómenos astronómicos de su tiempo, que su teoría, que situaba la Tierra en el centro del universo, estuvo vigente hasta la invención del telescopio. En aquellos días, se utilizaba el «Universo ptolemaico» para describir una teoría que explicaba todos los datos conocidos, aun siendo completamente errónea.

Sin embargo, Ptolomeo es la personificación de un fenómeno que ha irrumpido recientemente en el escenario de la astrología. Si por un lado ha reunido a multitud de seguidores, como el pesado de Ofela, por otro lado muchos profesionales como Balbilo prefieren trabajar con el sistema de Marco Manilio, cuyo trabajo es varias generaciones

anterior al de Ptolomeo. La familia Balbilo ha sido siempre una familia de astrólogos y una de las razones por las cuales Ofela ha decidido consultar a Balbilo es porque se rumorea que Manilio transmitió personalmente a Trasilo, el bisabuelo de Balbilo, el Gran Secreto: la manera de calcular el tiempo que va a vivir una persona mediante la astrología.

«Pero Ptolomeo ha hecho de la astrología una ciencia», argumenta Ofela. «No tienes más que mirar sus fórmulas matemáticas».

«El sistema de Manilio funcionó en el caso de Domiciano», replica Balbilo. Se produce una pausa y ambos reflexionan sobre la relación entre el «no llorado» emperador Domiciano y los astrólogos de la época de su imperio. Tal fue el caso, por ejemplo, del astrólogo Ascletario, iniciado en el Gran Secreto. Llevado ante el emperador, este le preguntó si podía predecir su propio destino, a lo que el astrólogo respondió que sí. Su cadáver, dijo, sería despedazado por los perros, y ocurriría muy pronto. Domiciano razonó que si ese hombre pensaba que iba a morir pronto, debía probar que estaba en lo cierto. De lo contrario, en cualquier caso, merecería la muerte, por ser un insolente charlatán.

Por consiguiente, mandó ejecutar al hombre. Pero ordenó que, en lugar de ser arrojado a los perros, se diera a su cuerpo digna sepultura. Más tarde, mientras el emperador estaba cenando, un invitado mencionó un extraño incidente —una pira funeraria se había derrumbado por un repentino vendaval y, antes de que los asistentes pudieran detenerlos, perros salvajes habían desgarrado el cadáver— que era el de un astrólogo de nombre Ascletario.

También le afectó a Domiciano una profecía, según la cual «Habrá sangre sobre la luna al entrar en Acuario y un acto se llevará a cabo del que todos hablarán en el mundo entero». En efecto, al caer la noche antes de su muerte, la luna se tiñó de rojo sangre —como sucede cuando el viento del sur arrastra

polvo del Sahara hacia las capas superiores de la atmósfera. El problema, como bien sabía Domiciano, conocedor de los fenómenos astrológicos, era que en esta ocasión la luna iba a entrar en Acuario en la quinta hora de ese preciso día.

Esto, junto con otro signos y portentos, permitió a Domiciano conocer la hora exacta de su muerte. Llegada la hora, el emperador esperaba nervioso, rodeado por guardias supuestamente leales. Entonces, preguntó qué hora era. Según los planeado, sus libertos le dijeron, faltando a la verdad, que era la hora sexta. Aliviado por el hecho de que la hora anunciada para su muerte hubiera pasado, Domiciano salió raudo y feliz a prepararse para un baño y allí, en el dormitorio, encontró a su asesino, exactamente según lo previsto.

Para que el sistema de Manilio funcione a la perfección, el astrólogo necesita conocer no solo el momento y el lugar exactos de nacimiento, sino también el momento de la concepción, pues como el insigne hombre apunta:

> *El destino gobierna el mundo y todas las cosas están determinadas por una ley establecida; cada edad está marcada por un destino establecido. En el momento en que nacemos, comenzamos a morir, y nuestro fin depende de nuestro comienzo.*

A diferencia de Ptolomeo, que prefiere basar sus adivinaciones principalmente en el signo solar, los seguidores de Manilio tienden a dar la misma importancia a la Luna y al signo ascendente. Este es el motivo por el cual, en las décadas anteriores a que el sistema ptolemaico arraigara, muchos dirigentes romanos tomaron un signo astrológico distinto de su signo solar. Por ejemplo, el emperador Augusto (nacido el 23 de septiembre) era —de acuerdo con Ptolomeo— Libra. Sin embargo, Augusto se consideraba Capricornio. Las personas con ascendente Capricornio son competentes,

buenas gestoras, atentas a su imagen y decididas. A menudo tienen una infancia difícil, por circunstancias como —en el caso de Augusto— tener que afrontar una enfermedad, ser el protegido de Julio César y tener que superar el asesinato de su mentor.

> En su retiro en Apolonia, fue con su amigo Agripa a visitar a Teógenes, el astrólogo, a su observatorio en el tejado. Agripa, que fue el primero en consultar los hados, obtuvo como predicción grandes y casi increíbles fortunas; Augusto no quiso dar a conocer su nacimiento y persistió durante algún tiempo en la negativa, por una mezcla de vergüenza y miedo, no se le auguraran fortunas inferiores a las de Agripa.
>
> Sin embargo, siendo persuadido tras mucha insistencia para que lo declarara, Teógenes se levantó de su asiento y le rindió honores. No mucho tiempo después, Augusto tenía ya tanta confianza en su maravilloso destino que hizo público su horóscopo.
>
> SUETONIO, *Vida de Augusto, 92*

Adriano, nacido (supuestamente) el 24 de enero, es Acuario. Por consiguiente, como cabría esperar de un hombre cuya afición es la arquitectura y al que le gusta experimentar con cúpulas, este Acuario está interesado en la tecnología. Las personas con esta fecha de nacimiento se supone que son muy inteligentes (Adriano es un polímata) y algo inseguras (Adriano tiene el hábito de volverse de repente en contra de amigos que piensa que pueden haberle traicionado). Dado que su fecha de nacimiento está emparejada con el aire, Adriano muestra inclinación a viajar —tan lejos como a Britania, África, Asia Menor y Egipto. Su fecha de nacimiento está ligada a aptitudes psíquicas y espirituales.

«Sí, sí», murmura Ofela, «pero, ¿cuándo morirá?».

Bien, piensa Balbilo, es probable que una insuficiencia

cardíaca mate al emperador. Ahora bien, Aries gobierna la cabeza, Tauro gobierna el cuello, Libra la ingle y Cáncer el pecho. Hay que tener en cuenta que el corazón se encuentra en el pecho y el signo de Cáncer se extiende desde el 21 de junio hasta el 22 de julio… así que, mirando la posición de Júpiter y del resto de planetas y la alineación del sol con Acuario…

«Julio. Hasta donde mis habilidades me permiten saber, el emperador morirá en los idus [15] o poco antes de los idus de julio».

> Después de esto, Adriano dejó [Roma] por [la villa costera de] Baiae. Se permitió que [el futuro emperador] Antonino gobernara Roma. Pero el estado de Adriano seguía siendo crítico, de modo que mandó buscar a Antonino, y murió en su presencia el día sexto antes de los idus de julio.
>
> ADRIANO, Historia Augusta, 25



HORA NOCTIS IV

(22.00–23.00)

El gladiador se exhibe con orgullo

Para Sergio, el gladiador, su vida está bien. Es una vida muy sencilla. En una ocasión, un antipático colega suyo apuntó que el fin fundamental del cerebro de Sergio era mantener sus orejas separadas; pero esto no es del todo cierto. Es simplemente que, para Sergio, la vida consiste básicamente en luchar, fornicar y encontrar a alguien que pague por ello.

Del mismo modo que rara vez le faltan compañeras de cama dispuestas, tampoco le resulta difícil participar en un combate. Ha sido entrenado hasta el filo de la muerte en la escuela de gladiadores (y sabe de varios hombres fallecidos que fueron entrenados como él). Este centro es un lugar cruel, donde el lanista (preparador de gladiadores) puede golpear con una maza o un látigo o marcar con un hierro a los hombres a su cargo. Como todo gladiador que acude a la escuela, Sergio ha realizado también el juramento del gladiador: «uri, vinciri, verberari, ferroque necari» («me someteré a ser quemado, atado y golpeado. Puedo morir a hierro»).

Es un oficio brutal. Un aprendiz que no progresa adecuadamente puede incluso ser elegido para enfrentarse a un rival más competente, simplemente para dar a este la oportunidad de que practique matando. Y, aunque ya no está obligado, Sergio sigue asistiendo a la escuela y, mientras está allí, aprovecha la oportunidad para entrenar como si le fuera la vida en ello, porque en realidad así es.

Ave Caesar

«*Ave, Caesar, morituri te salutant!*». Este es el célebre saludo con el que muchos suponen que comenzaba cada pelea de un gladiador. Solo que no era así. Por cuanto sabemos, esta fórmula solo se utilizó una vez. Fue en aquella ocasión en la que, para celebrar el final de las obras públicas en el lago Fucino (ahora drenado), el emperador Claudio organizó una parodia de batalla naval, escenificada por cautivos criminales (si se puede hablar de «parodia de batalla», ya que para los participantes fue una batalla muy real).

Los prisioneros reunidos dieron la bienvenida a Claudio con el ahora célebre ¡Salve, César. Los que van a morir te saludan!», a lo que Claudio contestó de manera enigmática «*Aut non*»
(«O no»). De hecho, perdonó luego la vida a muchos de los supervivientes.

Sin embargo, después de su uso por parte de luchadores que no eran precisamente gladiadores, parece ser que este famoso saludo sentenciador no volvió a utilizarse.

SUETONIO, *Vida de Claudio,* 21

Sergio es un auctoratus. Esto significa que, mientras que la mayoría de los gladiadores luchan porque no tienen elección, Sergio es gladiador porque quiere serlo. Condenado en origen a luchar en la arena como castigo por bandidaje, hace cinco años Sergio alcanzó cierta fama en el Coliseo al acabar con la vida de un conocido adversario. Sabiamente, invirtió el dinero que había ganado con este combate en «comprar su libertad». La posesión de la que más se enorgullece es su rudis, la espada de madera que recibió junto con su libertad. Esta espada es la prueba de que borró su crimen con su valentía y, aunque nunca podrá ser ciudadano romano, la buena vida de Roma

está ahí para que la disfrute.



Bajorrelieve en el que aparecen gladiadores entrenando.

Sin embargo, por muy libre que sea, una pared de músculo de metro-ochenta necesita un empleo. De manera que Sergio sigue luchando en la arena como murmillo, gladiador fuertemente armado que pelea con un escudo de las legiones romanas y utiliza una pesada espada tipo puñal, de la longitud de su antebrazo. Aunque lleva una armadura parcial cuando pelea, su orgullo y su joya es el yelmo, un casco de ala ancha de acero tracio, con decoración de espirales grabadas en oro. Una rejilla oculta su cara durante el combate, y sobre el casco luce una ancha cimera, como la aleta de un pez (mormylos), que da nombre al murmillo. Labradas en la cimera, Sergio luce escenas del combate que le valió su fama y su libertad.

Sergio ha luchado una vez este año —y perdió. Afortunadamente, solo uno de cada cinco combates de los gladiadores son mortales. Esta pelea formaba parte de las Cerealia de finales de abril y se libró con espadas romas. Después de todo, los gladiadores son inversiones muy costosas y sus propietarios (o, en el caso de Sergio, sus representantes) no quieren verlos muertos. No obstante, cuando el emperador patrocina los juegos, o en el festival de las Saturnalia —cuando Sergio tendrá el siguiente combate— las cosas son muy distintas. Entonces, los combates son a muerte. De hecho, antes de la lucha, el editor, que organiza los juegos de las Saturnalia, presenta las espadas de Sergio y su oponente, para comprobar en primera persona que están mortalmente afiladas. Sergio espera nervioso la ocasión, porque será su combate de vuelta con el gladiador

hoplomachus (de estilo griego), que le humilló la última vez.

¿El pulgar hacia abajo significa «perdonado»?

Es verdad que los romanos indicaban el destino de un gladiador derrotado con el *pollice verso* («pulgar girado»). Sin embargo, en ningún sitio se dice en qué sentido se giraba el pulgar. Piénsalo. El gladiador derrotado se sostiene agarrándose a la rodilla de su oponente y se le da muerte mediante un movimiento hacia debajo de la espada, que le corta el cuello.

De modo que, sostén la espada imaginaria con la que vas a acuchillar a tu adversario y observa dónde queda tu pulgar. Apunta hacia arriba. Ahora, en lugar de matar a tu oponente, envaina la espada —como hacían los romanos— en el costado opuesto de tu cuerpo (es decir, si eres diestro, envaina la espada sobre tu cadera izquierda). Tu pulgar quedará abajo.

Por consiguiente, puede ser que el pulgar hacia arriba indicara «acuchíllalo» y el pulgar hacia abajo significara «guarda la espada».

Dos combates al año es una cifra que se encuentra por debajo de la media de número de veces que suele pelear un gladiador a tiempo completo. Esto explica probablemente por qué, a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, Sergio ha llegado a los treinta. Aunque se le paga una cuantiosa suma por cada pelea —aproximadamente el equivalente a las ganancias de un año de un experto artesano— Sergio tiene gustos caros y una desafortunada inclinación a apostar por el perdedor en las carreras de carros. Se supone que el juego es ilegal en Roma, pero en poco afecta esta prohibición a Sergio, que tiene amigos tanto en las altas como en las bajas esferas.

Todo gladiador sabe lo que le sucede a un hombre que no

puede pagar sus deudas de juego, por lo que, al igual que muchos de sus colegas, Sergio tiene un rentable negocio complementario, que consiste básicamente en partir científicamente dedos, piernas y rodillas (a petición) a deudores que no pagan. Aparte de encargarse de los morosos, Sergio también mantiene contentos a los acreedores con trabajos de guardaespaldas. Este servicio suele pagarse por horas y lo solicitan aristócratas que desean tener un guardaespaldas para exhibir su importancia, más que para protegerse de algún peligro real. No obstante, hay ocasiones —como esta en la que Sergio acaba de realizar su labor de forma tan deficiente— en las que un encuentro clandestino podría tornarse violento sin la imponente figura de un gladiador vigilando en la sombra.

Sergio no tiene ni idea de lo que ha ocurrido del otro lado de la puerta que ha estado vigilando esta noche. Un cónclave de contrabandistas, una reunión secreta de traidores o una negociación entre jefes de bandas callejeras —Sergio ha puesto paz en muchas ocasiones en encuentros de este tipo y le preocupan menos los procedimientos que su salario. Con la moneda a buen recaudo en su bolso, se apresura hacia su siguiente cita de trabajo: una casa de la aristocracia en el monte Celio, donde acaba de terminar una cena.

Aunque él [Alipio] aborrecía este tipo de espectáculos, un día ocurrió que se encontró con un grupo de amigos y compañeros de estudios que regresaban de una cena. Con amistosa violencia, lo arrastraron a empujones y gritos hasta el anfiteatro, un día de celebración de uno de esos crueles y asesinos espectáculos.

Él protestó, «Podéis arrastrar mi cuerpo y sentarme allí. Pero no podéis hacer que mis ojos ni mi mente atiendan a ese espectáculo. Estaré ausente mientras esté presente».

¡Si tan solo hubiera cerrado también los oídos! Uno de

los combatientes cayó en la lucha y el enorme clamor de espectadores lo revolvió con tanta fuerza que la curiosidad lo asaltó… Abrió los ojos y se sintió herido en el alma más profundamente que la propia víctima en su cuerpo… Porque, tan pronto como vio la sangre, su mente bebió también de ella con furor salvaje, y no se apartó, sino que fijó la mirada en la sangrienta diversión. Se empapó de la locura del deleite en la malvada contienda, embriagado de deseo de sangre.

SAN AGUSTÍN, *Confesiones, 6.8*

Un buen anfitrión pone fin a una cena con algún entretenimiento. Sensuales bailarinas de Gades, tal vez, o poemas eróticos de Catulo recitados por una hermosa joven con una lira. Algunos anfitriones prefieren contratar a acróbatas de Licia (Asia Menor) y otros organizan un combate de exhibición entre auténticos gladiadores. El combate de esta noche se librará con espadas de madera de las que se utilizan en los entrenamientos de las legiones, de modo que nadie morirá. Aunque es posible que haya algún hueso roto y ciertamente habrá magulladuras. En previsión del evento, Sergio tiene ya su equipo preparado en la casa del cliente.

Sergio se coloca el amplio baleto (un cinturón de cuero con tachones metálicos que le protege gran parte del abdomen) y una cobertura almohadillada para el brazo, que le ayudará a proteger el miembro portador de la espada frente a las embestidas de su oponente, un gladiador de estilo tracio que usará una espada curva más ligera, también de madera. La pareja mantiene una breve conversación a base de gruñidos antes de batirse. El acuerdo es que pelearán durante unos quince minutos para ofrecer a sus patronos espectáculo y después, en fin, se dejará que gane el mejor.



GLADIADOR EN ACTITUD DEFENSIVA.

Los gladiadores son recibidos con vítores mientras desfilan desde el atrio hasta el jardín cerrado e iluminado con antorchas, en la parte trasera de la casa. El anfitrión y sus invitados se sientan en sillas colocadas en el límite de la improvisada arena y Sergio se da cuenta de que la anfitriona se sienta impaciente en la primera fila, como hacen las vírgenes vestales en los combates más mortales en el Coliseo. Esclavos miran furtivamente desde las ventanas de la cocina, donde el irritado cocinero los reclama a cada rato para que vuelvan a sus obligaciones, ya que, después de la cena, han de preparar y servir otras delicias y exquisiteces.

El luchador tracio es hábil y ágil. Se mueve en una suerte de danza alrededor de Sergio, más pesado y corpulento, y asesta varios vistosos golpes sobre el preciado casco de su oponente. Los espectadores animan o abuchean en función de sus apuestas y se quedan sin aliento cuando Sergio recibe un perverso golpe en los riñones. Está claro que se está llevando la peor parte de la pelea, cuando el tracio señala que el tiempo de lucha ha transcurrido cruzando con su espada curva la cara a Sergio. Este detiene el golpe alzando su escudo, de manera que la espada pasa por encima de su hombro. Este torpe bloqueo es precisamente lo que andaba buscando el tracio,

pues ahora puede dirigir la punta curvada de su espada hacia el costado desprotegido de su oponente.

Antes de que pueda lanzar el golpe, Sergio reacciona. El gladiador ha pasado el último cuarto de hora dedicado a guiar a su oponente hacia una falsa sensación de superioridad y el proceso ya le ha hartado. De modo que, cuando el tracio se prepara para asestarle un golpe con la espada, Sergio golpea hacia arriba con su escudo. El tachón del escudo es una cabeza de bronce de Medusa y, aunque el tracio lleva la cara protegida por la rejilla de su caco, cuando un súper musculoso gladiador de 100 kg pega con todas sus fuerzas es que pega de verdad. Aturdido, el tracio cae al suelo y, a los vítores de los espectadores, Sergio pone un pie sobre la garganta de su oponente en un simbólico gesto de victoria.

«No tenías que hacer eso», se queja después el tracio. Se sienta en una banqueta en el improvisado cuarto para cambiarse y agita un dedo hacia delante y hacia atrás delante de su nariz, al tiempo que revisa la magulladura.

«Pues no haberme golpeado en el casco», le contesta con enfado Sergio. Una joven esclava le está retirando el sudor del cuerpo con un estrígil y a Sergio se le paga también por esto. En efecto, un frasco de sudor de gladiador es un preciado elemento entre los cosméticos y los aceites corporales de las damas, del mismo modo que, en las ceremonias nupciales romanas, el novio peina el cabello de la novia con una punta de lanza manchada de sangre de un gladiador caído . Todo ello forma parte de la mística del gladiador.

El estrígil

Para los romanos, sentarse en una bañera y enjabonarse no era la manera más apropiada de tener un cuerpo limpio. En efecto, había que sentarse en un baño grande, preferiblemente en compañía de amigos, aunque la clave del asunto consistía en abrir debidamente los poros de la

piel.

Llegados a este punto, se salía uno del baño y se ungía el cuerpo convenientemente con un aceite aromático. Tras dejar penetrar el aceite durante unos minutos, se retiraba de la piel, y con él la suciedad, la piel muerta y otros enemigos de la higiene.

El rascador que se utilizaba para retirar el sudor se llamaba *strigilis* y era una hoja de cobre roma y curva, que podía ser manipulada por el propietario del cuerpo, aunque lo ideal era que lo hiciera un sirviente o una atractiva esclava. Se cuenta con numerosos ejemplos de rascadores bien conservados, porque las connotaciones de limpieza y purificación daban lugar a que, a menudo, estos utensilios de higiene corporal fueran simbólicamente enterrados junto al finado.

Más tarde, Sergio reflexionará sobre esto cuando, vestido ya con una túnica limpia, se encamine calle arriba por el monte Celio para su último trabajo de esta noche. Una tarea nada desagradable le espera. La dama Epia se ha cansado de dormir sola mientras su aristocrático marido viaja al extranjero con la corte de su viajero emperador Adriano. Consciente de que su esposa podría descarriarse, el marido ha colocado vigilantes en su puerta. Sin embargo, tal y como dijo el poeta Juvenal: «Todas las veces mis viejos amigos me aconsejan "asegura las puertas y guarda a tu esposa al otro lado de ellas". Sí, efectivamente, pero ¿quién guardará a los guardias?».

Por una generosa remuneración, Sergio pasará la noche con esta dama. Pero él se pregunta qué habrá visto en él como para decir de sí misma que es «carne de gladiador». Sergio tiene la cara deformada por los golpes y el casco le ha dejado una cicatriz permanente en la frente. Un ojo le lagrimea

constantemente por una vieja lesión y tiene en un brazo una úlcera supurante.

Pero claro, como apunta también Juvenal, «¡Es un gladiador! Es esto lo que ellas prefieren, antes que a los niños y a la familia. ¡Lo que estas mujeres aman es la espada!».[15]

Hermes es el héroe de la ciudad en contiendas marciales,
Hermes es diestro con cualquier arma,
Hermes es gladiador y maestro de gladiadores.
¡Hermes aterroriza y asombra a toda su escuela!
…
Hermes es el objeto de los cuidados y de la preocupación de las mujeres.
Hermes el de la orgullosa lanza guerrera.
Hermes amenaza con el tridente de Neptuno.
Hermes el terrible, de rostro oculto por el casco.
Hermes, en todos los sentidos gloria de Marte
Todo en sí mismo y tres veces un hombre.

MARCIAL, *Epigramas, 5.24*

HORA NOCTIS V

(23.00-00.00)

El parásito regresa de una cena

Sí, estoy intentando conseguir una invitación para cenar contigo.

Siento vergüenza por ello,

Y aun así, Máximo, sigo intentándolo.

MARCIAL, *Epigramas, 2.18*

Es tarde, y la luna se esconde tras los tejados cuando el parásito emprende camino de regreso a casa, con la ropa de cena en un hatillo bajo un brazo y una servilleta abultada de aperitivos, bollos y delicias varias como botín en la otra mano. «Selio el Esponja», le llaman, y relajado por la buena comida y el buen vino con los que el anfitrión ha agasajado a sus invitados, Selio se pregunta si se trata realmente de un insulto.

De acuerdo, es un parásito —del griego «parasitos», que significa «comensal». También es cierto que los demás invitados a la cena parecen mirarlo por encima del hombro porque, de forma similar a las chicas que tocan la flauta durante la cena y a los gladiadores que luchan en la sobremesa, Selio no es tanto un invitado a la mesa como parte del entretenimiento. Nadie invita a un parásito aburrido a una cena; Selio tiene que ganarse el pan siendo ocurrente, contando chistes elegantes y citando desconocidos poemas. Debe eclipsar al resto de comensales con su estilo y su ingenio, y todo ello debe parecer natural y espontáneo.

¿No es esto un arte? ¿Una profesión? Selio reflexiona mientras camina con paso pesado ¿cuál es el destino de un marinero no preparado? Se ahoga. Un soldado inexperto en

las armas cae rápidamente. Un artista, un escultor que carece de aptitudes y de preparación no encuentra clientes, perece buscando empleo. Y lo mismo le ocurre al parásito: si no es capaz de ser lo suficientemente convincente para que le inviten a cenar, se muere de hambre.

De hecho, el Esponja es más artista que, pongamos, un pintor o un poeta. Un poeta puede pasar día o semanas sin producir un epigrama decente y un pintor puede dejar languidecer su arte entre un encargo y otro. Mientras que si Selio no estuviera en plena forma en todo momento y si no mejorara sus habilidades practicando su arte cada noche, entonces, sin este ejercicio diario de sus aptitudes, su arte moriría, y él también. Dicho esto, Selio ha de admitir, con íntima vergüenza, que esta noche no ha sido uno de los mejores momentos de su vida.

¡Maldito sea ese Manido y su desafortunado sentido del humor! Selio llama a Manido «amigo» porque han coincidido como invitados en otras ocasiones y, además, ha acudido ya anteriormente a una de sus cenas. Y como afirma el escritor Luciano:[16]

> *No invitarías a un enemigo, a un extranjero ni a un conocido casual a cenar. Tiene que ser amigo antes de poder partir el pan y cenar con él, y confiarle tus secretos.*
>
> *Has oído alguna vez a gente decir: «¿Amigo? ¡Cómo puede llamarse a sí mismo amigo nuestro, si nunca ha comido ni bebido con nosotros!». Yo sí que lo he escuchado.*
>
> *Solo se puede confiar en un hombre si has comido con él.*

LUCIANO, *El parásito, 22*

La tarde anterior, mientras tomaba los baños en las Termas de Trajano, Selio había coincidido con Manido, que conversaba con un compañero de aguas, cuando surgió la palabra «Cirene», y Selio aprovechó la ocasión.

«¿Cirene? ¡Un exótico y magnífico lugar! ¿Habéis estado allí alguna vez? Hay tanto que conocer, tanto que contar sobre esta gran ciudad. Ah, África —ex Africa aliquid Semper novi. Siempre hay algo nuevo que viene de allí. Os asombraría todo lo que queda por conocer sobre Cirene».

Divertido por tanto entusiasmo, Manido invitó a Selio a la cena del día siguiente, así «Podrás contárnoslo todo». Selio, encantado, había aceptado inmediatamente la invitación y después se había despedido lo más dignamente posible para marcharse enseguida de las termas y correr a la Biblioteca de Trajano, al pie del monte Esquilino, para estudiar todo lo que pudiera sobre Cirene. Porque, en realidad, Selio apenas ha puesto un pie fuera de Roma. El aire del campo le produce alergia.

Si ve la amenaza de tener que cenar en casa,

Selio lo intentará todo.

Correrá de un lugar a otro,

no solo acudiendo a los templos y edificios cívicos de Roma,

sino incluso a insalubres casas de baño.

En su desesperación, se baña tres veces en las termas públicas.

Todavía sin éxito, corre de vuelta al lugar donde comenzó, el pórtico de Europa.

Tal vez allí coincida con algún conocido que sale tarde.

Por el amor de dios, toro de Júpiter, ¿no te llevarías a Selio a cenar?

MARCIAL, *Epigramas, 2.14*

La cena empezó bien. ¿Quién podía igualarlo contando chistes y alabando con entusiasmo las cualidades del cocinero? ¿Quién más podía relajar como él a los comensales con una observación amable, un inteligente cumplido o una oportuna

muestra de sentido del humor? Eso es lo que él hace. Como dicen, los momentos de disfrute para quienes ejercen la mayor parte de las profesiones llegan dos o tres veces al mes; para el parásito profesional, cada noche es un festín.

El problema llegó con los dulces, cuando Manido dobló la servilleta y, con aparente inocencia, preguntó acerca de Cirene. Inmediatamente, Selio se lanzó a demostrar los conocimientos aprendidos.

«Para aquel viaje, sin duda arriesgado», comenzó su exposición, «tomé un barco en Ostia».

De inmediato, el barbudo caballero sirio, recostado en el diván superior, le miró interesado. «¿De verdad?», le preguntó. «¿Qué barco? La mayor parte del comercio que se dirige a Cirene pasa por Puetoli. Si hay alguien que zarpa de Ostia me gustaría conocerlo».

A partir de ese momento, las cosas no hicieron más que empeorar. Enseguida resultó evidente que el sirio era un comerciante de especies que conocía Cirene y el Mediterráneo oriental tan bien como Selio conoce el camino a su letrina. Selio se estremece ahora mentalmente al recordar a Manido llevándose la servilleta a los labios para ocultar su sonrisa cada vez que el comerciante lo corregía. «¿Bandadas de íbices volando hacia al ocaso? Quizá hayas querido decir ibis. Es que el íbice es un tipo de antílope y no resulta precisamente muy aerodinámico».



Escena de esclavos sirviendo a los amos.

«¿Tu comida estaba condimentada con silphium? ¡Qué maravilloso que haya vuelto a suministrarse esta planta! Todo el mundo pensaba que se había extinguido en los últimos cien años. Además, ¿la comiste en la taberna de Tingito, en el puerto? Es una noticia excelente. Me dijeron que había resultado destruida en un incendio hace unos años. Me encanta escuchar que ha sido reconstruida».

Celio tenía claro ya que el comerciante de especias se había dado cuenta de que era un impostor, pero Manido seguía presionando sádicamente en busca de detalles. «Entonces, nos dijiste ayer que conociste a uno de los famosos esciápodos? ¿Es verdad que esas extrañas criaturas de una sola pierna se tienden sobre la espalda al sol del mediodía y utilizan su enorme y único pie como sombrilla?… ¡Oh querido, parece que aquí a mi amigo le ha dado un ataque de tos! Déjame que le atienda antes de hablarnos sobre ello».

Existe una tribu de hombres [en Etiopía] llamados monocolos y que, en efecto, tienen un sola pierna. Se mueven saltando y a considerable velocidad. Esta raza de gente reciben también el nombres de esciápodos —pie-sombra— porque, cuando hace mucho calor, se tumban sobre la espalda en el suelo y se hacen sombra a sí mismos

con el pie.

Plinio el Viejo, *Historia Natural, 7.23*

Una tortura. Eso es lo que fue, una pura y simple tortura. De hecho, cuando ya se marchaban, otro invitado había comentado con tono compasivo que había sido mucho menos doloroso ver a los gladiadores golpearse en la cabeza durante el combate de exhibición posterior a la cena. En fin, Selio no quiere dar más vueltas al asunto. La próxima vez que Manido le pida que vaya a cenar, simplemente non irá.

¿No se da cuenta de que un hombre rico, aunque tenga todo el oro de Creso, es pobre si cena solo? ¿Quién halagará la riqueza de sus muebles, el esplendor de su triclinio, la belleza de sus sirvientes? Un soldado sin sus armas, un caballo sin sus arreos, eso es un hombre rico sentado a la mesa sin un parásito como invitado. Da una impresión lamentable. No, el patrono necesita al parásito más que el parásito al patrono. Sirve antes una comida sin sal que deja de animarla con el encanto y el ingenio de un parásito.

El Esponja —cuando no está siendo interrogado sobre trivialidades de Cirene— es un alma alegre y despreocupada. Él no tiene cocinero con el que enfadarse, ni casa de campo con labriegos y cosechas que lo decepcionen. Es el único hombre sentado a la mesa que come y bebe sin las preocupaciones de las que el resto no puede escapar. No tienes más que pensar en la tensa relación entre el cocinero y la anfitriona, tan evidente en la comida de esta noche. Si eres el anfitrión y el cocinero te decepciona, debes o bien aguantar su enfado o bien comer malamente y renunciando al placer a cambio de un poco de paz y tranquilidad. No es el caso de Selio, que prueba el trabajo de un cocinero diferente cada noche. Por consiguiente, piensa Selio, te muestro, Manido, el digitus impudicus, en ese obsceno gesto del dedo medio indicativo de desprecio y desaire. Yo no necesito esto.

Cuando Selio salía de la casa de Manido, la esposa había murmurado a su marido —sin el menor intento de evitar que Selio lo oyera— «Ha sido un desastre. La próxima vez, invita a un filósofo».

Vas de mala gana a esta cena
o eso dices tú, Clásico,
¡y que me ahorquen si no estás mintiendo!
Apicio [maestro cocinero de Roma] se alegraba bastante cuando cenaba fuera
y se entristecía cuando cenaba en casa.
Con todo, si vas de mala gana, Clásico,
¿por qué vas?
«Estoy obligado a ir», dices.
Seguro, tan obligado como Selio.
Ahora Melior te ha invitado a un espléndido banquete,
y ¿dónde están tus refinadas protestas?
Pon el estómago donde está tu boca,
y rechaza la invitación.

MARCIAL, *Epigramas, 2.69*

Seguro que eso funcionará, piensa Selio. ¿A quién querrías tú en una cena? ¿A alguien que trabaja duro para ser la chispa y el alma de la fiesta, o a un hombre sin pizca alguna de gracia, que se sienta ahí con su capa raída y la mirada perdida en el suelo, como si estuviera en un funeral y no en un banquete? Tal vez Su Alteza la Dragonesa esté pensando en invitar a un epicúreo —después de todo, los seguidores de Epicuro consideran que la felicidad es el mayor de los bienes, y los buenos alimentos y el vino pueden ayudar mucho a reforzar esa sensación.

Personalmente, Selio piena que, en lo concerniente a la felicidad, los epicúreos siguen una de las páginas del manual

del parásito. Profundamente inmerso en sus elucubraciones y con el pensamiento ligeramente ofuscado por el vino, Selio toma automáticamente el camino de la derecha al llegar a Velia y comienza a subir calle arriba por la colina hacia sus habitaciones en la zona baja de monte Viminal.

Murmura para sí mismo «Es pura usurpación… filósofos aspirando a la felicidad… Quiero decir, ¿qué es la felicidad, cuándo se alcanza? Yo pienso que un ser feliz es un alma sin problemas en un cuerpo en paz consigo mismo. Pero ¿quién tiene eso? ¿Lo tiene el hombre que está constantemente indagando sobre la forma de la Tierra, sobre la naturaleza infinita del espacio y sobre el tamaño del sol? ¿Lidio yo con las distancias astronómicas, la naturaleza de los elementos o la existencia o la inexistencia de los dioses o me enzarzo en interminables discusiones con mis colegas? Ese es tu filósofo. Una vez apañada mi cena siguiente, no me cabe duda de que vivo en el mejor de todos los mundos posibles. Una vez satisfecho mi estómago, mis pies y mis manos pueden cuidar de sí mismos. Los filósofos ¡ja! ¡No tienen sitio en un comedor decente!».

Tan ocupado está Selio con su diatriba interna que camina directo hacia un grupo de jóvenes que avanza en otra dirección. Tiene lugar una violenta colisión y se produce el inevitable intercambio de recriminaciones. Viendo las caras de enfado, Selio se da cuenta de que tiene un problema. Esos jóvenes han estado de fiesta y él reconoce a esa clase de tipos que solo pueden dormir después de haber tenido una bronca. Si se puede hablar de bronca, pues él se llevó todos los golpes y ellos fueron los que le dieron la paliza.

«¡Dónde has ido a llenarte la panza de judías!», le grita uno de esos patanes avanzando amenazador. Entonces ve las vestiduras de cena que Selio lleva bajo el brazo y suelta con una carcajada: «¿Con qué zapatero remendón has estado comiendo puerros y cabeza hervida de oveja? ¡Contesta o te

doy!».

Selio salta hacia atrás del susto. Reza por llegar a casa con algún diente en la boca. «Bueno, chicos…», dice como para congraciarse y mira de nuevo hacia las grandes y oscuras figuras que avanzan hacia él. ¿Dónde están los vigilantes nocturnos cuando se les necesita?

En un arrebato de decisión, Selio arroja su servilleta llena de delicias del banquete y huye calle abajo, batiendo sus sandalias ruidosamente sobre el empedrado. Desaparece entre las sombras, seguido por las carcajadas burlonas y los gritos insultantes de los gamberros, pero, para gran alivio suyo, nadie se esfuerza en correr tras él.

Hablando a voces, los jóvenes siguen su camino calle abajo hacia el Foro, y vuelve la paz. En la quietud de la noche, un gato callejero sale de las sombras para investigar la comida desparramada sobre el pavimento, y tranquilamente empieza a comer. Sobre la calle, por fin en silencio, las estrellas brillan en el negro cielo de medianoche. Y mientras la ciudad dormita, el lento rodar de las constelaciones conduce a Roma hacia un nuevo día.



Notas

La joven esclava prepara el desayuno

[1] Este sistema de medir el tiempo en función de las estrellas sigue utilizándose hoy en día, pues las constelaciones han cambiado solo de nombre. Cola de Perro es ahora Polaris, la Estrella Polar, mientras que los Siete Bueyes se han convertido en la Osa Mayor, que otros conocen también como el Carro.

La madre cuida de su bebé enfermo

[2] Antifón 87 B. 49d

[3] Cicerón, Tusculanae Disputationes 5.2.413

[4] Epístolas 99.2

El escolar acude a clase por la mañana

[5] Sátiras 7.203ff

La joven rompe con su novio

[6] Sulpicia 2,7–8

El maestro cantero trabaja en una tumba imperial

[7] En realidad, se trata de una falsa etimología, pero es un error más de aquella época que de tiempos modernos.

La tabernera a la hora de comer

[8] El incidente en la taberna del Noveno Pilar descrito por Copa al inicio de la hora VI es el relatado (aunque con más obscenidades) por el poeta Catulo en su obra Carmina 37. La historia de Copa sigue el relato del autor clásico con tanta fidelidad que algunas líneas escritas por Catulo se repiten de forma casi literal.

[9] Otros grafitis de Pompeya, como el de los jugadores de dados o como la advertencia a los clientes de que mantengan las manos lejos de las chicas que sirven, han sido incorporados al relato de Copa.

El servidor atiende a los clientes en las termas

[10] Marcial, Epigramas 7.88

[11] Juvenal, Sátiras 2

La lavandera acaba tarde su jornada

[12] El búho simboliza a Minerva, diosa patrona de las lavanderas. «Canto a las armas y al hombre» dicen las primeras líneas de la famosa epopeya de Virgilio, la Eneida.

[13] En honor a Vespasiano, urinarios públicos instalados en París fueron conocidos hasta hace poco tiempo como vespasiennes.

El comerciante de especias sale a cenar

[14] De hecho, al mediodía en Ciudad del Cabo, Sudáfrica, si te sitúas mirando hacia el oeste, el sol de mediodía se encuentra, en efecto, a tu derecha —es decir, al norte, mientras que en el hemisferio norte el sol de mediodía queda la izquierda.

El gladiador se exhibe con orgullo

[15] Ambas citas de Juvenal, Sátiras 6.347

El parásito regresa de una cena

[16] Mis disculpas a Luciano de Samosata (125-180 d. C.), cuyos abogados estarán sin duda preparando los escritos correspondientes para presentar una reclamación de derechos de autor contra Selio, ya que la mayor parte de sus reflexiones filosóficas y divagaciones están tomadas directamente de El parásito, diálogos satíricos de Luciano. Del mismo modo, el encuentro y el diálogo con los rufianes en la calle han sido extraídos de la tercera sátira de Juvenal.

Anexos

Créditos de ilustraciones y fotografías

Pág. 20. Modelo de carro romano para la extinción de incendios. (Dibujo realizado por Diseño y Control Gráfico, Madrid).

Pág. 33. Momento de carga y transporte de una carreta ligera de dos ruedas. (Foto: Archivo gráfico Edaf).

Pág. 39. Panadería pompeyana. (Foto: Archivo gráfico Edaf).

Pág. 55. La señora acicalándose ante un espejo que sostiene su esclava. (Foto: Archivo gráfico Edaf).

Pág. 61. Escena posnatal, tomada de un bajorrelieve romano.
(Foto: Archivo gráfico Edaf).

Pág. 68. El correo lento. (Johann Jaritz/Creative Commons CC-by-SA.30).

Pág. 77. Estudiantes romanos con atuendo formal. (Foto: Philip Matyszak, Museos Vaticanos, Roma).

Pág. 87. Senadores romanos en un desfile, como aparecen en un sarcófago del siglo III.

Pag. 98. Escultura de virgen vestal del siglo I, en el Foro. (Foto: www.shutterstock.com).

Pág. 108. La Basílica en Pompeya. El juez se sentaba en un púlpito elevado, al que se accedía por una pequeña escalera de madera. (Foto: www.shutterstock.com).

Pág. 118. Joven vestida con quitón griego, jugando a las tabas. Actualmente en el Bristish Museum, Londres.

Pág. 128. Un cantero con sus útiles. Musée d'Aquitanie, Burdeos.

Pág. 139. Joven bailarina con túnica de estilo griego y tocado floral. (Foto: Archivo gráfico Edaf).

Pág. 145. Reloj de agua. (Dibujo: Nicku / www.shutterstock.com).

Pág. 155. Interior de casa de baños, en Pompeya. (Foto: www.depositphotos.com).

Pág. 164. Aparador romano, ilustración tomada de The Private Life of the Romans, de Harold W. Johnston; Scott, Foresman y Co., Chicago 1903.

Pág. 166. Dama romana con elaborado peinado. (Foto: Archivo gráfico Edaf).

Pág. 178. Lavandería romana (Fullonica), en Pompeya. (Foto: www.shutterstock.com).

Pág. 185. Venta de alimentos en un puesto del mercado. (Foto: Archivo gráfico Edaf).

Pág. 196. Estatua de sacerdotisa del Iseum, en Pompeya. (Foto: Archivo gráfico Edaf).

Pág. 206. Transporte de especias: comerciantes en el Puerto de Ostia. (Foto: Archivo gráfico Edaf).

Pág. 216: Escena de prostíbulo en Pompeya. (Foto: Pecold / www.shutterstock.com).

Pág. 219. Lámpara de aceite romana con decoración erótica. (Foto: www.dreamstime.com).

Pág. 226. Augusto era capricornio, grabado sobre madera de Quaestio Virgiliana, Francisci Campani, 1540.

Pág. 235. Relieve en el que se representan gladiadores. (Foto: www.shutterstock.com).

Pág. 238. Estatua de gladiador en actitud defensiva. (Foto: www.shutterstock.com).

Pág. 246. Escena de esclavos sirviendo a los amos.

(Foto: www.dreamstime.com).

Índice onomástico y toponímico

A

B

C

D

E

F

G

H

I

J

K

L

M

N



P

R

S

V

Cargos oficiales y magistrados romanos

Cónsul
Curia
Edil curul y plebeyo
Pontífice máximo
Pretor
Tribuno

Personajes inventados o parcialmente novelados por el autor

Albino, Marco
Albino, relojero
Breve, Petronio, vigilante
Casce
Cecilio Séptimo, cocinero
Cerinto
Copa, tabernera
Curio, Lucio
Elia, dama de la alta sociedad
Gayo, jurista,
Galieno, Póstumo, maestro cantero
Hypsates, Julio
Licinia, anfitriona
Macrio, Tito Aulo, mensajero
Manido, Marco Aulo
Mamila, prostituta
Marcia, virgen vestal
Mistracio, panadero
Miyria, joven enamorada
Miyrio, comerciante de especias
Ofela, Manlio Aurelio, senador
Orbilio
Phelyssam, Publio escolar
Selio, parásito
Seluca
Sergio, gladiador
Sírico

Sosípatra, madre
Syrisca, chica de taberna
Tais, lavandera
Tingito, taberna
Vibio, Cayo, carretero

Fuentes

Antígono de Nicea: Apotelesmática

Anónimos

Filógelos

Apicio: Recetas

Apuleyo: El asno de oro

Ausonio: Mosella

Catón: De agricultura

Catulo: Carmina

Cicerón: Cartas a Ático

Pro Caelio

Corpus Inscriptiones Latinarum

Dion Casio: Historia

Dionisio de Halicarnaso: Antigüedades romanas

Elio Espartano / Historia Augusta:

Vida de Adriano

Historia Augusta

Epicteto: Discursos

Estrabón: Geografía

Gayo: Instituciones

Gelio, Aulo: Noches áticas

Hou Hanshu: Crónica

Horacio: Epodos

Juvenal: Sátiras

Lactancio: Instituciones divinas

Luciano: Parásito (n. HORA NOCTIS V)

Lucrecio: De rerum natura (Sobre la naturaleza de las cosas)

Marcial: Epigramas

Marco Aurelio: Meditaciones
Ovidio: Ars Amatoria (El arte de amar)
Petronio: Satiricón,
Plinio el Joven: Cartas
Plinio el Viejo
  Historia Natural
  Plutarco
  Vidas: César
  Propercio y Tibulo: Elegías
Pseudo-Virgilio: Copa
Quintiliano: Instituciones oratorias
San Agustín: Confesiones
Séneca (el joven)
  De Beneficiis
  Sorano de Éfeso: Ginecología
Suetonio Sobre los retóricos
Sulpicia (v. Tibulo y Propercio)
Tibulo, v. Sulpicia
Tito Livio: Ab Urbe condita
Virgilio: Eneida
Vitruvio: De Architectura

Glosario de términos latinos en el texto

micus
ancilla ornatrice
auctoratus
balena
baletus
balneum
bulla
caldarium
calamistrum
clepsydra
cliens
coniuratio
copa
cursus publicus
curule
defrutum
delicata
digitus impudicus
dorides
emporium
farin
fasces
felix arbor
fornes
frigidarium
fructarii
fullonica

galina
garum
gentilicium
hoplomachus
lanista
libellus
licentia stupri
liquamen
litteratus
lupanaria
lupinarii
macella
mare clausum
mola
mormylos
mansio
materfamilias
murmillo
mutationes
nonaria
nundinum
palestra
panis sordidus
parasitos
paterfamilias
pedagogus
peponarii
pharmaka
pilentum

Piscarium
plagosus
plaustrum
pollice verso
pomerium
popina
quadriga
siligineus
silphium
rudis
speculatores
Speusticus
stola
strator
strigil
tabellae
taberna
blandita
tepidarium
tetrapharmacum
thermae
tholos
toga candida
toga molesta
triclinium
verna
villicus puellarum
viripotens

Bibliografía

Textos fundamentales consultados por el autor

Adkins, L & Adkins, R. Handbook to Life in Ancient Rome 1998.

Dudley, D. Urbs Roma 1967.

Crook, J. Law and Life of Rome 1967.

Gaius, (E. Post trans.) The Institutes of Roman Law 2017.

Joshel, S. Work, Identity, and Legal Status at Rome: a Study of the Occupational Inscriptions 1992.

McGinn, T. The economy of prostitution in the Roman world: a study of social history & the brothel 2004.

Nippel, W. 'Policing Rome', Journal of Roman Studies 74 (1984) 20-29.

Platner, S. A Topographical Dictionary of Ancient Rome 2015.

Potter, D. and Mattingly, D. (eds) Life, Death, and Entertainment in the Roman Empire 1999.

Rainbird, J. 'The fire stations of imperial Rome', Papers of the British School at Rome 41 (1986) 147-169.

Rich. A. Dictionary of Roman and Greek Antiquities 1860.

Rawson, B. (ed.) Marriage, Divorce and Children in Ancient Rome 1991.

Treggiari, S. Roman Social History 2002.

Veyne, P. (B. Pearce trans.) Bread and Circuses: Historical Sociology and Political Pluralism 1990.

OTROS TEXTOS DE LECTURA RECOMENDADA

Casson, L. Everyday Life in Ancient Rome 1999.

Coletta, G. Rome: Reconstructed 2007.

Edwards, C. & Woolf, G. (eds). Rome the Cosmopolis 2003.

Harvey, B. Roman Lives, Corrected Edition: Ancient Roman Life Illustrated by Latin Inscriptions 2015.

Matyszak, P. Ancient Rome on 5 Denarii a Day 2006.

Stambaugh, J. The Ancient Roman City 1988.

ÍNDICE